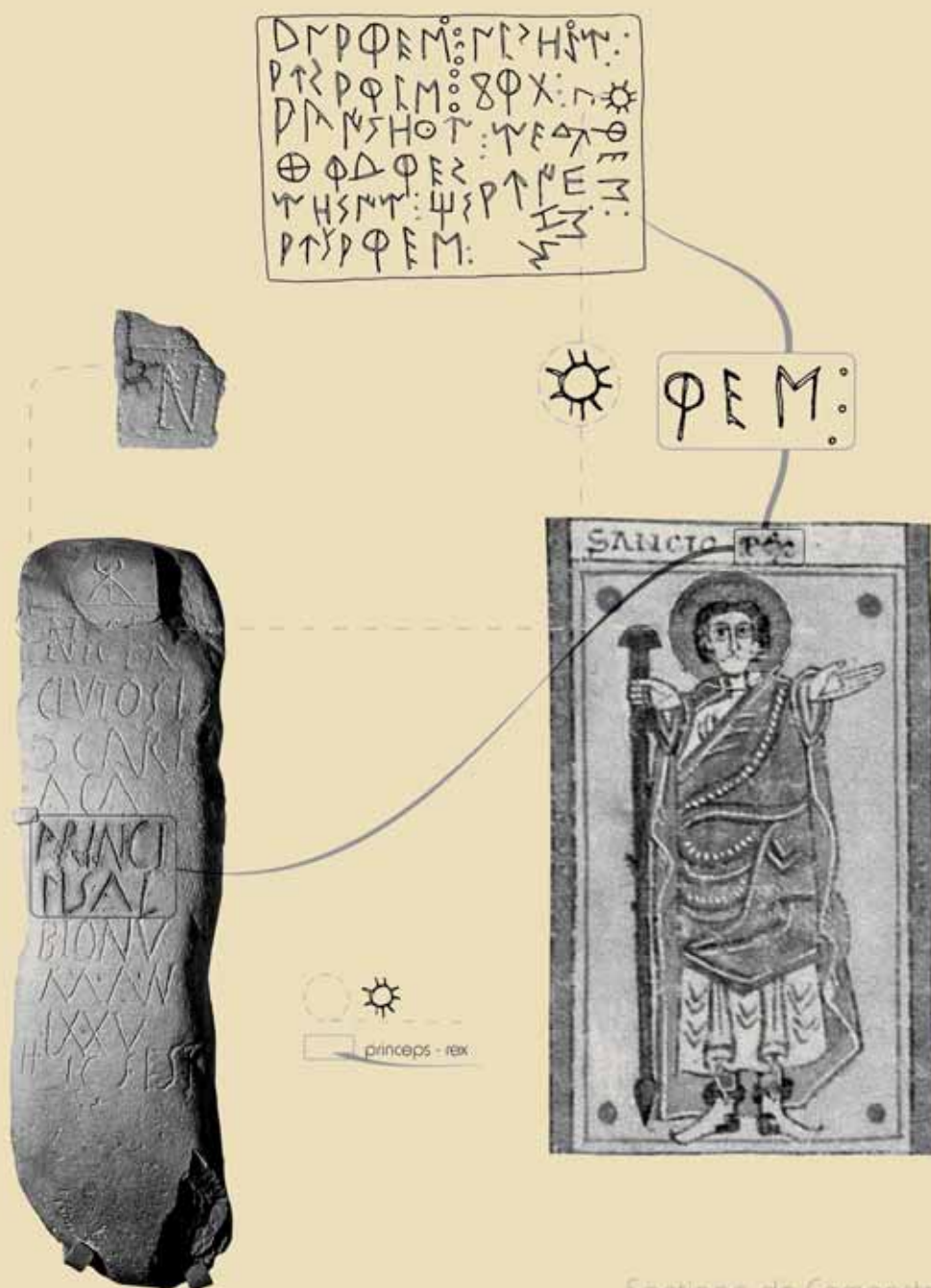


TAPA

NUNCA
MAIS!!

TRABALLOS de ARQUEOLOXÍA e PATRIMONIO



Santiago de Compostela 2002 ISSN 1597-5357

Laboratorio de Patrimonio, Paleoaambiente e Paisaxe

28

La organización socio-política de los
Populi del Noroeste de la Península Ibérica.
Un estudio de antropología política histórica comparada

Marco V. García Quintela

TAPA 28

LA ORGANIZACIÓN SOCIO-POLÍTICA DE LOS POPULI DEL NOROESTE DE LA PENÍNSULA IBÉRICA

Un estudio de antropología política histórica comparada

Marco V. García Quintela

Laboratorio de Patrimonio, Paleoambiente e Paisaxe
Instituto de Investigacións Tecnolóxicas, Universidade de Santiago de Compostela

[TRABALLOS DE ARQUEOLOXÍA E PATRIMONIO]

decembro de 2002

TAPA

Traballos de Arqueoloxía e Patrimonio

Consello de redacción

Felipe Criado Boado, IEGPS, CSIC-XuGa (director)
Xesús Amado Reino, IEGPS, CSIC-XuGa (secretario)
Agustín Azkárate, Universidad del País Vasco
Teresa Chapa Brunet, Universidad Complutense
Marco García Quintela, LaFC, Universidade de Santiago de Compostela
Antonio Gilman Guillén, California State University (EEUU)
Kristian Kristiansen, University of Göteborg (Suecia)
María Isabel Martínez Navarrete, Instituto de Historia, CSIC
Eugenio Rodríguez Puentes, D. X. do Patrimonio Cultural, Xunta de Galicia
María Luisa Ruíz Gálvez, Universidad Complutense

Consello asesor

Björn Olsen, University of Tromsø (Noruega)
Christofer Tilley, University College (Gran Bretaña)
Gonzalo Ruíz Zapatero, Universidad Complutense
João Senna Martínez, Universidade de Lisboa (Portugal)
José M^a López Mazz, Universidad de la República Oriental del Uruguay (Uruguay)
Juan Manuel Vicent García, Instituto de Historia, CSIC
Luis Caballero Zoreda, Instituto de Historia, CSIC
María Pilar Prieto Martínez, Instituto de Estudios Galegos Padre Sarmiento, CSIC-XuGa
Paloma González Marcén, Universitat Autònoma de Barcelona
Pedro Mateos, Instituto de Arqueología de Mérida, CSIC
Víctor Hurtado, Universidad de Sevilla

Edita

Laboratorio de Patrimonio, Paleoambiente e Paisaxe
Unidade asociada ó CSIC a través do Instituto de Estudios
Galegos Padre Sarmiento (CSIC- Xunta de Galicia)

Enderezo de contacto

Laboratorio de Patrimonio, Paleoambiente e Paisaxe
Edificio Monte da Condesea, baixo
Campus Sur
15 782 Santiago de Compostela
A Coruña, Galicia

Tel.: +34 981 547 053
Fax: +34 981 547 104
e-mail: lpmp@usc.es

Os volumes da serie TAPA pódense descargar gratuitamente
da páxina web <http://www-gtarpa.usc.es>

Traballos de Arqueoloxía e Patrimonio intercámbiase con toda clase
de publicacións de Prehistoria e Arqueoloxía de calquer país.

Edita: Instituto de Estudios Galegos Padre Sarmiento (CSIC-Xunta de Galicia)
Depósito Legal: C-2848-02
ISBN: 84-688-0614-3
ISSN: 1579-5357

FICHA TÉCNICA

Laboratorio de Patrimonio, Paleoambiente e Paisaxe,
Instituto de Investigacións Tecnolóxicas,
Universidade de Santiago de Compostela

Autores

Marco Virgilio García Quintela

El capítulo cuatro ha sido redactado en
colaboración con Rosa Brañas Abad

Diseño y maquetación

Rafael Rodríguez Carreira

Responsable de edición

Xesús Amado Reino

Dirección de la serie

Felipe Criado Boado

Referencias administrativas

Este texto es una versión del capítulo I del primer volumen de Estudios e Informes que componen el Plan Director del Castro de Elviña, elaborado por el Laboratorio de Arqueoloxía e Formas Culturais de la Universidade de Santiago de Compostela para el Concello de A Coruña.

Financiación del proyecto

Concello de A Coruña.

Índice

CAPÍTULO 1. ESTRABÓN Y LA INTERVENCIÓN ROMANA EN EL NOROESTE	16
LA FECHA DEL TEXTO	16
ETHOS HEROÍCO Y RIQUEZA MUEBLE	19
CAPÍTULO 2. EXCURSO HELÉNICO: EL PUNTO DE VISTA DE LOS LECTORES DE ESTRABÓN	23
EJEMPLOS DE ARCADIA	23
La disolución de Mantinea	23
El sinecismo de Mantinea	24
El sinecismo de Orcómeno	25
El sinecismo de Megalópolis	25
EL VOCABULARIO DE ESTRABÓN	26
Procesos de concentración demográfica	26
Usos de συνολκίζεiv	28
EL CAMPO SEMÁNTICO DE συνολκίζεiv	31
Συνολκίζεiv EN ESTRABÓN III,3,5	32
CAPÍTULO 3. PRÍNCIPES INDÍGENAS Y EPIGRAFÍA ROMANA	35
PRÍNCIPES GALAICO-ASTURES	36
CIL II 2585; IRPL 34	36
ERA 14	36
Mangas-Martino, 1997	36
Tabla de hospitalidad de Astorga (CIL, II, 2633)	36
Descartados	37
REYES Y ARISTÓCRATAS CELTÍBEROS	37
Botorrita I	37
Bronce de Luzaga	37
El “bronce res”	38
Inscripción grande de Peñalba de Villastar	38
Inscripciones menores de Peñalba de Villastar	39
TESTIMONIOS DE REALEZA INDÍGENA HISPANA EN LA DOCUMENTACIÓN LITERARIA	39
Culcas	39
Indibil y Mandonio	39
Reyes a pares	40
Edecón de Edeta	42
Otros reyes	42
PRÍNCIPES Y REYES DEL NOROESTE	43
Los personajes	45
Los <i>populi</i>	46
Cuestiones religiosas	47
PRÍNCIPES Y SINECISMOS	48
CASTELLA Y ALDEAS	51

CAPÍTULO 4. EL HORIZONTE ETNOGRÁFICO CÉLTICO. ESTRUCTURA POLÍTICA Y JEFATURAS	54
GALOS CISALPINOS	54
GÁLATAS	58
CELTÍBEROS	63
GALOS	69
Evolución protohistórica y <i>oppida</i>	69
Parentesco	72
El <i>pagus</i>	73
La <i>civitas</i>	74
La realeza gala	75
BRITANOS	78
IRLANDESES	82
La túath y el parentesco	82
Los reyes	86
Más allá de la <i>túath</i>	88
Estructuras de hábitat y <i>royal sites</i>	90
CAPÍTULO 5. EL NOROESTE DE LA PENÍNSULA IBÉRICA EN EL CONTEXTO DE UNA ANTROPOLOGÍA POLÍTICA DEL MUNDO CÉLTICO	93
EL LUGAR DE LA HISTORIA	93
La familia cultural de la sociedad castreña	93
De las isoglosas a los isoetos	94
¿Tiene sentido una antropología política del mundo céltico?	96
UNA IDEA DEL VALOR	97
LIDERAZGO POLÍTICO Y REALEZA	98
TERRITORIO Y SOCIEDAD	100
PARENTESCO Y POLÍTICA	102
LA ANTROPOLOGÍA POLÍTICA CÉLTICA EN EL MARCO DE LA ANTROPOLOGÍA POLÍTICA	104
APÉNDICE EPIGRÁFICO	107
INSCRIPCIONES CON \supset	107
INSCRIPCIONES CON \supset DE LECTURA INSEGURA	109
TEXTO Y TRADUCCIÓN DEL BRONCE DE BEMBIBRE	110
GENEALOGÍAS Y FIGURA	111
GENEALOGÍA 1. REYES ASTUR-LEONESES	111
GENEALOGÍA 2. LOS JIMENO DE PAMPLONA	112
GENEALOGÍA 3. REYES Y TETRARCOS GÁLATAS	113
FIGURA BRONCE RES Y ESTELA DE NICER CLUTOSI	123
BIBLIOGRAFÍA	114

EL HORIZONTE ETNOGRÁFICO CÉLTICO: ESTRUCTURA POLÍTICA Y JEFATURAS

Corresponde ahora examinar de forma sumaria otras áreas ocupadas por poblaciones célticas, o emparentadas con ellas, considerando sus estructuras políticas en un momento histórico comparable, esto es, desde que comienza a producirse un contacto continuado entre esas poblaciones y el imperialismo de Roma que termina por dominarlas.

El método que seguiremos consistirá en construir pequeñas monografías para cada área que tengan en cuenta la peculiar combinatoria de tres elementos

1. la época histórica en que está atestiguado el contacto que, en la mayor parte de las veces, corresponde al momento de la conquista romana de esa zona.
2. las fuentes utilizables para comprender el proceso anterior en donde, básicamente, se produce una variable donde las fuentes griegas son más etnográficas y las latinas más precisas para la historia política.
3. el grado de evolución político-social interno alcanzado por los pueblos conquistados, que es diferente en los distintos casos y varía a lo largo del tiempo, sin que para cada ocasión tengamos información completa sobre todo el proceso.

Esto quiere decir que se evitará una forma de razonar muy frecuente en estos casos. El estudioso de los gálatas o galos cisalpinos utiliza tal o cual noticia de César en *De Bello Gallico* para iluminar y dar por explicado tal uso o tal institución del pueblo que examina de forma monográfica. De este modo César y los celtas de Galia acaban por convertirse en una especie de matriz universal de los celtas de la antigüedad. Lo mismo ocurre, en menos ocasiones o, al menos, de forma menos frecuente entre historiadores de la Antigüedad, con la utilización de datos irlandeses (un ejemplo clásico lo proporciona Hubert 1988: 417-94)

Ahora bien, una cosa es constatar la evidente riqueza del texto de César y otra muy distinta es considerar que, de una u otra forma, lo allí descrito constituye un modelo de alcance general que sirve para completar los vacíos de información en el caso de pueblos célticos peor documentados.

El procedimiento que proponemos es inverso. Primero constataremos para cada zona cómo se presenta su sistema de jerarquía social y su estructuración institucional y territorial para, seguidamente, argumentar que tal o tales forma(s) político-institucional(es) es o son pancéltica(s) y si encaja(n) con lo que hemos podido reconstruir sobre la organización socio-política castreña. Examinaremos, pues, en las páginas siguientes a los galos cisalpinos del

norte de Italia, a los gálatas de la Península de Anatolia, a los celtíberos de la Península Ibérica, la Galia, Bretaña y, por último a los irlandeses de la Edad del Hierro, anteriores a la feudalización de la isla a partir del siglo XII.

GALOS CISALPINOS

Dos libros tratan con amplitud y detalle sobre esta región. El libro de R. Chevallier (1979) se ocupa de todo el proceso de conquista, con una descripción minuciosa de las guerras y todas las fuentes que las relatan, y de transformación institucional de la zona en provincia plenamente integrada en la Italia romana (véase también Luraschi 1979, más detallado en este sentido) así como de su historia bajo el Imperio. Por su parte el libro de Ch. Peyre (1979) es más etnográfico y arqueológico y no entra en el período imperial. Ambos tratan, pues, la totalidad del período que nos interesa y excusamos remitir incesantemente a ellos.

Los celtas se habían instalado en el valle del Po procedentes del valle del Ródano a través de los Alpes. Las noticias sobre este proceso migratorio están teñidas de una clara dimensión mítica y ahora no nos interesan, lo que es evidente es que algunos etnónimos célticos del norte de Italia coinciden con los de la Galia, por lo que la zona de procedencia de estas poblaciones parece bien establecida (Peyre, 1979: 28-30).

Por lo demás la expansión céltica es un hecho que acontece bajo la mirada de los romanos que se oponen a ella con todas sus fuerzas hasta conseguir frenarla para, posteriormente, terminar dominando a los galos. Los famosos *tumulti* galos no son sino la manifestación concreta de esas oleadas migratorias en su choque contra Roma (en las noticias sobre la cuantía de las presas hechas a los galos siempre figuran los carromatos capturados). Para lo que ahora interesa partiremos de que la zona central del valle del Po y la Emilia estaban pobladas al comienzo de la Segunda Guerra Púnica por una población básicamente céltica. Aunque es discutible si esta adscripción étnica es válida para ligures y vénetos⁴⁸.

Ese territorio se repartía entre grupos que Tito Livio denomina *gentis* (XXXII, 30, 6) y Polibio *ἔθνη* (II, 17, 8). Nunca aparece el nombre de *civitates*, que Livio evita sistemáticamente y que, como se sabe, será el empleado por César de forma corriente para referirse a las entidades políticas de la Galia (Peyre 1979: 56, 25-41). Pero es discutible si ello se debe a una consideración formal por parte de Livio sobre el grado de desarrollo político de esas poblaciones pues, a los ojos de Polibio, aunque pensase

⁴⁸ Peyre 1979: 26-7 y 31-2. Según Polibio II, 17, 5, los vénetos eran "poco diferentes de los galos por costumbres y vestidos pero hablantes de otra lengua".

en la superioridad de la vida en *póleis*, no podía dejar de ser consciente de que muchos griegos vivían *kata éthne*, y que incluso esta clase de griegos habían destacado de forma especial a lo largo del siglo III a. de C. mediante la constitución de estados federales (Larsen 1968).

Estas *gentis* o *éthne* gozaban y aplicaban en los hechos de una autonomía política plena que les llevaban a guerrear o coaligarse entre sí o con otras etnias o estados, como Roma, los cartagineses de Aníbal, etc.

Cada *gens* estaba dirigida por una aristocracia y tenía una capital⁴⁹. El problema es que esa aristocracia aparece designada con términos muy imprecisos tanto en Livio como en Polibio, que utilizan, aparentemente sin mucha precisión, términos como *reges*, *duces*, *principes*⁵⁰ o βασιλεῖς, ἡγεμόνες, προεστώτες⁵¹. Y en ningún caso ofrecen una descripción de sus funciones institucionales suficiente a ojos de un historiador moderno.

Al lado de estos jefes existían consejos y asambleas, que también conocemos muy mal. Los primeros aparecen con la fórmula latina *senatus* que puede tomarse en su sentido literal como consejo de los ancianos o mayores. La prueba es que en diversas ocasiones parece adoptar decisiones diferenciadas de otras partes de la comunidad dada. Tito Livio presenta en dos pasajes diferentes y con una redacción ligeramente modificada la noticia de la rendición de los boyos el año 192 a. de C. En la primera nos dice que inicialmente se rindieron unos pocos caballeros, seguidos por todo el senado y quienes tienen más bienes⁵² más adelante, cuando termina la exposición relativa a ese año, Livio dice que el senado de los boyos con sus hijos y los jefes con la caballería -mil quinientos en total- se rindieron al cónsul Cn. Domicio⁵³. Parece, pues, que toda la aristocracia de este pueblo emprende un camino político diferente al resto que no se menciona (¿se sobreentiende que con el gesto de los dirigentes basta?). Por otro lado, años antes, en el 197 a. de C., se nos dice que los *iuvēnes* ínsubros se alzaron en armas sin la aprobación de los *seniorum* y, paralelamente, que los cenomanos se unieron a la campaña sin decisión política formal (*nec publico consilio*, Livio XXXII, 30, 6-7).

Es decir, al menos en estos contextos que nos describe Livio de encarnizada guerra contra Roma, con las tensiones que originó en el seno de los distintos grupos célticos, las instituciones de sus respectivas comunidades

no logran siempre el consenso necesario en torno a sus decisiones, que no pueden imponer por la fuerza. Esta debilidad institucional se aprecia también en algunas consecuencias de las acciones guerreras. En efecto, los galos ante la derrota o, aún vencedores, ante el simple cansancio de la guerra, se retiraban a sus hogares (un caso, frustrado, de vencedores que se retiran en Polibio, II, 26, 5).

Así, como consecuencia de los hechos que acabamos de mencionar, que afectaban a sus aliados cenomanos e ínsubros, los boyos dejaron a su jefe y campamento y se diseminaron por los *vici*, cada uno para defender su propiedad (Livio, XXXII, 31, 2; *Itaque relicto cude castrisque dissipati per vicos, sua quisque ut defenderent*). En las guerras célticas entre 200 y 190 a. de C. esta táctica bélica de dispersión "*per vicos et castella*" no debe considerarse un tópico, pues contrasta con la respuesta de los ligures, anclados en sus oppida para la defensa (Livio, XXXV, 4, 1; cf. XXXIII, 36, 8, *in castella sua vicosque dilapsi sunt*; XXXIV, 22, 2, *in vicos suos atque agros dilapsi* cf. Peyre 1979: 57-8).

Así pues, al menos en estos momentos de crisis, se aprecia una doble división de la sociedad. Por una parte está la ya señalada división social con el senado y la elite por un lado y los *iuvēnes* por otro, actuando cada uno de ellos según sus intereses. Pero además existe otra división territorial, con asentamientos propios de distintos grupos.

Livio utiliza dos palabras para referirse a estas entidades menores que en otras condiciones se integrarían sin problemas en la estructura general encabezada por la capital de la *gens* y su senado. Se trata de los términos *vicus* y *castellum* que Ch. Peyre (1979: 58) explica como sigue:

"con la palabra *vicus* Livio parece designar la aldea de la llanura, mediante *castellum*, la aldea en altura. El término *castellum* en todo caso, como el de *oppidum*, no implica en absoluto la presencia de un sistema defensivo fortificado" (cf. Livio, XXII, 11, 14).

La forma en que Livio describe cómo el cónsul Cornelio disgregó la coalición de boyos, ínsubros y cenomanos el año 197 a. de C. refleja la nítida conciencia que tenían los romanos de las tendencias centrífugas de la sociedad gala. El romano comienza atacando directamente el territorio de los boyos, que se desentienden de la coalición

⁴⁹ *Brixiam...*, quos caput gentis erat de los cenomanos (Livio XXXII, 30, 6); ἐκχωρησάντων εἰς τὸ Μεδιόλανον τῶν Γαλατῶν, ὅσπερ ἐστὶ κυριώτατος τόπος τῆς τῶν Ἰνσόμβρων χώρας (Polibio, II, 34, 10); cf. Felsina de los boyos en Livio XXXIII, 37, 4.

⁵⁰ XXI, 29, 6, *Boiorum legatorum regulique Magali adventus*; XXXI, 21, 17, *tres imperatores galos*; XXXII, 30, 7, *principibus* (cenomanos); XXXIII, 36, 4, *Corolamus... regulus Boiorum*; XXXIV, 46, 1, *Dorulato duce* (boyos); XXXIV, 46, 4, *Boiorum regulos eorum*; XXXV, 5, 13, *tres duces eorum* (ínsubros).

⁵¹ II, 17, 12, καὶ φοβερώτατον καὶ δυνατώτατον (gálotos) II, 21, 4, ἡγουμένων 5, προεστώτας"... ἰδίους βασιλεῖς Ἄτιν καὶ Γάλατον. II, 23, 3, οἱ βασιλεῖς τῶν Κελτῶν (aunque es ambiguo si se refiere a los *basileis* de los celtas del Ródano, sistemáticamente mencionados con ese término, o a la totalidad de los jefes de la coalición céltica formada en ese momento); II, 32, 5, Ἰνσόμβρων προεστώτες; III, 44, 5, τοὺς βασιλίσκους τοὺς περὶ Μάγilon.

⁵² XXXV, 22, 3-4, *Primo equites eorum pauci cum praefectis, deinde universus senatus, postremo in quibus aut fortuna aliqua aut dignitas erat, ad mille quingenti ad consules transfugerunt*.

⁵³ XXXV, 40, 3 *senatus eorum cum liberis et praefecti cum equitatu - summa omnium mille et quingenti - consuli dederunt se*.

y parten a proteger sus tierras devastadas. Seguidamente envía "mensajeros a las aldeas de los cenomanos y a Brescia, que era la capital de la tribu..." *Inde mittendo in vicos Cenomanorum Brixiisque, quos caput gentis erat...*, XXXII, 30, 6-7. Como señala Ch. Peyre (1979: 58):

"La acción de los romanos permite suponer que las tribus de la campiña estaban en desacuerdo sobre la actitud a mantener para con Roma, y es necesario extraer la conclusión de que estas tribus conservaban una gran capacidad de decisión en el seno de pueblo, incluso con respecto a asuntos tan graves como la declaración de guerra".

Estas subdivisiones de la *gens* más amplia, que cuentan con cierta capacidad política y en cuya defensa acudían los guerreros en caso de peligro, se describen con un vocabulario, una vez más, impreciso. Ya hemos visto la diferencia entre *vici* y *castella*. Pero también leemos *pagi* o, incluso, *tribus* que tienen un nombre específico⁵⁴.

Ch. Peyre recuerda que el *pagus* era en principio un "mojón hincado en la tierra", de donde procede la noción de territorio delimitado, cantón y por extensión el grupo que vive en el cantón (1979: 57). Según Tito Livio, el estado de vida *pagatim* era anterior a la *civitas*, como se aprecia en el pasaje que dedica a los antiguos atenienses *pagatim*, que tenían santuarios consagrados antaño por sus antepasados en sus *vici* y *castella*, y que, cuando se unieron en una urbe, no los abandonaron (XXXI, 30, 6: *Athenas Delubra sibi fuisse, quae quondam pagatim habitantes in parvis illis castellis vicisque consecrata ne in unam urbem quidem contributi maiores sui deserta reliquerint*).

Podemos intentar cruzar estos datos con una hipótesis formulada por C. Jullian (1901: 82) según la cual cada *pagus* (se refiere a la Galia Transalpina) formaría una unidad militar que combate bajo su propia enseña. La retirada de los guerreros a sus *vici* y *castella* integrados en *pagi* o entidades semejantes, podría ir en este sentido.

También cabe considerar las noticias sobre las insignias que aparecen a lo largo de las distintas campañas. En un pasaje al que hemos aludido varias veces, cuando Coriolano disuelve una coalición de celtas el 197 a. de C., dice Livio que la oferta a los cenomanos consistía en abandonar a los ínsubros y, tomando sus estandartes, regresar a sus hogares o unirse a los romanos (XXXII, 30, 7, *sublati signis aut domos redirent aut ad romanos transiret*). No se nos dice que haya un *signum* por cada *domus* pero queda implícito que cada subdivisión de los cenomanos actuaba como una agrupación militar definida con uno o varios estandartes propios que, por otra parte, pueden recibir connotaciones simbólicas diversas, como en el caso de los "estandartes de oro inmóviles... del templo de Atenea (Brigit?)" pertenecientes a los ínsubros (Polibio, II, 32, 6).

En varias ocasiones Livio ofrece cifras del resultado de los combates que pueden traerse a colación para nuestra investigación. Así, con motivo del asedio de Cremona (200 a. de C.) nos dice que hubo 35.000 galos muertos o capturados, 200 carros, 70 insignias y 3 jefes (Livio, XXXI, 21, 17-18). En otra batalla en torno a Como hubo más de 40.000 muertos y se capturaron 87 enseñas (Livio XXXIII, 36, 13). Un combate del 193 se salda con 3 jefes prisioneros, 212 insignias tomadas y 14.000 muertos (XXXV, 5, 13). Por fin, el 191 a. de C., para terminar la guerra, señala que hubo 28.000 boyos muertos, 3000 prisioneros y 124 insignias tomadas (XXXVI, 39-40). Suponiendo que existe una relación entre el número de muertos o prisioneros y el de insignias capturadas tenemos las siguientes proporciones en los testimonios citados: 500/1, 460/1, 66/1, 250/1.

Así constatamos, por un lado, que el número de enseñas capturadas no es heterogéneo con las 112 *tribus* de los boyos mencionadas por Plinio. Y, por otro, observamos que el número de guerreros por insignia, evidentemente variable y dependiente de contingencias reales de las luchas o de la transmisión de la información hasta Livio y, desde Livio, a través de la historia del texto, remite a cifras homogéneas con otras conocidas en la antigüedad y, por lo tanto, podemos considerarlas verosímiles.

Si esto es así el *pagus* (u otro nombre con el que pueda aparecer) sería una subdivisión de la *gens* con autonomía política, pues su participación directa o indirecta, desconocemos los procedimientos, es necesaria para que decisiones a escala de *gens* sean válidas en cada *pagus* concreto. También tendría, en paralelo con lo anterior, una autonomía militar, los *pagi* son centros de reclutamiento y sus guerreros se preocupan específicamente de su defensa. Por último, también tienen, aunque esto es más hipotético, una forma particular de integrarse en el mundo simbólico de su etnia a través de sus enseñas representativas con representaciones específicas que inciden en la caracterización espiritual del grupo.

Los *vici* y *castella*, finalmente, serían la cristalización sobre el terreno como formas de hábitat de lo que representa el *pagus* como institución política. Utilizando esta expresión en el sentido de que no prejuzga los modos de asentamiento concretos que se producen en los distintos *pagi* en función de realidades topográficas y del ecosistema.

Para terminar este análisis centrado en Livio señalemos que no existe contradicción entre su testimonio y la etnografía de los galos cisalpinos que leemos en Polibio. Como tampoco existe contradicción entre la citada etnografía de Polibio respecto a los galos cisalpinos con respecto a los transalpinos, al menos en la situación que

⁵⁴ Plinio III, 15, 116, "pueblos que ya no existen en esta región son los Boyos, de los que dice Catón que incluían 112 tribus" *in hoc tractu interierunt Boi quorum tribus CXII fuisse auctor est Cato*; id., III, 17, 124: "*Vertamatoris, Vocontiorum hodieque pago*"; Livio, V, 34, 9: *Insubribus pago Haeduarum*.

se daba entre el fin del siglo III e inicios del II. Para comprenderlo estudiaremos un episodio relatado por Polibio que se sitúa inmediatamente antes de la Segunda Guerra Púnica. Se trata de la venida de los *gaesati* del Ródano encabezados por dos reyes en auxilio de sus hermanos de raza, boyos e ínsubros del Po.

Al plantear este tema no pretendo saltarme la cuestión de método expuesta más arriba. Se trata, por una parte, de adaptarse a las articulaciones internas de nuestras fuentes y, por otra, de ir logrando cierta profundidad temporal con respecto a los celtas de la Galia que estudiaremos más adelante. Además, se trata de la descripción de una invasión de Italia por lo que, aunque procedentes de otro lugar, el escenario de los hechos es el que nos ocupa en este momento.

Polibio trata la guerra de los romanos contra los celtas que precedió a la invasión de Italia por Aníbal (231-222 a. de C.) a lo largo de 14 capítulos de su libro II. Los acontecimientos se desencadenaron cuando boyos e ínsubros se aliaron contra los romanos y pidieron auxilio a los galos asentados en el valle del Ródano llamados *gaesatos*, comandados por los *basileis* Concolitano y Aneroesto a los que prometieron oro y botín, condiciones que aceptaron emprendiendo la invasión de Italia.

No se me escapa que el texto de Polibio se presta a lecturas variadas. En primer lugar, Polibio presenta la fuerza invasora compuesta por mercenarios, pues reciben de sus aliados italianos una gran cantidad de oro (II, 22, 1; 34, 2). Sin embargo, la descripción que ofrece de su forma de combatir, desnudos en primera línea, con un valor especial debido a su ética guerrera (*μαχιμωτέρους ἄνδρας* II, 22, 6; cf., 28, 8; 29, 6-7; 30, 5), induce a pensar que se trata de una cofradía de guerreros. Por último, la descripción de su campamento, con los típicos carromatos empleados por los celtas en sus desplazamientos masivos (II, 23, 4; 28, 5) permiten sospechar que estamos ante una migración formal.

Ahora bien, ninguno de estos rasgos es contradictorio sino que, más bien, confirman la breve presentación de la etnografía de los célticos del Po ofrecida por Polibio con anterioridad y que hemos citado (supra pp. 19-21).

"Viven en aldeas sin amurallar, sin ninguna clase de bienes superfluos; pues como duermen en lechos de hojas y se alimentan con carne y se ocupaban exclusivamente de la guerra y la agricultura, sus vidas eran muy sencillas y no conocían ninguna clase de arte o ciencia. Sus posesiones consistían en ganado y oro, pues éstas eran las únicas cosas que podían llevar consigo a cualquier parte de acuerdo con las circunstancias y partir a donde quisieran. Concedían la mayor importancia al compañerismo, de entre ellos eran los más temidos y poderosos aquellos a quienes se consideraba con un mayor número de seguidores y subordinados". (II, 17, 9-12)

Dejando aparte los tópicos de la descripción de la barbarie, presentes en el texto pero que no deben impedir apreciar una observación etnográfica fidedigna, se pueden destacar tres puntos que según Polibio caracterizan a los celtas cisalpinos.

1. que los bienes más apreciados eran de tipo mueble: oro y ganado.
2. que tenían disponibilidad para la migración o la campaña militar (si es que es pertinente distinguir las dos cosas con claridad).
3. que el logro de la jefatura dependía de la capacidad del individuo que aspirase a ella para atraerse un séquito militar.

Pues bien, estos tres elementos están presentes entre los celtas del Ródano aunque se formulen de otra forma.

1. destaca la consideración de mercenarios que reciben los *gaesati* por parte de Polibio y la disponibilidad de sus reyes para retirarse sin presentar batalla dada la abundancia del botín conquistado (II, 26, 6). También destaca Polibio los torques de oro exhibidos por los galos cuya contemplación excitaba la codicia de los romanos (II, 29, 8-9; la presencia de torques de oro es constante en los inventarios de botín tomado a los galos que leemos en Livio).
2. sobre su disponibilidad migratoria no hay que insistir, pues la campaña de los *gaesati* con sus reyes consiste precisamente en eso.
3. este punto es menos evidente, pues desconocemos cómo alcanzaron su posición Concolitano y Aneroesto. Pero si consideramos que comandaban un grupo numeroso de guerreros de elite, cabe pensar que si se les reconoce como jefes de tal grupo es porque cumplen condiciones para ocupar tal lugar. Dicho con otras palabras, que de alguna forma su posición se debe al consenso logrado entre sus subordinados. Descartándose, por lo tanto, otras formas de obtención de la jefatura como dinástica (al menos en estado puro), religiosa etc.

Cabe comparar la jefatura de los galos del Ródano, esta vez por contraste, con las situaciones descritas más arriba de disgregación social consecuencia, probablemente, de la derrota militar. Cuando veíamos a distintos grupos sociales o territorios actuando por separado ante los romanos.

Pues bien, si, como tratamos de mostrar, al menos en esta época a caballo entre los siglos III y II los celtas de las dos vertientes alpinas son social e institucionalmente muy semejantes, cabe inferir que sus diferentes grados de cohesión social e institucional dependen de la coyuntura histórica. O, lo que es lo mismo, que las instancias de cohesión de que disponen son lo bastante débiles como para que ante una situación difícil se difuminen en buena medida. La famosa inconstancia de los galos, auténtico

tópico literario en las descripciones clásicas de su barbarie, puede no ser más que el reflejo externo de las peculiaridades de su universo institucional y ser, por tanto, además de un tópico literario, una realidad socio-política bien percibida por los observadores griegos o romanos.

La comparación entre estos dos grupos celtas también permite destacar otro contraste. Polibio es constante al denominar *basileis* a los jefes transalpinos, mientras que utiliza un vocabulario variopinto (*supra*) para referirse a los cisalpinos. Ahora bien, Polibio sabía latín y en su juventud había combatido contra los gálatas de Anatolia y había llegado a conocer personalmente a algún gálata notable (Polibio, XXII, 21). Es decir, si había alguien capacitado para detectar la semejanza fonética e institucional entre el *rix* céltico y el *rex* latino en su época, ese era Polibio. Así, cuando sistemáticamente habla de *basileis* con respecto a los celtas del Ródano, pero también con respecto a los de Anatolia (ver *infra*) es porque está traduciendo, casi con toda seguridad, un *rix* céltico.

Ahora bien, si como estamos viendo, este uso no aparece con respecto a los celtas cisalpinos -por ejemplo, en el pasaje que nos sirve de guía ahora los jefes aparecen con un circunloquio como "los más temidos y poderosos" y más arriba hemos recogido la diversidad de vocabulario que emplea para designar a los líderes celtas- ¿cómo interpretar el hecho?

Los datos comparativos permiten ofrecer dos sugerencias. La primera es que el término *rix* si no desapareció por completo en la lengua de la Galia Cisalpina al menos permaneció sólo de forma residual en la antroponimia (por ejemplo el citado Boiorix). Un caso paralelo lo tenemos en galés en donde los términos para designar al rey - *pendefig*, "jefe principal", o *gweledig*, "que tiene la realeza", o *breechin*, "el privilegiado" - no se relacionan en absoluto con *rix* (Lambert 1993: 355 n. 1) estando sin embargo la celticidad del idioma galés fuera de toda duda. La segunda es que podríamos estar ante un estadio de disolución de las realezas tradicionales en contacto con las formas institucionales imperantes entre los vecinos italianos de los galos. Proceso que, tal vez retrasado con respecto a Italia, también se estaba dando en la Galia conquistada por César. Esto explicaría la presencia ocasional de *reges* y *basileis* en nuestros testimonios, entendiendo que traducen de forma fidedigna un *rix* céltico.

Más que inclinarnos por una u otra opción, o una ecléctica mezcla de ambas, es preferible concluir constatando ese contraste en la terminología de la jefatura gala para las distintas regiones, y la especificidad de la situación de los galos cisalpinos en los primeros años del siglo II.

GÁLATAS

La presencia de pueblos celtas en Anatolia está perfectamente inscrita en el registro histórico de la Antigüedad. En el año 278 a. de C. un grupo escindido de la gran invasión céltica contra Grecia, situado a orillas del Helesponto, recibe una petición de ayuda militar de Nicomedes de Bitinia. Era un grupo poco numeroso, se nos habla de sólo 20.000, pero sea merced a los refuerzos que siguen recibiendo a través de los estrechos (un ejemplo en Polibio V, 77-78; 111, 2-6) sea, como dice Livio, debido a su gran capacidad reproductora (XXXVIII, 16, 13), pronto consiguen hacerse política y militarmente determinantes de los asuntos de la parte Occidental de Anatolia durante más de dos siglos. Su vivencia como etnia independiente termina cuando en el 25 a. de C. Galacia se convierte en provincia romana, aunque ya desde bastante antes era, a ojos de los romanos, un territorio gobernado por dinastías clientes suyos.

El estudio de este grupo céltico, que quedó aislado del territorio habitado de forma continua por gente de esa lengua y cultura, se ve facilitado por la ya clásica monografía de F. Stähelin (1907) y por un reciente y ejemplar estudio de S. Mitchell (1993) que aborda todos los aspectos que nos interesan. Por otra parte, Estrabón proporciona el testimonio básico sobre las instituciones políticas de los gálatas. Pero debe tenerse cuidado con su uso por lo tardío de su fecha ya que refleja, por un lado, la aculturación con usos institucionales griegos y, por otro, una situación de subordinación a los poderes que se imponen sucesivamente en Asia Menor. Por ello, antes de examinar este testimonio capital conviene rastrear en otras fuentes los diversos indicios, pocos en todo caso, sobre los aspectos que nos interesan en momentos anteriores al descrito por Estrabón.

Los celtas invasores de Anatolia se presentan desde el primer momento, pese a su reducido número, divididos en distintas agrupaciones y no bien avenidos. Se nos dice que sus *reguli*, se habían escindido del grupo de Breno (Tito Livio, XXXVIII, 16, 2) y que antes de pasar a Asia surgió una nueva sedición entre sus dos jefes (Tito Livio, XXXVIII, 16, 6). Livio también dice que se repartían en *tres gentes*: tolistobogos, trocmos, tectosagos que se reparten las áreas de Asia en donde exigir tributo (XXXVIII, 16, 11). Pero esta noticia con toda probabilidad resulta de retrotraer al momento de la primera invasión la situación que impera después, quizás ya en el momento de la guerra de Cn. Manlio Vulso en el 189 a. de C. - tema que Livio está introduciendo en esas líneas - y, después, en la descripción de las instituciones galas que presenta Estrabón.

Testimonios diversos mencionan ocasionalmente otras agrupaciones de celtas en Anatolia. Así Polibio cita a los *rigosagos* luchando como mercenarios el 221 a. de C. (V, 53, 3) y a los *egosagos*, también mercenarios, que Atalo I había hecho venir de Tracia y que terminan masacrados por Prusias I de Bitinia (Polibio, V, 77-78; 111, 2-6). Plinio

(NH 5, 146) cita grupos denominados *voturios* y *ambitoutos* tras los *tolistobogos* y a unos *toutobodiacos* en relación con los tectosagos. Están atestiguados *escorprios* en las intermediaciones de Ancyra (Esteban de Bizancio, s.v. Ἀνκύρα), y conocemos a un Eporedorix, tetrarco de los *tosiopas* a inicios del siglo I a. de C. (Plutarco, *Mor.*, 259 A-C; Mitchell 1993: 42-3).

Para describir a los tres grupos fundamentales Livio utiliza el término *gens* (XXXVIII, 16, 11; 18, 3) pero lo combina con *civitas* y con *populus* que aparecen como sinónimos (XXXVIII, 19, 1-2). No sé si sería oportuno apreciar en este cambio lingüístico alguna intención descriptiva precisa. Es decir, *gens* sería el vocablo oportuno para presentar los grupos invasores mientras que las otras dos palabras se utilizan en el momento de la guerra del 189. Entre ambos momentos se producirían cambios sociales e institucionales entre los gálatas que harían pertinente la modificación del vocabulario. En cualquier caso, los testimonios griegos usan siempre ἔθνος para describir las agrupaciones principales.

La sociedad gálata estaba jerarquizada y gobernada por reyes. Livio utiliza con asiduidad el término *regulo* (XXXVIII, 16, 2; 18, 1, 3, 4, 14; 19, 2; 41, 1) pero no descarta *reges* (siempre en plural) cuando los presenta en uno de los episodios de la guerra (XXXVIII, 25 - cuatro veces en el párrafo). Polibio, cuando relata el mismo episodio, también utiliza βασιλεῖς sistemáticamente, en plural cinco veces, y una vez se sirve del giro τοὺς πρώτους ἄνδρας. Pero por el contexto, una discusión sobre el protocolo previo a una negociación, se percibe que éstos últimos no se identifican con los reyes (Polibio, XXI, 39, 2-4). Polibio también menciona a Eposognato, relacionado con los reyes, βασιλεῖς, de los tolistobogos (plural en dos ocasiones); y más adelante usa la fórmula τῶν Γαλατῶν βασιλεῦσιν (Polibio, XXI, 37, 1-3 y 8).

Finalmente están atestiguados antropónimos compuestos con *-rix*, como el ya citado tetrarco Eporedorix. También se puede mencionar al jefe de una revuelta denominado Γαιζατόριγος (Polibio, XXIV, 14, 6), en el que tal vez no sea desencaminado ver a un "rey de *gaesati*" los guerreros de elite galos que ya conocemos cuya presencia, como institución, tal vez esté elusivamente atestiguada por Tito Livio cuando indica que los gálatas combatían desnudos (XXXVIII, 21, 9). Connácorix y Adiatrix aparecen como gobernadores de Heraclea y el segundo figuró en el triunfo de César (Memnón, 42, 5; 49, 4; 51 ss.; Estrabón XII, 3, 6 y 35). Otro es Sinorix, asesino de un tetrarco marido de Camma, una sacerdotisa de Ártemis, que aspiraba a su mano y probablemente, aunque no se nos dice, al poder de su esposo (Plutarco, *Virtudes de las Mujeres*, 257E-258C). También conocemos a un Aioiorix noble del siglo II, y a Ateporix de familia de tetrarcas (Estrabón, XII, 3, 37; fuentes más completas en

Stähelin 1907: 109-20, con una prosopografía gálata).

Así pues, la mayor parte de los personajes conocidos que componen su nombre con este sufijo ejercen o aspiran a ejercer el poder. Parece que el elemento *-rix* de su nombre esclarece su programa político (obviamente no todos se llamaban así desde su nacimiento, pero la práctica del cambio de nombre de acuerdo con situaciones personales variables era tan frecuente entre los celtas como entre los romanos) aunque junto a ellos conocemos a otros muchos reyes o tetrarcos sin esta peculiaridad onomástica.

En cualquier caso, parece claro que el uso de *reges* por parte de Tito Livio, de *basileis* por parte de Polibio y de los nombres compuestos con *-rix* reflejan de una u otra forma una realidad institucional. La única cautela procede de Livio, que manifiesta cierta prevención a usar *reges* y prefiere el diminutivo, quizás para contrastar las figuras de los reyes gálatas -bárbaros- con las de los reyes helenísticos contemporáneos que, a ojos de Tito Livio, serían los reyes de pleno derecho que gobernaban los distintos estados de Anatolia. Que esto es así lo pone de relieve el desarrollo de la emboscada que los galos pretendieron tender al cónsul Manlio Vulso jugando con una cuestión de protocolo. Polibio distingue allí entre βασιλεῖς y τοὺς πρώτους ἄνδρας que Livio traduce como *reges* y *principes gentis* (XXXVIII, 25, 4). El lance gira en torno a una entrevista pactada entre los reyes y el cónsul, pero como los primeros no acuden y envían a los *principes*, Manlio responde enviando a su aliado y subordinado Atalo. Para lo que ahora nos interesa destaca el hecho de que, al lado del papel institucional de los reyes, únicos que, en este caso, estaban capacitados para sellar la paz, había una aristocracia.

Ya en el momento del paso a Anatolia, Memnón indica la presencia al lado de los dos jefes que ya conocemos, de otros diecisiete jefes, (*FrGrHist* 434 F 11). En el lance que comentamos tenemos a los mensajeros que establecen las condiciones de la entrevista, los reyes ausentes y estos *principes* o πρώτους ἄνδρας. Por otra parte hemos insistido en la persistencia del uso del plural, en alguna ocasión bien justificado (Livio, XXXVIII, 19, 2, *trium populorum reguli* para referirse a los jefes de cada grupo: Ortiagón Combolomaro y Gauloto), pero que en otras debe llevar a pensar en la existencia de una "clase" de reyes en cada uno de los tres grandes grupos que, ocasionalmente, puede estar regido por un sólo individuo (como en el paso de Livio que acabamos de citar).

Curiosamente conocemos lo que se debe considerar el programa de acceso a la realeza del jefe trocmo Ortiagón⁵⁵. Famoso por la aventura de su esposa Quiomara que, prisionera de los romanos, fue maltratada por sus guardianes y, una vez rescatada, ordena matar a su carcelero haciéndole cortar la cabeza⁵⁶. Pero Polibio

⁵⁵ Livio escribe *Ortiago* en XXXVIII, 19, 2 y *Orgiagontis reguli* en 24, 2 y 9.

había presentado antes a Ortiagón con su "programa" en el texto de un fragmento. Era uno de los reyes gálatas de Asia que proyectó dominar a todos basado en tres cualidades: generosidad (εὐεργετικός ἦν καὶ μεγαλόψυχος), inteligencia y seducción (καὶ κατὰ τὰς ἐντεύξει εὐχαρίς καὶ συνετός,...) y valentía y belicosidad (ἀνδρώδης ἦν καὶ δυναμικὸς πρὸς τὰς πολεμικὰς χρεῖας; Polibio XXII, 21). Es decir, la realeza, como quiera que se entendiese, no era hereditaria y el candidato a ocuparla debía reunir cualidades bien probadas y tener su "programa", sobre todo si se aspiraba a ocupar ese cargo en los grupos mayores o entre todos los gálatas (puede haber alguna confusión entre Livio, que presenta a Ortiagón como rey de los trocmos y Polibio o su compilador que presenta su aspiración a la realeza global). La pertinencia de la consideración de este "programa" de Ortiagón se mostrará más adelante, por ahora nos mantenemos fieles a la cautela de no explicar los hechos de una parte del mundo céltico con los de otra.

Pero los gálatas eran sobre todo, y de una forma muy destacada, guerreros. Desde su instalación en Anatolia, hasta que presionados trabajosa e incesantemente se vieron reducidos a adoptar las formas de vida comparativamente más suaves de sus vecinos que, por lo demás, no vacilaron en utilizarlos sistemáticamente como tropas de choque mercenarias en sus incesantes enfrentamientos⁵⁷.

Podemos pasar ahora a considerar el texto de Estrabón (XII 5, 1) donde se describe la situación de los galos de Anatolia en un momento indefinido con anterioridad a su época (el geógrafo es contemporáneo de Augusto) y su evolución hasta ese momento. El territorio que ocupaban en tiempo de Estrabón era el que les habían concedido los reyes de Pérgamo y de Bitinia tras las incesantes guerras que sufrieron o provocaron. Los tres *éthne* comparten idioma y otros usos y costumbres, desde el punto de vista institucional cada *éthnos* se dividía en cuatro partes llamadas tetrarquías - εἰς τέτταρας μερίδας τετραχίαν ἐκάλεσαν. Cada una de ellas estaba gobernada por un tetrarco auxiliado por un juez y un jefe militar del que a su vez dependían otros dos subjefes militares. El consejo de las doce tetrarquías, formado por trescientos hombres, se reunía en un lugar llamado Drynémeton para juzgar los casos de asesinato. Los restantes casos correspondían a la capacidad jurisdiccional de tetrarcas y jueces. Termina Estrabón diciendo que esta era la constitución de los gálatas antiguamente e indica en pocas palabras cómo evolucionó la situación institucional de los gálatas hasta su propia época bajo el dominio romano (Mitchell, 1993: 27-29; Rees, 1961: 148-154).

Estas instituciones de los célticos de Asia Menor estaban influidas por usos griegos, como reconoce el

propio Estrabón y está implícito en el etnónimo *gallograeci* con el que aparecen en las fuentes romanas, pero también conservaban aspectos específicamente célticos. Por ejemplo, la mención de otros pueblos o *éthne* en testimonios diferentes muestra una realidad de partida menos sistemática (¿menos griega?) que la descrita por Estrabón y, por lo tanto, más propiamente céltica (Mitchell 1993: 42-3). Como también es específicamente céltico el nombre del lugar de asamblea común, *Drynémeton*, cuya traducción sería, como sugieren Ch.-J. Guyonvarc'h y F. Le Roux (1986: 383, 408 y 430-2), "el muy sagrado" o, según otra interpretación muy difundida "el santuario del roble", tipo de lugar con un paralelo muy claro en las Galias, donde César nos recuerda que:

"en cierta época del año, se reúnen los druidas *in loco consecrato* del país de los carnutes, considerado el centro de toda la Galia (*quae regio totius Galliae media habetur*). Aquí concurren de todas partes los que tienen pleitos y se atienen a sus decretos y sentencias" (BG VI 13, 10).

En cuanto a la "divisibilidad" de cada *éthnos*, es propia tanto de celtas como de griegos. Por un lado ya hemos visto las *gentes* de los galos cisalpinos divididas en *pagi* y veremos otros casos. En lo que ahora nos ocupa, Estrabón describe el territorio de los trocmos, con Tavio como capital y Mitridatio y Danala; a los tectosagos atribuye Ancyra y a los tolisobogios Blucio, que es la residencia real y Peyo, lugar de depósito del tesoro. Todos estos puntos se denominan φρούρια, "fuertes", "*oppida*" (Estrabón XII, 5, 2). Tal vez quepa interpretar la mención de estas seis "fortalezas" como las más importantes, o las todavía existentes en tiempo de Estrabón, de las doce "capitales" tetrárquicas operativas en el sistema descrito con anterioridad. Pero, por otra parte, no debemos olvidar que una organización institucional y espacial muy semejante a la que leemos en Estrabón para los gálatas estuvo vigente en Tesalia en el siglo IV (Helly 1995).

En cualquier caso, el sistema político presentado pertenecía al pasado cuando escribe Estrabón - πάλαι μὲν οὖν ἦν τοιαύτη τις ἡ διάταξις (XII, 5, 1). El problema está en datarlo, durante el siglo III es imposible y a inicios del siglo II hemos visto que los dirigentes galos son reyes y no tetrarcos. Es a partir de la guerra del 189 que el influjo griego comenzó a operar con eficacia sobre los gálatas (ver Polibio XXI, 37-41; Sartre 1995: 41).

Un hito fundamental en el proceso político de los gálatas fue el asesinato de la aristocracia gálata por iniciativa de Mitridates del Ponto. Corría el año 86 a. de C. cuando Mitridates convocó en Pérgamo a los sesenta dirigentes de los gálatas (número resultante de la multiplicación de los cinco magistrados que conocemos para cada tetrarquía por las doce tetrarquías) dejando con

⁵⁶ Tito Livio, 24, 210; Polibio XXII, 38 (= Plutarco, *Virtudes de las Mujeres*, 258 E-F) dice que la conoció y admiró su coraje en Sardes.

⁵⁷ Louney 1987: 490-534, sistematiza los testimonios acerca de los gálatas como mercenarios de los reyes helenísticos. Mitchell, 1993: 34, 44-6 presenta la transformación del ejército galo en legiones a la romana.

vida sólo a tres⁵⁸. Pero cabe dudar si el sistema tetrárquico operaba cuando Mitrídates cometió su fechoría o si la cifra que avanzan nuestros testimonios es el resultado de la extrapolación de datos posteriores.

El número de supervivientes coincide con el número de gobernantes señalado por Estrabón tras el fin del sistema tetrárquico (XII, 5, 1) que se puede fechar en el 66 ó 63 a. de C., año en que Pompeyo reorganiza el sistema y atribuye el título de tetrarca a cada uno de los jefes de los tres grandes grupos (fechas propuestas por Stähelin 1907: 88-9 y Mitchell 1993: 31, respectivamente). Seguidamente se produce una progresiva acumulación de poder en manos de Deyotaro, quien terminó estableciendo una realeza fuerte durante buena parte de la primera mitad del siglo I (Syme 1995: 127-36; Mitchell 1993: 30-41).

A partir de este momento la dinámica política interna de los gálatas está condicionada por la presión de Roma, aunque mantiene rasgos propios. En la GENEALOGÍA 3 (p. 113) se aprecia que en el siglo I a. de C. el título de tetrarca sigue el modelo establecido por Pompeyo, habiéndose difuminado el sistema de doce tetrarquías. Por otro lado los tetrarcos se unen por lazos dinásticos favoreciendo la dinámica apuntada por Estrabón, de paso de tres a dos y finalmente a un gobernante, que resume en definitiva la carrera de Deyotaro. Además los dinastas galos se unen con representantes de la aristocracia anatolia (Menodoto) con la que se integran en pie de igualdad (llevan nombres como Mitrídates y apelativos como Filadelfo o Filopátor) pudiendo alcanzar el título de rey, siempre conferido por Roma -lejos del "programa" que veíamos en Polibio -, en cualquier reino de Asia Menor (Mitchell 1993: 29; Sartre 1995: 39-41). Proceso que culminó con la artificial unión de tierras por Roma, que con los tres grupos gálatas y otras etnias configuró la provincia romana de Galacia en el 25 a. de C.

Tenemos, por tanto, nuestra información sobre la articulación socio-política e institucional de los gálatas agrupada en dos cortes cronológicos bien definidos: la situación vigente hacia el 189, descrita por Polibio y Livio, y la situación descrita por Estrabón, sin fecha precisa, pero vigente con seguridad desde principios del siglo I hasta el año 66 en que Pompeyo la transforma.

Obviamente no sabemos cómo se pasa de unas formas institucionales a otras, pero no deja de ser tentador hacer un ensayo de comprensión más detallada del proceso.

Comenzando por las tres grandes agrupaciones de gálatas, hemos visto que están atestiguadas tanto en el primer momento como en el segundo. Junto a ellas también hemos visto nombres de grupos menores, algunos seguramente independientes, como los egosagos. Pero otros tal vez estaban integrados en los

grupos mayores. Los *voturios* y los *ambitoutos* se mencionan junto a los *tolistobogos*; los *toutobodiacos* y los *escorprios* se ubican cerca de Ancyra, capital de los tectosagos; estos grupos podrían ser, pues, partes de este último grupo mayor. De ser cierta esta reconstrucción, la continuidad natural de cada uno de estos grupos menores en el modelo constitucional descrito por Estrabón estaría alguna de las doce tetrarquías, a su vez capitalizadas cada una de ellas, tal vez, por un lugar destacado cuya huella en Estrabón son las seis fortalezas que menciona.

La mención sistemática de reyes en plural, incluso cuando los testimonios se refieren a uno de los tres grandes grupos, iría en el sentido señalado. Cada uno de esos reyes lo sería de una agrupación menor integrada en la etnia mayor y juntos decidirían, por ejemplo, sobre la dirección de la guerra, pudiendo dotarse, también, de un jefe militar que sería el rey de todo el grupo (recuérdese la historia de Ortiagón). Sin duda la evolución natural de esos *basileis* fue hacia los tetrarcos del sistema estraboniano original y la de los reyes grupales ocasionales hacia los tetrarcos del sistema pompeyano, o estraboniano de la segunda fase.

Es más sencillo identificar a los *principes* u hombres destacados con el "estado mayor" de notables que auxilia al tetrarca del sistema descrito por Estrabón o, incluso, o de forma no excluyente, con los 25 individuos de cada tetrarquía que se integraban en el consejo de *Drynemeton*.

En cuanto a éste su nombre da fe de su antigüedad. Más difícil es percibir su papel institucional en el sistema político de principios del siglo II, pues nuestros testimonios no nos hablan de un senado o *seniores*. Pero no debemos descartar que esta diferencia se deba a la situación de guerra que se nos describe en el primer momento y al carácter de descripción constitucional que otorga Estrabón a su exposición. Es decir, instancias como un senado, o las reuniones del tipo que fuesen en *Drynemeton*, tal vez no tendrían cabida en el primer contexto y sí en el segundo, estando ocupado su lugar en el primer momento por los reyes de grupo que son los verdaderos líderes de los galos en guerra.

En cuanto a la masa de población libre podemos comentar dos aspectos. El valor militar fue el motivo principal por el que fueron considerados, temidos o apreciados los galatas en Anatolia. Luchando por su propia cuenta o como mercenarios, los gálatas pasaron de inspirar el terror a todos sus vecinos de la región a luchar organizados bajo el modelo de la legión romana al final del período que consideramos (Syme 1995: 231-2). El segundo aspecto es el de la aculturación religiosa, que ahora nos interesa menos, pero que es un buen indicio de la victoria total de griegos y romanos en su proceso de absorción pues salvo el nombre de *Drynemeton* y

⁵⁸ Plutarco, *Mor.*, 259 A, da la cifra de 60 gálatas convocados por Mitrídates; Apiano, *Mitrídates*, 46, menciona a los tetrarcas sin dar su número y cómo los mató, junto con sus familias, en distintas ocasiones; Mitchell, 1993: 29.

posiblemente el gesto de retirada hacia el monte Olimpo en una situación de crisis, poca huella queda entre los celtas de Anatolia de la religión céltica (Reinach 1996 (1895): 259-64; Mitchell 1993: 47-50). Sin duda, el proceso de progresiva pérdida de esa religión corre paralelo con la aculturación social y política que señalamos. En el cuadro que sigue se resumen estas transformaciones:

	Polibio / Livio	Estrabón
Grupos mayores	<i>éthnos, populus, civitas</i>	<i>éthnos</i>
Jefes de grupos mayores	<i>reges</i> (¿ocasionales?)	confederación de Drynemeton, tetrarcos de <i>éthnos</i> (desde año 66)
Subdivisiones	Nombres peor atestiguados, ¿partes de los anteriores?	tetrarquías, fortalezas
Jefes subdivisiones	<i>basileîs, reges</i>	tetrarcos
Aristocracia	<i>protos andras, principes</i> ¿Drynemeton antiguo?	auxiliares de tetrarcos y asistentes a Drynemeton
Hombres libres	guerreros	ejército de tipo legionario

CELTÍBEROS

Los estudios sobre Celtiberia, multiplicados en fechas recientes desde los más diversos puntos de vista, conforman la vanguardia de los estudios sobre la protohistoria de la Península Ibérica. A un registro arqueológico estudiado sistemáticamente desde hace decenios, se añade el goteo constante de nuevos textos en lengua celtibérica, con grafía ibérica o latina, que permiten avances sustanciales en la comprensión de sus contenidos. *Last, but not the least*, es importante la configuración de equipos de estudiosos consolidados y especializados que permiten un adecuado tratamiento y sistematización de los datos disponibles. Dos recientes ensayos de síntesis que debemos a F. Burillo y A. Lorrio, diferentes entre sí⁵⁹ pero ambos muy documentados y con amplias bibliografías, junto con otros trabajos más puntuales, nos ayudarán en nuestra exposición.

El nombre "celtíberos" como es habitual entre los pueblos celtas, no es el nombre con el que los celtíberos se reconocían a sí mismos. Es exoétnico, probablemente de origen griego o púnico, y tras mucho debate existe un consenso en entenderlo como "los celtas que habitan Iberia". Estaban divididos en *éthne*, cuando los describen griegos, entre los que se enumera siempre a los lusones, titos, belos, arévacos, aunque los estudiosos han pretendido con éxito más o menos duradero considerar otros *éthne* dentro del grupo celtíbero⁶⁰. Por su parte, Plinio (III, 3, 26-7), especifica que los celtíberos pelendones se reparten entre cuatro *populi*, destacando Numancia, mientras que de los arévacos son seis *oppida*.

Un problema importante que se plantea F. Burillo es el de la definición de las relaciones entre las etnias y los distintos enclaves de población que se encuentran en su seno, como quiera que aparezcan en las fuentes, y que sin duda tenían sus propias instituciones. El caso es que no hay un estado arévaco o belo, ni nada que se parezca, y todavía menos celtíbero (Burillo 1998: 145). Pero junto a esto, en contraste si se quiere, existen indicios de comportamientos solidarios entre celtíberos, así Floro (I, 34, 3) señala cómo los arévacos acogen a los segedenses (de Segeda, ciudad de los belos) escapados de la guerra contra Roma en su condición de aliados y consanguíneos (Burillo 1998: 153-4). Por el contrario, según Apiano (*Iber.*, 94) Numancia pide un auxilio, que no recibe, a sus vecinos

próximos aunque se trata del momento de mayor esfuerzo bélico romano contra la ciudad, por lo que un natural temor, destacado por Apiano, favoreció la prudencia que, pese a todo, no siguieron los jóvenes de Lutia.

Los estudiosos de los celtíberos subrayan, con razón, el protagonismo de las ciudades en su proceso histórico cuando nos es conocido. Básicamente a partir del fin de la Segunda Guerra Púnica, es decir, en un momento equivalente, *grosso modo*, con las masivas noticias de Polibio y Tito Livio sobre los celtas del Po y de Anatolia.

De hecho conocemos el nombre celtíbero para ciudad, **cortom* (Untermann 1996:120) y distintos historiadores insisten en la pertinencia de la consideración de esta realidad para comprender la Celtiberia prerromana (Capalvo 1987; Asensio Esteban 1995). Resulta especialmente claro el pasaje de Estrabon, III, 4, 13, que, además, presenta la polémica entre Polibio y Posidonio sobre la correcta denominación de determinados enclaves celtíberos, *póleis* o *pyrgoi*, y un excursus del propio Estrabón sobre las dificultades que entre pueblos como estos tienen las ciudades para dulcificar los usos de quienes viven en aldeas. El pasaje tiene una clara finalidad ideológica, pero también permite observar la existencia de otras formas de hábitat, al margen de las ciudades mejor conocidas, sobre las que es difícil precisar su cualificación institucional concreta.

Afortunadamente la arqueología llena parcialmente este vacío aunque, por desgracia, no permite aproximaciones hacia la definición institucional de estos enclaves. En efecto, tras las guerras celtibéricas se detecta la aparición de ciudades construidas en llano, sin cualidades defensivas y volcadas a la explotación agrícola, como Bilibis, La Caridad de Caminreal, Contrebia Belaisca y la segunda Segeda, relacionadas con hábitats que en los textos pueden describirse como *oppida*, *megalas komas*, *vicos castellaque*, *agri*, *turres*, *pyrgoi* (Lorrio 1997: 201-2) en los que la ganadería sería la actividad económica fundamental (Lorrio 1997: 297-9; Burillo 1998: 258-64).

Por otra parte la arqueología también permite establecer una jerarquía entre las ciudades considerando su tamaño. A. Lorrio (1997: 67-71) traza y comenta un mapa donde se señalan los tamaños en hectáreas de las ciudades celtibéricas conocidas pudiendo identificarse, tal vez de una forma grosera, cuatro grupos bien diferenciados, seis ciudades menores (entre 5 y 8

⁵⁹ Burillo 1998, reconstruye un proceso histórico de cambio en el mundo celtibérico mientras que Lorrio 1997, traza una descripción estructural de los elementos que componen ese mundo sin olvidar, obviamente, su dimensión temporal.

⁶⁰ Burillo 1998: 28-50 y 146-205, el análisis de los testimonios e historiografía sobre las diferentes etnias señala que los Turboletas se entienden mejor como iberos (*ibidem* 151). En cuanto a los Olcades, de los que destaca la ciudad de Altea, que impuso tributo a los restantes pueblos, es dudoso que sean celtíberos pues la celtiberización del territorio que ocupan es tardía, (*ibidem* 154). Los Lobetanos se sitúan en la frontera con los celtíberos, pero no lo son propiamente. Con los Belos y Belaiscos estamos ante celtíberos seguros, destaca entre ellos la ciudad de Nertóbriga desde el siglo II a. de C. hasta I a. de C., y con Segeda según Apiano, *Iber.*, 48, desde el punto de vista de la información monetaria Segeda aparece como cabeza económica sobre otras cecas; al menos en el plano económico (y casi con seguridad político) se reparten entre dos áreas dominadas por Secaiza-Segeda y Beliciom (*ibidem* 161-3). En cuanto a los Lusones, destaca la ciudad de Complega, que se identifica con Contrebia Leucada (*ibidem* 170). Sobre los Titos, Berones y Pelendones no se sabe mucho, mientras que los Arévacos siempre se mencionan junto con Belos y Titos. Los Vacceos no son celtíberos, aunque aparecen en Apiano como celtíberos, pero en Diodoro están bien diferenciados (*ibidem* 201-5).

hectáreas), 8 ciudades medias-pequeñas (entre 10 y 13,5 hectáreas), otras 7 medias-grandes (entre 15 y 21 hectáreas), y por último tres muy grandes de 30, 45, y 60 hectáreas respectivamente.

Un interrogante mayor gira en torno a la fecha de establecimiento de las primeras ciudades entre los celtíberos. F. Burillo (1998: 216-25) propone fechas altas, algunas antes del siglo III, pero sus argumentos parecen más sugerencias para un renovado trabajo arqueológico en dirección a las fases más antiguas de los yacimientos, que un verdadero fundamento de la hipótesis inicial. El punto de vista de A. Lorrio (1997: 286) es más tradicional al situar la aparición de ciudades en el "celtibérico tardío" o la "Celtiberia histórica". Basa su argumento en la aparición de *oppida* definidos como hábitats de implantación consciente (Complega, Segeda), que se ocupan de diversidad de funciones al relacionarse con rutas, materias primas cercanas, explotación agrícola, defensa... En este sentido el carácter urbano aparece más como un derivado de la función del asentamiento que por la arquitectura (aunque hay edificios públicos). La aparición de ciudades se contempla, pues, como el resultado de diversos procesos de transformación social y elaboración institucional. Es por ello que, aunque las fuentes literarias mencionan ciudades desde comienzos del siglo II, dada la dificultad de fechar su aparición, parece posible optar por el siglo III (Lorrio 1997: 291).

En cualquier caso, en el texto de la *Iberike* de Apiano centrado temporalmente en el siglo II a. de C., las ciudades están por todas partes. En un pasaje (*Iber.* 44) recoge la prohibición de fundar ciudades que los romanos imponen a los celtíberos. Pero las ciudades se siguen fundando. Al modo romano y para favorecer sus intereses en los casos de Graccuris o Pompaelo, con la intervención de dos destacados generales romanos, Graco y Pompeyo. Pero también como una respuesta defensiva de los celtíberos contra Roma en los casos de Complega (Diodoro 29, 28; Burillo 1998: 244-5) y Segeda, que ya existía en el año 179 a. de C. y que en el año 154 a. de C. amplía el recinto de su muralla, acumula población en su interior y desencadena una guerra⁶¹, probablemente relacionada con una lucha por el control de los cercanos recursos mineros, pues su ubicación indica un conjunto de opciones económicas y de relaciones distintas a las imperantes tras la conquista romana⁶².

A lo largo de las dos Guerras Celtibéricas (154-150 y 143-133 a. de C.) los testimonios apuntan a un

protagonismo de las ciudades. Pero tal vez esta no sea toda la verdad. Es cierto, por una parte, que en Apiano, nuestra fuente principal para estos hechos, las *póleis* aparecen por doquier, incluso cabe sorprenderse, de acuerdo con la polémica de Posidonio contra Polibio aludida más arriba, de que solo aparezca este tipo de hábitat ¿estamos ante un modo de escribir propio de una fuente relativamente tardía como es Apiano? Es difícil responder, y en todo caso no podemos hacerlo aquí. Pero cabe indicar que los grupos étnicos también tienen cierto grado de intervención que no debe desdeñarse.

La primera guerra comienza cuando el romano Nobilior se dirige contra Segeda con un fuerte ejército. Como la muralla no estaba terminada, sus habitantes (belos) huyeron junto a los arévacos, a los que pidieron auxilio. Sigue Apiano:

"Los arévacos se lo concedieron, y también escogieron a Caro, un segedense, como su general, pues lo consideraban hábil en la guerra" (πολεμικὸν εἶναι νομιζόμενον, αἰροῦνται στρατηγόν, Apiano, *Iber.*, 45).

Caro cayó enseguida en una acción militar y:

"los arévacos, reunidos en Numancia que era una muy fuerte ciudad, escogieron a Ambón y Leucón como sus generales" (Ἀρουακοὶ.. ἐς Νομαντίαν... συνελέφοντο καὶ στρατηγοὺς Ἀμβόνα καὶ Λεύκωνα ἡροῦντο Apiano, *Iber.*, 46).

En el primer caso los electores son belos de Segeda y arévacos coaligados con ellos. En el segundo eligen los arévacos, que aparentemente siguen con los segedenses, a los que tal vez habría que ver fundidos con los primeros, pues Segeda no existe como tal en ese momento. En el segundo caso ocurre lo mismo, Numancia no es más que el punto de reunión y ninguno de los dos generales parece tener relación con esa ciudad⁶³. Finalmente Marcelo llega a un acuerdo con los celtíberos representados por un jefe diplomático el año 151 a. de C. (Apiano, *Iber.*, 50). Por su parte Polibio, en el fragmento (XXXV, 1, 2-3) donde describe la I Guerra Celtibérica, menciona exclusivamente las etnias diferenciando entre los belos y titos, aliados leales de Roma, de la actitud menos sumisa de los arévacos⁶⁴, remisos a una rendición incondicional, sin ninguna mención a ciudades.

En estos casos no puedo seguir a F. Burillo (1998: 246) cuando dice que la mención a las etnias es una forma de referirse al "todo por las partes" siendo el "todo" las etnias y las "partes" las ciudades. No olvidemos que leemos a

⁶¹ Apiano, *Iber.*, 44; destaquemos que no utiliza *synoikizein* para describir la concentración de población.

⁶² Otras menciones de ciudades. En las campañas Aníbal del 221 a. de C., (Polibio III, 13, 5; Tito Livio, XXI, 5, 2. El 195 a. de C., Segéstica, Livio, XXXIV, 17; Frontino, I, 1, 192-3 a. de C., *Toletum*, Tito Livio, XXXV, 7, 6, como *oppidum* o en XXXV, 22, 5, como *parva urbs*. 182 a. de C. Urbicua, *oppidum* en Tito Livio XL, 16, 7. 182 a. de C. Contrebia Carbica, aparece como *urbs* en Tito Livio XL, 33. 181 a. de C. Complega es *polis*, en Apiano, *Iber.*, 42. y en el año 179 a. de C. en Apiano, *Iber.*, 43. 179 a. de C. Egavica ... aparece como *nobilis et potens civitas*, en Tito Livio, XL, 50. El 154 a. de C. se menciona a Segeda en Apiano, *Iber.*, 44; Diodoro, 31, 39.

⁶³ Situación que difiere de la que aparece posteriormente cuando se citan jefes numantinos, como Liteno, Apiano, *Iber.*, 50; y en la Segunda Guerra Celtibérica, Retogenes y Avaro, Apiano, *Iber.*, 94-5.

autores que están acostumbrados a describir asuntos de ciudades, ¿por qué en este caso concreto iban a abandonar un marco de referencias estable y bien conocido, el de las ciudades, para adentrarse por los vericuetos de la política de los *éthne* celtíberos que tendría que resultarles ajena?

Es cierto, como sostiene reiteradamente F. Burillo, que las etnias celtíberas nunca forman un estado del que dependan las ciudades. Señala, además, que el vínculo étnico es una realidad vivida que se percibe en la numismática pues la unificación de los tipos monetales tiene lugar en el marco de un "proceso de activación étnica" (1998: 297-8). Pero en los pasajes antes citados observamos que también la guerra implica "procesos de activación étnica", por emplear la acertada fórmula de F. Burillo, a través de la elección de jefes, la realización de operaciones militares coordinadas y la actividad diplomática. El problema es que si pensamos en términos de instituciones políticas propias del mundo mediterráneo, la descripción de tal realidad tiene un encaje difícil, pero si pensamos en términos de antropología política, en la que la activación de las solidaridades se produce a partir de estímulos externos, y de manera muy clara en las guerras que implican a grupos humanos amplios, tal situación no tiene nada de extraño.

Corroborar estas impresiones un pasaje donde Tito Livio (XXXV, 7, 6) menciona a un rey Hilerno o Ilerno, derrotado cerca de *Toletum*, cuando dirigía coalición de vetones, vacceos y celtíberos el año 193 a. de C. Al año siguiente tomó la ciudad de *Licabrum* a cuyo rey, *Corribilus*, hizo prisionero (Tito Livio, XXXV, 22, 5). La noticia es excesivamente fragmentaria, pero la idea que intentamos explicar aparece con claridad: Ilerno además de ser rey, o dado que lo es, es sobre todo jefe de guerra de una coalición de diferentes etnias hispanas que, sin duda, tuvo que pasar por mecanismos electivos del tipo de los indicados más arriba para alcanzar esa posición.

Pero hay más, en los distintos casos examinados en este capítulo, lo normal es la aparición de liderazgos temporales a gran escala precisamente en caso de guerra -Ortiagón entre los gálatas, Casivelauno entre los britanos, Vercingetorix entre los galos, Concolitano y Anerosto entre los celtas de Po, el mismo Viriato entre los Lusitanos, la acción supracomunitaria de cada uno de ellos difícilmente tiene sentido al margen de la guerra a la que está sometido su pueblo y, por otro lado, parece claro que en todos los ámbitos señalados existen mecanismos, más o menos eficaces, para elegir dirigentes comunes en situaciones extremas -dirigentes que, además, se nos

presentan como reyes u operando con elementos simbólicos propios de la realeza. Obviamente, la indicación de esta semejanza no prejuzga nada sobre el modo de organización social y política de base en cada uno de los casos considerados.

Un punto que deja poco lugar a la discusión es la existencia entre los celtíberos de una bien definida jerarquía social. Una fuente privilegiada para su conocimiento son las necrópolis y los ajuares depositados en sus tumbas. Por desgracia, de unas 10.000 tumbas celtibéricas excavadas entre 1905 y 1985 sólo alrededor de 500 forman conjuntos cerrados aprovechables para su estudio con criterios arqueológicos modernos (Lorrio 1997: 19). Esto quiere decir, por ejemplo, que era frecuente reunir los hallazgos de un yacimiento sin separar ni catalogar las piezas de ajuar correspondientes a cada tumba. La información que se perdió de esta forma es enorme y es un duro trabajo de los arqueólogos actuales reconstruir secuencias cronológicas fiables y estudios de evolución de tipologías y de formas de sociabilidad (jerarquía, especialización de trabajo, división por sexos y edades, etc.) a partir de tumbas bien excavadas en la masa de materiales legados por la antigua arqueología. Con todo es significativa la existencia de una sociedad fuertemente jerarquizada. Por ejemplo en Aguilar de Anguita destaca la riqueza de los ajuares de dos tumbas sobre las 5000 que forman la necrópolis y que sin duda correspondían a los dirigentes de la sociedad en su conjunto⁶⁵.

Más relieve tiene para nosotros el capítulo de las instituciones políticas de los celtíberos. Una parte ya se ha tratado al presentar las menciones de reyes y jerarquía social en la epigrafía celtibérica (*supra*, p.37). Lamentablemente con esos testimonios apenas es posible ir más allá de la simple constatación de la existencia de esos reyes, sea como soberanos efectivos, como dioses, o como magistrados que utilizan elementos de simbología propia de la realeza. Por otra parte, examinábamos las fuentes literarias (*supra*, p.39) en las que, sobre todo, destacábamos el caso de las parejas de reyes o dirigentes, que en algunos casos además eran hermanos, pero en los casos mejor atestiguados no eran celtíberos y, por ello, sugeríamos que se estábamos ante una adopción de la ideología y usos de la realeza céltica por parte de sus vecinos. Naturalmente esto invita a formular la hipótesis de que, al menos en el siglo III a. de C., una realeza con esos mismos rasgos estaba vigente entre los celtíberos, pero es imposible ir más allá, y sobre todo es imposible saber sobre qué ámbito(s) ejercerían su poder esos hipotéticos reyes.

⁶⁴ Lorrio 1997: 315-18, pone de relieve cómo la arqueología percibe el carácter militar de este grupo al señalar el contraste entre el porcentaje de ajuares funerarios de guerreros en el área arévaca (35 ó 44 %) con los de otras zonas (17 ó 13 %). La mayor parte corresponde a infantes. Pero no me convence su argumento de que la desaparición de armas de los ajuares se relacione con la aparición de *oppida* y de una vida urbana (1997: 316), puede ser cierta la correlación cronológica detectada por la arqueología, pero esto no convierte al segundo fenómeno en una explicación del primero, sobre todo cuando observamos a ciudades y etnias protagonizando, precisamente, encarnizadas guerras contra Roma.

⁶⁵ Entre 11 y 16 objetos depositados en sus tumbas contra los entre 4 y 9 elementos habituales en las restantes, destacando también la calidad de las piezas, Lorrio 1997: 111-146.

Cuando tenemos información literaria contrastada sobre los celtíberos, los reyes son puramente marginales. Ya nos hemos referido a Ilerno, de celticidad en todo caso dudosa, y podemos evocar a Thurro, citado como *regulo* celtibérico por Tito Livio (XL, 49). En cuanto a Olíndico, (citado por Tito Livio y Floro), probablemente sea un personaje de corte sacerdotal que asume la dirección política de los celtíberos (Marco 1994a: 374-5; Sopena 1995: 43-9; pero véase García Teijeiro 1999). Tampoco tiene sentido insistir en el señalado papel de Caro de los segedenses y de Ambón y Leukón de los arévacos, como los jefes de guerra representativos de una comunidad que trasciende los límites de su ciudad de procedencia. Con toda seguridad estas alianzas se basaban en una ideología que las propiciaba tal vez reflejada en la presentación de los segedenses como *socios et consanguineos* de los arévacos (Floro, I, 34, 3), o la mención de éstos como "hermanos" de los numantinos (Apiano, *Iber.*, 93).

La base institucional sobre la que se asentaban estas situaciones, que pudo inspirar a los autores clásicos que leemos, es la hospitalidad. En efecto, tenemos atestiguadas numerosas *tabulae* o *tesserae hospitalis* mediante las cuales distintas partes, normalmente grupos de parentesco o gentilidades, realizan pactos por medio de los cuales establecen lazos de amistad (Lorrio 1997: 318-27). Es más, el caso concreto del *hospitium* establecido entre el celtíbero Pirreso y el romano Ocilis, tras un combate singular (Valerio Máximo III, 2, 21), proporciona un ejemplo de la ambigüedad de la relación *hospes* / *hostis* de raíz indoeuropea: se establece la amistad con el mismo individuo o grupo con el que es verosímil que haya guerra (Benveniste 1983: 61-3).

Hace poco tiempo se ha replanteado con claridad (Ciprés 1993: 120-30) cómo los jefes y notables celtibéricos precisaban rodearse de un grupo de seguidores fieles hasta la muerte para alcanzar una posición social por encima de otros en un medio social competitivo (Plutarco, *Sertorio* 14; Apiano, *BC*, I, 112). Entre los testimonios que describen la institución destacan el un caso particular y una mención general. El primero es el caso de Alucio, descrito con sumo detalle por Livio en una historia de finalidad propagandista para el romano Escipión, de quien era prisionero. Livio lo presenta como *princeps* (XXVI, 50, 2) y un poco más adelante Escipión lo reconoce como *amicus* del pueblo romano (XXVI, 50, 7), finalmente recluta a 1400 jinetes escogidos para luchar con el romano (XXVI, 50, 14). Traducido a términos institucionales, lo anterior implica el desempeño de una jefatura militar que tal vez implicaba el título de *rex*, pues Alucio es un *princeps* de los Celtíberos (¿una coalición de distintas ciudades y/o etnias, o una mera mención del grupo de procedencia sin más, recordemos a nuestro *princeps Cantabrorum?*), reconocido como *amicus*, fórmula típica para identificar a reyes aliados de Roma

(recordemos a Indibil, Edecón, Cogidubno, etc.), que como contrapartida acude con su ejército de clientes / *devotii* a luchar junto al romano. También es interesante la noticia de Salustio, Hist., I, 125, que menciona la institución de la *devotio* como *Celtiberorum more*, y a los *reges* como beneficiarios. Sin embargo, no cita a ningún personaje beneficiado por el uso.

Lo normal es, pues, que los individuos que conocemos en el siglo II a. de C. relacionados con la *devotio* aparezcan muy desdibujados en cuanto a su papel institucional preciso, si es que desempeñaban alguno. Destaca el caso de Retogenes de Numancia, rico y valeroso, que cuenta con seguidores personales, mencionados como *philoí* (¿= *devotii*?) y que aparentemente actúa por su cuenta (Apiano, *Iber.*, 94; Valerio Máximo, III, 2, ext. 7).

Pero conocemos también ciudades regidas por instituciones colegiadas, como el senado de Lutia (Apiano, *Iber.* 93) o la *boulé* de Belgeda (Apiano *Iber.* 99-100; Fatás 1986). Instituciones cuyo poder tenía un alcance limitado, como muestra la desobediencia de los *iuniores* de Lutia a sus mayores cuando acudieron en ayuda de los numantinos. Sin duda la guerra y los usos guerreros tenían un papel también institucionalizado que podía chocar con otras instancias de poder en la sociedad (Ciprés 1993: 97-135).

Las fuentes literarias nos permiten seguir la fundación de algunas ciudades. Segeda se funda mediante la agrupación de ciudades más pequeñas (*brachytéras póleis*) en el mismo punto fortificado (Apiano, *Iber.*, 44; Diodoro, XXXI, 39), cosa que no consienten los romanos (en Apiano, *Iber.*, 100, Didio también prohíbe amurallar Termesa).

Pero los romanos también llevan iniciativas comparables. Nos han quedado detalles de la fundación de Complega por T. Sempronio Graco (180-179 a. de C.), como culminación de una dura campaña. Apiano (*Iber.*, 43) nos dice que Graco fundó una ciudad con los habitantes más pobres entre los que repartió tierras: *τοὺς δὲ ἀπόρους συνόικιζε, καὶ γὲν αὐτοῖς διμέτρεϊ*. El vocabulario evoca una fundación colonial: se trata de reemplazar las estructuras políticas destruidas en el curso de la campaña (mató a la mayor parte de los 20.000 que le atacaron) por otras favorables a los romanos. Muy parecido es el tratamiento de los últimos coletazos de las guerras de Viriato por Q. Servilio Cepión (cos. 140 a. de C.). Tras derrotar a Tántalo, sucesor de Viriato, Cepión cedió a los lusitanos *chóran καὶ πόλιν* (Diodoro, XXXIII, 1, 4). Sólo tras la derrota de sus enemigos, los romanos consienten que se establezcan en estructuras políticas subordinadas.

En una no nombrada ciudad cerca de Colenda, Apiano cuenta que estaba habitada por celtíberos de reclutamiento heterogéneo (*migádes Keltibéron*), aliados de Mario en sus campañas contra los lusitanos y que, como recompensa,

recibieron ese asentamiento con acuerdo del Senado romano. Se trata de un sinecismo de grupos de población prorromanos con agrupamiento de población. Pero, aunque los celtíberos aparecen bajo un ángulo favorable, como aliados de Roma, es imposible entender su situación sin un previo proceso de destrucción de sus entidades étnicas y políticas durante la conquista. En todo caso, según Apiano, los habitantes de esta comunidad, a pesar de que habían recibido las tierras necesarias para subsistir, se dedicaban al "bandidismo" debido a su pobreza (*Iber., 100: elésteuon d'êx apóriás hoûtoi*), razón por la cual Didio termina con ellos a comienzos del siglo I a. de C. (García Quintela 1999: 132-9).

Estas fundaciones, impulsadas o controladas por Roma difieren sustancialmente de lo que pudiera ser un proceso endógeno de creación de ciudades, pues se basan siempre en una derrota, destrucción o sometimiento previo de los presuntos beneficiados por la medida romana. Afortunadamente conocemos entre los celtíberos una ciudad con un proceso institucional endógeno relativamente claro.

Se trata de Contrebia Belaisca, ciudad sobre la que disponemos de una documentación excepcional consistente en tres textos oficiales, en soporte de bronce, dos de ellos en escritura ibérica y lengua celtibérica y el tercero en escritura y lengua latinas⁶⁶ y todo parece indicar que la cosecha de documentación epigráfica de esta ciudad seguirá aumentando (Villar, et al., 2001, han publicado el Cuarto Bronce de Botorrita). Desde su descubrimiento, estos textos han sido objeto de una incesante revisión desde los puntos de vista paleográfico, lingüístico o histórico. Pero, curiosamente, son muy recientes dos aportaciones que aclaran de forma sustancial su comprensión.

Por una parte, J. Velaza propone cambiar la lectura de una palabra que aparece en la cara B del primer bronce catorce veces, con argumentos paleográficos y teniendo en cuenta recientes aportaciones desde el punto de vista lingüístico y epigráfico de F. Villar y F. Beltrán. Se trata del término hasta ahora leído *bintis* e interpretado como el nombre de un magistrado, en este caso cada uno de los catorce relacionados con el término. Pues bien, según Velaza, se debe leer *kentis* e interpretarse como el desarrollo natural de *ke*, abreviatura bien conocida que significa "hijo". Estos *kentis* se relacionarían con toda normalidad con el patronímico en genitivo que le precede en cada caso (Velaza 1999: 673-9). Esta propuesta tiene un calado histórico que el autor apenas enuncia (por ejemplo el cambio de lectura del silabograma antes interpretado como *bi* implica el paso de la mención de

origen *lubinas* a *lukenas* en ese mismo documento y, como consecuencia, la búsqueda de un topónimo *Lucena con el que relacionarlo, (Velaza 1999: 677), esta lectura obliga además a una comprensión distinta del marco institucional de la ciudad.

En esta línea se sitúa la aportación de F. Marco que prefiere no salirse de la lectura tradicional para avanzar su propuesta para la cual la aceptación de la lectura de Velaza poco cambiaría, a mi entender. Explica F. Marco la formación de Contrebia situándola en paralelo con otros casos de formación de ciudades por sinecismo conocidos en el mundo griego e itálico. Parte de la consideración de la cara B del Primer Bronce ocupándose de los cuatro nombres (en ablativo indicando el *origo*) con los que se relacionan la totalidad de los catorce individuos mencionados. Tradicionalmente interpretados como nombres de ciudades, constata F. Marco, que no aparecen citados en ningún otro lugar en un ámbito espacio-temporal bien documentado, al menos en ese aspecto. Por lo tanto esos cuatro grupos serían subdivisiones internas de la ciudad con base en grupos de parientes (Marco 1999a: 271-2 y 279).

Ahora bien, la explicación etimológica del nombre de Contrebia incide en la conclusión anterior⁶⁷. En efecto, Contrebia significa "conjunto de casas" o "reunión de viviendas" formándose a partir de la raíz céltica **treb-* que significa "morar" o "habitar" persistente en la toponimia (Trébagó, Soria) y la teonimia (Trepopala, Trebarune, en lusitano), destacando en especial dos divinidades británicas de nombre idéntico a la ciudad celtibérica: *Deo San(cto) Contre(bi)*; *Deo Ialono Contre(bi)*. En definitiva la palabra desglosada como *con-treb-ia* sería prácticamente paralela en su formación al griego *syn-oik-ía*, e igual al galés *cantref*, que designa a una agrupación territorial de familias, teóricamente cien (Marco 1999a: 272, con las referencias oportunas).

Asienta F. Marco esta propuesta en la consideración del texto como una ley sacra (siguiendo a W. Meid) y que este tipo de documentos se presta de forma especial a mantener fórmulas arcaizantes tanto en casos helenos como itálicos que trae a colación de forma pertinente. Concluye este autor protegiéndose contra la posibilidad de ser atacado de defensor de una fenecida hipótesis gentilicia para explicar la situación de la Contrebia histórica y considera que la situación no implica en absoluto la idea de un protagonismo de grupos familiares en la ciudad celtibérica de inicios del siglo I a. de C. (Marco 1999a: 278).

Podemos explicar esto con otras palabras. Según el argumento de F. Marco estamos ante una doble presencia y, en cierto modo, "conciencia" de formación de la ciudad

⁶⁶ Se citan comúnmente por su orden de aparición: Bronce de Botorrita, mientras fue el único, o Primer Bronce de Botorrita; Segundo bronce de Botorrita, o bronce latino distinto del celtibérico anterior, mientras hubo esos dos; y Tercer Bronce; también se pueden citar por las siglas que les otorga J. Untermann en su MLPH IV.

⁶⁷ Existen otras dos Contrebias (Cárbica y Leucade) en Celtiberia, por lo que se debe tener en cuenta que la elucidación de problemas relativos a la Contrebia Belaisca, mejor conocida, posiblemente tengan un alcance para toda el área celtibérica.

a través del propio nombre *con-tref* y de una enumeración de los cuatro grupos que contribuyeron a esa formación. En este sentido tendríamos un tiempo doble. Por una parte el momento de formación de la ciudad, obviamente consciente, conciencia expresada en el nombre que, como decíamos, se repite hasta tres veces en Celtiberia. Por otra parte, el momento de redacción del documento sacro en el que las circunstancias fundacionales se reviven de alguna forma recordando a los grupos participantes en ese momento.

Pero ese tiempo doble implica, además, una pertenencia social doble, también consciente. Por una parte estaría la conciencia de pertenencia a la ciudad (¿con una noción de ciudadanía, como quiera que se entienda entre los celtíberos?) y por otra parte estaría la conciencia de pertenencia al grupo de parentesco (si es que esos cuatro grupos menores lo son), pues tal grupo no desaparece sino que se subsume como constituyente de la propia ciudad, realidad socio-política primera en el momento de redacción del documento.

Así pues, la situación político-institucional de Celtiberia en el momento que nos interesa difiere bastante de los demás casos antiguos considerados.

En primer lugar, la naturaleza de nuestras fuentes es muy diferente. Polibio y Tito Livio quedan en un segundo plano mientras que son fundamentales para los galos cisalpinos y gálatas. Por otra parte la documentación epigráfica autóctona es importante, aunque difícil de interpretar.

En segundo lugar, las ciudades tienen un protagonismo tal vez solo comparable con el que presentan los grandes *oppida* de Galia central. Correlativamente la noción de etnia se difumina, aunque en nuestra opinión no tanto como aparece en algunas interpretaciones modernas.

En tercer lugar, la existencia de una jerarquía social es evidente. Pero los pormenores que adoptan las instituciones a través de las que actúan políticamente los dirigentes sociales son muy borrosos. Por un lado existen reyes, pero cuando tenemos información continua desde el fin de la Segunda Guerra Púnica, parecen una institución en repliegue o sólo activada (¿parcialmente?) a través de la elección de jefes de guerra de coaliciones de ciudades y/o etnias indígenas. Otros individuos son magistrados en diferentes ciudades, en las que también conocemos consejos más o menos influyentes y es probable que este tipo de individuos sean los enterrados con ajuares comparativamente más ricos.

La estructura político-territorial también resulta más borrosa en los testimonios literarios, y los avances desde la perspectiva de la arqueología espacial no entran fácilmente en el campo político (sí, por el contrario, en el económico). Por ello y tal vez simplificando excesivamente podemos proponer tres formas de agrupación diferenciadas pero cuyos integrantes tal vez no son homogéneos entre sí.

La forma de agrupación más laxa sería la constituida por el *éthnos* o cualquier coalición en que estas entidades desempeñasen algún papel. Sería operativa sobre todo en tiempo de guerra para elegir a los jefes militares y, tal vez, indicar las líneas generales de las operaciones militares a seguir o de las iniciativas diplomáticas que llevar a cabo.

En segundo lugar estarían las ciudades, evocadas por Plinio cuando las enumera por *populi*, gobernadas por una aristocracia de la que saldrían los magistrados y un consejo, muchas veces acuñan la moneda que define sus respectivas áreas de influencia económica. No es necesario que nos detengamos más en ellas.

Pero, en tercer lugar, existía una viva conciencia de que las ciudades estaban formadas por agregados de entidades menores que aparecen de formas muy diferentes en la documentación: las pequeñas ciudades que confluyen en Segeda, los grupos indefinidos evocados por el término *Con-trebia* o, más en concreto, los cuatro grupos del Primer Bronce de Botorrita. Incluso si pasamos del proceso endógeno al exógeno recordemos a los celtíberos mezclados con los que los romanos promueven la fundación de la ciudad cercana a Colenda.

Sin duda como grupos sociales - fuerzas militares de origen variado en este último caso, los aparentes gentilicios que confluyen en *Contrebia* -, o como entidades territoriales -las pequeñas ciudades de Segeda o los enclaves denominados de formas muy diversas que salpicaban el territorio celtíbero - este tercer nivel de agrupación tenía una entidad real, que no se debe menospreciar pues sin duda constituye, en su probable diversidad, la célula de organización elemental que conforma el conjunto del entramado socio-político celtíbero. ¿Sería posible incluir entre estos grupos de tercer nivel a los grupos gentilicios que desarrollan una "política exterior" a través del establecimiento de lazos de hospitalidad atestiguados por las *tesserae hospitalis*? No olvidemos que, en última instancia, un acuerdo entre grupos preexistentes como el que implica la fundación de una *Contrebia* podría ser, en cierto modo, una expresión de la concesión de una hospitalidad recíproca generalizada entre los componentes dados⁶⁸.

⁶⁸ Véase, desde otro punto de vista, una contribución a la definición de la territorialidad de las ciudades celtíberas en García Quintela, 1999-2000.

GALOS

El examen de las claves socio-políticas que articulan el mundo galo es el más difícil de los que nos ocupan. Ello se debe a una conjunción de factores como la comparativamente mayor documentación disponible, la amplitud del territorio a considerar, con una indudable existencia de diferencias en su seno, o la diversidad de las aproximaciones vigentes entre los estudiosos. Por ello lo que sigue no es más que la presentación de un cuadro sintético de elementos de relieve socio-político, contruidos o destacados bajo la óptica del análisis comparativo que nos guía.

El territorio que terminará conformando las tres provincias galas de Roma pasó por una compleja serie de vicisitudes a lo largo de la Edad del Hierro que se conocen básicamente gracias a la documentación arqueológica. Sin embargo, las formas de organización política de sus pobladores se conocen a partir del momento en que chocan con el poder imperial de Roma gracias a dos testimonios fundamentales. Por una parte está el retrato que de sus enemigos presenta César en *La Guerra de las Galias* y, por otra, la descripción de geografía humana o política de la Galia que presenta Estrabón, contemporáneo de Augusto, en el libro IV de su *Geografía*. A su vez Estrabón utiliza dos fuentes principales: el filósofo y polígrafo Posidonio, (muerto hacia el año 80 a. de C.) cuya información remite a una generación anterior a César, e información contemporánea al momento en que escribe. Es decir, con César y Estrabón tenemos informaciones que se extienden a lo largo del primer siglo antes de nuestra era que reflejan la situación inmediatamente anterior a la conquista y la inmediatamente sucesiva, con las primeras medidas de los romanos por asegurar el control político del territorio. Naturalmente, estas fuentes han sido sometidas a una intensa crítica y no siempre son lo fidedignas que desearíamos (véase el estudio clásico de Rambaud 1966, y, en último lugar, Lewuillon 1999).

Un punto en el que se insiste recientemente, tras una etapa en la que no se hacía hincapié en la cuestión, es la diversidad que presenta la Galia cuando los romanos emprenden su conquista. Coexisten diversos dialectos (Lambert 1997:9, 18-9) diversos grados de evolución política (Lewuillon 1999: 112-5) e incluso es posible que haya variantes religiosas (Brunaux 1996)⁶⁹, por no insistir

en el tema de la etnicidad, difícil de discernir en muchos casos y, todavía más difícil, sacar consecuencias significativas⁷⁰. Desde el punto de vista socio-político se destaca, sobre todo, la evolución hacia formas estatales en la zona centro, sin equivalentes más al norte, entre los belgas, grupo de etnias mixto con elementos germanos y celtas, o al sur entre los habitantes de los Alpes. Por otra parte, aún dentro de ese cuadro general, en cada *civitas*, en cada cantón, las opciones de gobierno que tendían hacia la centralización o hacia cierta laxitud tenía sus defensores con frecuencia enfrentados, por lo que la detección de distintos grados de centralización siempre debe verse en una dimensión dinámica. La situación que presenta un testimonio dado es la pertinente para su autor en el momento que presenta la noticia, nada indica que esa situación sea duradera ni generalizable. Es una suerte que César, para vencer, explotase las querellas entre las facciones de los galos. Aunque exagere, o no aporte todos los datos que nos gustaría conocer, esto permite detectar formas de dinámica social interna en esas comunidades, lo que no es frecuente en los estudios de protohistoria (Nash 1978, Roymans 1990, Lewuillon 1999).

Los estudios sobre la organización socio-política de la Galia perromana estuvieron hasta fechas recientes estancados en los resultados logrados hace ya decenios por C. Jullian (1993) y H. Hubert (1988), que se siguen reeditando. Y aunque trabajos más recientes, basados en renovados análisis de una documentación arqueológica en constante progresión, invitan a matizar ciertos aspectos de las conclusiones de aquellos sabios, la sistematización de la documentación literaria que efectuaron sirve todavía como base para cualquier análisis en otros temas. En cuanto al tratamiento de las fuentes literarias también cabe destacar, dentro de los trabajos recientes, la metodología antropológica que sobre los textos clásicos aplican autores como N. Roymans o S. Lewuillon.

Evolución protohistórica y oppida

El conocimiento de la evolución de las sociedades protohistóricas de la Galia se ha afinado recientemente como resultado de los trabajos de una corriente etno-arqueológica que estudia la cultura material en combinación con las fuentes clásicas y el comparatismo antropológico para elaborar sus explicaciones. Una

⁶⁹ La cosa es cierta, el panteón de una ciudad no coincide necesariamente con el de su vecina. Pero deducir de ello que se trata de "religiones" diferentes es un grave error. Tampoco los panteones de las ciudades griegas de la antigüedad son idénticos y es tan legítimo hablar de la religión de Argos o de Tebas, en la medida que consideramos su panteón y ciclo mítico específicos, como de la religión griega, en la medida que los ejemplos anteriores son manifestaciones concretas de una serie de creencias y prácticas compartidas por todos los griegos. Lo mismo puede decirse, incluso, de la religión católica, donde cada pueblo o ciudad rinde culto a su santo patrón específico con formas rituales a veces claramente diferenciadas cuando se entremezclan con tradiciones folclóricas locales. ¿Tendríamos que hablar, siguiendo a Brunaux lamentablemente seguido por otros, de las "religiones católicas", o de las manifestaciones particulares, locales, de la "religión católica"? Obviamente la expresión "religiones católicas" implica una contradicción en los términos y es un sin sentido, pero sin llegar a ese extremo lo mismo ocurre con las "religiones griegas" o las "religiones galas". El fondo de la cuestión es la confusión entre el estado de la documentación que permite conocer una realidad y esa realidad y no reconocer que ante una documentación parcial estudiamos solo una parte de la realidad en la que se inscribe.

⁷⁰ Roymans 1990:115; basándose en pasajes como César, *BG*, I, I, o Estrabón IV, I, I.

muestra de sus resultados son los trabajos compilados por B. Arnold e D.B. Gibson en *Celtic Chieftdom, Celtic State*. En su introducción los editores plantean una síntesis sobre el desarrollo social de la Europa protohistórica desde la Edad del Bronce (Arnold y Gibson 1995: 1-10)

Según estos autores, las primeras jefaturas emergen en la Europa no mediterránea en la Edad del Bronce antigua, desarrollándose hasta época romana a lo largo de un proceso de complejización creciente. Indicios de este proceso son la expansión de las redes de intercambio comercial de materias primas, la consolidación progresiva de grupos aristocráticos, representados arqueológicamente por el aumento del número y tamaño de los objetos ostentosos en bronce y oro, técnicamente cada vez mejor elaborados. Por lo demás, la relación entre estos factores es de completa interdependencia. El incremento de la actividad comercial incentiva la aparición de grupos favorecidos por las posibilidades de acumulación de riquezas, debido a su creciente capacidad de consumo, mientras que las aristocracias estimulan constantemente el desarrollo de la producción y el mercado de objetos suntuarios.

Estos factores confluyen entre el Bronce Final y la primera Edad del Hierro en la proliferación de pequeños poblados fortificados en altura en torno a los cuales se encuentran hábitats abiertos periféricos. Este proceso culmina en la Europa centro-occidental con la formación de comunidades políticas centralizadas en torno a núcleos fortificados más densos y con mayor área de influencia, entre finales del período hallstático y los comienzos del laténico (600-400 a. de C.). A este momento corresponden las llamadas "residencias principescas", hábitats fortificados en altura que se definen por la concurrencia de otra serie de factores como su importante extensión y monumentalidad, la localización estratégica en torno a vías de comunicación y la frecuente proximidad de túmulos con abundantes depósitos funerarios especialmente ricos en materiales de origen mediterráneo (Brun 1988). Aparte de funcionar como residencias de los príncipes gobernantes y capitales de las jefaturas correspondientes, estos asentamientos poseerían otros elementos relevantes como son talleres industriales, centros de mercado y lugares de culto (Arnold y Gibson 1995: 5-8). Finalmente, los diferentes componentes aludidos definen estos enclaves como los centros políticos, económicos y territoriales de los grandes "principados" célticos de la primera Edad del Hierro, de los que dependerían directamente otras jefaturas menores nucleadas en torno a las residencias fortificadas de los jefes subalternos (Brun 1987: 80-1).

El modelo político característico de este período se vería afectado al comienzo de la segunda Edad del Hierro por la desaparición de las redes de intercambio con el Mediterráneo, coincidiendo con los movimientos de población acontecidos desde comienzos del siglo IV a. de

C., entre ellos están bien documentados en los textos clásicos los que se dirigen hacia la península itálica (Galia Cisalpina) y Asia Menor (Galacia). Las transformaciones acontecidas en este período tendrían como resultado el declive del poder de los príncipes y la limitación territorial de las comunidades a un plano local, lo cual, sin embargo, no repercutiría en la jerarquía interna de las nuevas comunidades, como se deduce de la riqueza que todavía manifiestan muchos de sus monumentos funerarios. La expansión céltica finalizaría hacia la segunda mitad del siglo III a. de C. y, tras un período de florecimiento de unas pocas grandes ciudades abiertas, aparecería la última fase de evolución independiente de la Céltica continental, la que corresponde a la "civilización de los *oppida*", realidad con la que se encontraron los romanos cuando conquistan la Galia. Esos grandes centros fortificados concentraban, principalmente, la producción artesanal y los circuitos comerciales (acuñaban moneda), y desempeñaban el papel de lugar central respecto a amplios territorios ocupados por aldeas abiertas y granjas localizadas en las tierras bajas (Brun 1995: 16-7).

Sin embargo, se cuestiona la interpretación tradicional de los *oppida* como centros políticos y núcleos densamente poblados. En efecto, parece haber rastros de una especialización funcional que afectaba a las grandes fortificaciones y a otros núcleos periféricos inferiores (Wells 1995: 90 ss.) En este sentido es interesante una apreciación de C.L. Crumley, basada en la comparación entre los dominios políticos de los hermanos eduos Diviciaco y Dumnorix, uno urbano y otro rural. Este autor advierte que el primero, aliado de César, no podía asegurar el abastecimiento del cereal exigido por el romano porque, aunque desempeñase la magistratura de *vergobreto* de los eduos en el *oppidum* de Bibracte, no podía influir sobre los campesinos bajo el control de Dumnorix, quien a su vez percibía desde hacía años los impuestos del pueblo (César, *BG* I 16-18; Crumley 1995: 27-8). Por lo tanto el modelo urbano relativamente reciente no oculta el predominio de los asentamientos y economía rurales en la sociedad gala del siglo I a. de C., lo que pone en evidencia, al mismo tiempo, que "la organización socio-política jerárquica no implica necesariamente una jerarquía de los hábitats" (Crumley 1995: 29-30)

Se suele aplicar la teoría geográfica y arqueológica del "lugar central" para explicar la elección de los lugares destinados a capitales de *civitates*. Esto supone que se privilegian las ventajas económicas de los lugares escogidos. Pero este modelo no es enteramente satisfactorio dado que para controlar determinado territorio tributario, las potencialidades del "lugar central" no son aprovechables de igual modo desde el punto de vista de la rentabilidad económica, que de las necesidades sociales o político-administrativas (Büchsenhütz 1995: 61). Los datos sobre la cuestión pueden ser engañosos como veremos a continuación.

En efecto, muchos *oppida* se ubican en lugares que controlan áreas de explotación de recursos importantes (minas de hierro, metales preciosos, etc.), o aprovechando vías de comunicación entre zonas geo-morfológicas o ecológicas diversas, beneficiándose, por consiguiente, de buenas condiciones con respecto al comercio (Nash 1978: 458) Pero, precisamente por localizarse preferentemente en sitios donde confluyen unidades geográficas diferenciadas, es por lo que muchos *oppida* coinciden con las divisorias topográficas naturales (ríos, montes, bosques) que sirven de frontera entre diferentes territorios políticos (Ó Ríain 1972: 12-6), que también tenían valor simbólico como muestra la prohibición que caía sobre los vergobretos eduos de salir de su territorio (César, BG, VII, 33, 2; cf. I, 2, 3-4, las precisiones sobre las fronteras de los helvecios).

Con todo, esta pauta de localización no es una novedad con respecto a los centros económicos tradicionales de las comunidades galas. Pues muchos *oppida* continúan, a partir de cierto momento, los antiguos centros de mercado donde se celebraban las asambleas, se emplazaban los santuarios y se acudía en busca de refugio, cosas que caracterizaban a estos núcleos como lugares neutrales y de reunión pacífica. En la geografía galo-romana el emplazamiento de estos enclaves se revela con frecuencia mediante el topónimo latino *forum* (*Forum Iulii*, *Neronis*, *Segusiavorum*, etc.). Si nos remontamos a la época prerromana, se aprecian líneas fronterizas repletas de **Equoranda* (de etimología controvertida), topónimo galo que corresponde al latín *Fines* y señala la localización de santuarios prerromanos (Ó Ríain 1972: 14; Nash 1978: 465-6). También destacan entre los topónimos de *oppida* los compuestos con *lanum* (*Mediolanum*, *Vindolana*, *Vicolanum*).

El elemento *-lanum* fue estudiado por Ch.-J. Guyonvarc'h partiendo de su frecuencia como topónimo en las Galias en el compuesto *Mediolanum* "llanura central", lo que resulta paradójico tratándose de la designación de *oppida*. Pero estos topónimos se sitúan en el plano de una geografía sagrada. Según Guyonvarc'h:

"Es imposible disociar *-lanum* de *lanos* 'pleno', con el sentido conexo (pero no secundario) de 'perfecto, completo', por lo que estos topónimos deben indicar lugares en los que se puede realizar una especie de plenitud religiosa, un 'centro de perfección'" (1961: 157 y *passim*)

Es decir un santuario. Así pues, las ciudades galas que llevan estos topónimos indican su posición fronteriza, especialmente en sentido religioso (Renardet 1975: 28-32).

Por otra parte, muchos *oppida* del período La Tène final son centros políticos, sede a las magistraturas de las *civitates*. Aunque nada indica que los centros de mercado

o santuarios de los que surgieron fuesen con anterioridad residencia de autoridades políticas. Las residencias de los reyes en tiempos de César podían estar, como la del eburón Ambiorix, en medio de los bosques y junto a los ríos (BG VI, 30, 3), lo que nos devuelve a un medio rural y a lugares fronterizos - el término común para denominar hábitats aislados es *aedificia* (BG IV 19,1; VI 43,2).

Los acontecimientos que impulsaron la invasión gala del norte de Italia sirvieron a Tito Livio (V 34-35) para relatar el reinado de Ambigato, rey supremo de los biturigos, plagado de elementos de leyenda. Detalles como la supremacía de los bituriges sobre toda la Céltica, o la presentación del rey como un gobernante virtuoso y rico, bajo cuyo mandato la Galia disfrutaría de una prosperidad inusitada, conectan el reinado de Ambigato con el ideal bien conocido del buen rey como fuente de todos los bienes. Más en concreto, si consideramos el sentido del étnico *Bituriges* "reyes del Mundo" y el de su centro religioso *Mediolanum* "llano del medio" localizado cerca de Saint-Amand (departamento del Cher)⁷¹ se infiere la derivación de estas nociones de la concepción indoeuropea del Mundo como un reino que, sometido a la soberanía de un rey universal, gira en torno a un centro sagrado (Le Roux 1961).

Debe insistirse en la diferencia entre la noción religiosa de centro y la noción de capital política pues entre los biturigos están bien atestiguados ambos lugares. El centro religioso, *Mediolanum*, estaría en la periferia del territorio de la *civitas*, mientras que la capital política, *Avaricum* (Bourges), ocuparía aproximadamente el centro, además, a ojos de César, su conquista implicaba la de toda la *civitas* (BG, VII, 13, 3 y 15, 4). Sin embargo, los celtas (insubros) que llegan formando parte de una agrupación de pueblos galos al valle del Po comandados por Belloveso el sobrino de Ambigato, funden ambas nociones al establecer en *Mediolanum* (Tito Livio, V, 34) su capital a la vez política y religiosa. Parece, pues, que la noción de capital era fundamental siendo su dimensión religiosa comparable en importancia con otros aspectos materiales.

Un pasaje de César sistematiza la inestabilidad política por la que atravesaban los galos del siglo I a. de C. y, de paso, proporciona interesantes datos sobre su estructura y funcionamiento en la medida que generaliza nociones que nos resultan familiares:

"En la Galia, no sólo todos los pueblos (*civitates*), y en todos los distritos y comarcas (*atque in omnibus pagis partibusque*), sino también casi todas las familias (*domi*), se dividen en bandos, siendo jefes (*principes*) de estos bandos los que a juicio de los otros tienen mayor prestigio (*summam auctoritatem*) a cuyo arbitrio y parecer se deja la decisión de todos los asuntos y deliberaciones. Lo cual parece ser una institución

⁷¹ Documentado entre los biturigos en la Tabla de Peutinger, Gregorio de Tours, cuños monetales merovingios, etc.; Guyonvarc'h 1961: 146-7.

antigua (*antiquitus institutum*), que tiene por objeto que a ningún plebeyo le falte amparo contra un poderoso; pues nadie consiente que los que le siguen sean oprimidos ni vejados, y, si así no lo hace, pierde toda autoridad entre los suyos. Este mismo régimen se observa en el conjunto de toda la Galia; pues todos sus pueblos (*civitates*) están divididos en dos facciones" (*BG*, VI, 11, 2-5).

El panorama descrito por César corresponde a una sociedad en plena crisis. Pero además de presentar esta coyuntura, el pasaje también informa sobre la constitución orgánica de las comunidades: *domus*, *pars*, *pagus* y *civitas*, y un *antiquitus institutum* que es preciso identificar.

Parentesco

Que pueblos, cantones y aldeas estuviesen divididos en facciones políticas no ofrece problemas. Menos comprensible es que se extiendan los conflictos *in singulis domibus*, si entendemos con esta expresión familias de tipo romano. Debido a lo extraño de esta afirmación algunos quisieron ver tras la fórmula latina la referencia a una agrupación de parentesco más amplia, un linaje más profundo en el que los conflictos tendrían lugar entre líneas diferentes (Roymans 1990: 18; Lewuillon 1990: 331-2). A la luz de esta noticia tal deducción parece justificada. Se acepte o no la posible estructura del parentesco en patrilinajes extensos (Lewuillon 1990: 345-6), el caso es que también se detectan enfrentamientos en el seno de grupos familiares restringidos. Por ejemplo, Vercingetorix y su tío paterno Gobanicio podrían pertenecer a la misma *domus* y llegar al enfrentamiento armado (*BG* VII 4, 1-2). Otro ejemplo lo proporcionan Dumnorix y Diviciaco, *fratres* claramente enfrentados⁷².

Con todo, la familia gala presenta diferencias respecto a la romana. Por una parte, aunque Diviciaco insinúa ser mayor que su hermano (*BG* I, 20, 2), es Dumnorix quien se comporta como o jefe familiar al concertar los matrimonios de su madre, hermanas uterinas (*sorores ex matre*) y otras mujeres de su familia (*propinquas*; *BG* I, 18, 6-8). La referencia a las hermanas uterinas indica que Dumnorix tenía medio-hermanos, al menos por vía paterna, entre los cuales se encontraba Diviciaco, de lo que puede inferirse que su padre tal vez fuese polígamo. La inhibición de Diviciaco ante la diplomacia matrimonial de Dumnorix puede tener dos explicaciones. O bien éste había heredado la tutela sobre los descendientes de su madre, o bien Diviciaco, estaba liberado de las cargas familiares en su condición de druida, situación que se desprende de

la noticia de César según la cual los druidas estaban exentos de servicios u obligaciones civiles (*VI* 14, 1-3). Complementa esta explicación las aspiraciones a la realeza de Dumnorix que le obligan a un programa político en consonancia del que formaba parte la gestión de las alianzas matrimoniales (García Quintela e.p. "*Programme*"). En cualquier caso, la supuesta poligamia se deduce de otro pasaje de César:

"Los maridos tienen derecho de vida y muerte sobre sus mujeres e hijos; cuando muere un *pater familiae* de alto linaje los parientes (*propinqui*) se reúnen y si la muerte parece sospechosa se juzga a sus esposas"⁷³.

Dejando el problema de la poligamia, en este párrafo destaca la relación del *paterfamilias* con un grupo de *propinqui*, y las funciones de este grupo como tribunal familiar. Según S. Lewuillon, los *propinqui* constituyen un grupo formado por *parentes* hasta el grado de *consobrini*⁷⁴. Esto es, todos los ascendientes directos vivos, los hermanos y todos los tíos, sobrinos y primos (Lewuillon, 1990: 306). La inclusión de los *consobrini* entre los *propinqui* - Vercasivelauno es mencionado como *consobrinus* y *propinquum* de Vercingetorix (César *BG* VII, 76, 3; 83, 6) - demuestra que esta categoría es más extensa que la de los *adgnati*, los parientes propiamente patrilineales, puesto que incluye a los parientes maternos. A partir de este nivel, los *consanguinei* abarcarían a otros parientes lejanos en grado indeterminado, más allá se hablaría de *adfinis*, con los que existen relaciones de afinidad o alianza (Lewuillon 1990: 341-4).

Estas correspondencias presentan muchos problemas si se pretende recomponer los grupos de parentesco galos. La constante referencia a los *propinqui* deja entrever relaciones sociales estrechas entre los cognados, a los que en Roma se denominaba *turba propinqua* "multitud de los allegados" que celebraban la fiesta de la *cara Cognatio* para rendir culto a los *socios deos*, comunes a *propinqui* y *socii* (Thomas 1981: 165).

Por tanto debe considerarse que la *cognatio* se integra entre los *propinqui*. En otro pasaje César utiliza *cognatio* para referirse a ciertas unidades sociales de los germanos ("los magistrados y *principes* distribuyen cada año a las *gentes* y *cognitiones* que viven juntos la extensión de terreno y el lugar que les parece", *BG* VI, 22, 2), y para destacar la influencia política del eduo Cotos por el número de sus clientes y parientes cognaticios (*summae potentiae et magnae cognitionis*, VII, 32, 4). Pero no es posible determinar si *cognitiones* expresa realidades equivalentes en ambos casos. Si entre los germanos está claro que constituían grupos de parientes localizados,

⁷² Lewuillon 1990: 304-5 afirma que la ambigüedad del término *fratres* hace imposible determinar si estos dos eduos eran hermanos propiamente dichos o simplemente primos agnáticos. Sin embargo, la mediación de Diviciaco en favor de Dumnorix ante César, parece demostrar una historia familiar común y una relación estrecha entre ambos (*BG* I 20), por lo que pensamos que serían hermanos.

⁷³ *BG* VI 19,3. Refiriéndose a los germanos Tácito y César son explícitos: eran casi los únicos bárbaros que se contentaban con una sola mujer, con pocas excepciones (*Germania*, 18). Ariovisto tenía dos esposas (*BG* I 53,4). Otro es el caso de la poliandria adélfica de los bretones (*BG* V 14,4).

⁷⁴ *Consobrini* es el término de parentesco para los primos cruzados y paralelos matrilaterales, aunque terminará por extenderse a todos los primos carnales posibles (*fratres / sorores, patruels y amitini / -ae*). Sobre la evolución del significado de *consobrini* ver Benveniste 1965: 12-3.

entre los galos sólo se nos informa de que la acumulación de aliados y cognados forma parte de las estrategias de los nobles galos para afirmar su liderazgo político.

Aunque la participación de los cognados en estos asuntos pudiese parecer incompatible con la existencia de patrilineajes, su presencia también puede explicarse por los llamados "rasgos pseudo-matrilineales", o sea, aquellos que bajo apariencia de prácticas asociadas a sistemas matrilineales constituyen, simplemente, el reconocimiento de determinados derechos a los parientes maternos en un régimen patrilineal (Lévi-Strauss 1988: 550). Esto funciona tanto en Roma, manifestado a través de los vínculos que establece la *cognatio*, como en la *derbfine* irlandesa en relación con los derechos de la *máithre* o linaje materno.

Brevemente. La *cognatio* romana era una parentela en sentido estricto, un cuerpo de individuos que se reconocían unidos por lazos de consanguinidad, pero sin valor institucional o entidad jurídica. Los derechos sucesorios de los cognados no fueron aprobados por el derecho pretoriano hasta fines de la República, cuando no hubiese herederos directos *sui iuris* (*heres* o hijos en potestad, y *liberi* o hijos emancipados) o bien agnados próximos. Aparte de estas reglamentaciones, los cognados solo tenían personalidad social en el marco de la solidaridad judicial y otras formas de solidaridad que implicaban el respeto a ciertos deberes morales entre ellos (como obligaciones alimenticias, respeto para con los ascendientes de cualquier sexo etc.; Thomas 1992: 130).

La *derbfine* irlandesa, por su parte, siempre estuvo comprometida con el cuidado y protección de la descendencia de sus mujeres. Además de estar implicada en la venganza de sangre y de tener derecho a una parte proporcional del precio de honor pagado en compensación por la muerte de cualquiera de sus cognados, también estaba autorizada a intervenir en caso de malos tratos por parte de los padres adoptivos, y se esperaba que el tío materno prestase especial atención a todos estos asuntos (Kelly 1988: 14-5, 88, 126-7). A su vez los hijos de la hermana tenían la obligación de prestar obediencia filial a su tío materno y las mismas atenciones debidas a los padres (Charles-Edwards 1970-2: 120-1). Esta interacción social se interpreta como un avunculado que lleva a la elección de la familia materna como familia de adopción a través de la institución del *fosterage*⁷⁵. En la Galia S. Lewuillon (1990: 352) sugiere que esta institución quizás se refleje en la capacidad de los *propinqui* para decidir sobre la educación de los jóvenes.

En definitiva, se puede admitir la hipótesis de que la sociedad gala se organizaba en patrilineajes, con interferencias de los parientes maternos en el campo de la

venganza privada y en la educación. En cuanto a la posibilidad de que estas agrupaciones familiares extensas compartiesen residencia se puede señalar la participación conjunta de *fratres* y *propinqui* en empresas militares, como los comandados por Litavico (BG VII, 37, 1; 38, 3), que recuerdan a las *familiae et propinquitates* que sirven de base del reclutamiento de los germanos, organizados en comunidades locales de *gentes* y *cognitiones*.

Cuando Litavico perdió a todos sus hermanos y parientes en la guerra, se guareció en Gergovia con sus clientes, "pues según la costumbre gala era un crimen abandonar a los patronos, incluso si la situación era desesperada" (BG VII, 40, 7). La compañía de los parientes y clientes de los nobles es una constante en las descripciones de la nobleza guerrera gala, pues era el conjunto y la fuerza de estos vínculos, *summa potentia et magna cognatio*, la que determinaba su rango y el alcance de su influencia.

El pagus

Como indicábamos más arriba, no todos los pueblos galos manifestaban a mediados del siglo I a. de C. idéntico grado de cohesión y centralización política, como se deduce del alto grado de autonomía que gozaban muchos *pagi*, los cantones o circunscripciones territoriales en las que se dividían las *civitates*⁷⁶, aportaban las unidades militares del ejército, y estaban formados por diversos vici o aldeas.

En un artículo-carta fechado el 1 de Enero de 1901, C. Jullian sistematizó la información relativa a los *pagi* superando las anteriores aproximaciones de T. Mommsen. Además de noticias aisladas difíciles de interpretar con precisión, destaca el pasaje de César donde se describe la organización de los helvecios

"Era este el *pagus tigurino*, uno de los cuatro en que se divide toda la civitas Helvecia (is *pagus papellabatur Tigurinus*: *nam omnes civitas Helvetia in quattuor pagos divisa est*). Este *pagus*, habiendo salido solo de su tierra en tiempo de nuestros padres, dio muerte al cónsul L. Casio y obligó a su ejército a pasar bajo el yugo [107 a. de C.] Así, ya fuera por azar ya por voluntad de los dioses inmortales, aquella parte de la *civitas* Helvecia (*quae pars civitatis Helvetiae*) que había causado al pueblo romano un gran desastre fue la que primero sufrió el castigo" (BG I, 12, 4-6).

Los *pagi* helvecios actúan autónomamente desde el punto de vista político-militar, como el Tigurino (BG I, 12, 4-7 - cf. Livio Per. 65 - y tal vez BG I, 27, 4), o solamente

⁷⁵ El *fosterage* consiste en una adopción temporal, usual en las sociedades célticas pero con paralelos en otras sociedades arcaicas, los niños eran acogidos en familias de amigos o parientes para su educación hasta que alcanzaban la adolescencia. Muchas veces, pero no necesariamente, la familia de acogida era la materna, véase Guastalla 1980.

⁷⁶ Subraya su dimensión territorial que la referencia a una parte de los lingones en Estrabón sea *μέρος*, probable equivalente de *pagus*, (IV, 3, 4).

militar (BG I, 13, 5; Jullian 1901: 79-81). C. Jullian también argumenta sobre el número de *pagi* por *civitas* a partir de etnónimos como Petrucorii y Tricorii, cuyos primeros componentes son las palabras galas para "cuatro" y "tres", respectivamente, e indica la equivalencia no la traducción entre *pagus* y *coria* "tribu" "enseña", como argumento sobre el sentido militar de esta entidad (1901: 82, 87). Además, la actual interpretación de *coria* como "ejército" corrobora la hipótesis de Jullian (Lambert 1997). Esta distribución y funciones tienen bien conocidos paralelos entre los gálatas de Asia Menor, donde cada una de las tres etnias que los componen está dividida en cuatro "tetarquías" (Estrabón XII 5, 1) y en Kent gobernaban cuatro reyes a los que Casivelauno ordena que movilicen sus fuerzas (César, BG V, 22, 1).

En otros casos los *pagi* también aparecen mencionados a la vez como territorios y circunscripciones de movilización militar. Así César cita un ejército galo compuesto de gábalos y *proximos pagos Arvernorum*, es decir, de los guerreros movilizables en los *pagi* indicados (BG VII, 64, 6). En Bélgica la mención de legados enviados a César *ex magna parte Morinorum* permite inferir que otros *pagi* mantienen posturas diferentes (BG IV, 22, 1; Jullian 1901: 83-4 n., con errores en algunas referencias).

Ya antes había señalado César otros detalles de la organización de los Helvecios. Se repartían entre doce *oppida*, cuatrocientos *vici*, además de *privata aedificia* (BG, I, 5, 2), que se incendian antes de emprender la emigración. Parece que se pueden relacionar los dos pasajes. De este modo tenemos cien *vici*, y cuatro *oppida* por *pagus*⁷⁷. El territorio de los biturigos organizado por veinte *urbes* (BG VII, 15, 1) con una mención sucesiva de *partes* que puede ser genérica, pero también el sinónimo de *pagus*, como en el pasaje sobre los helvecios citado, podría interpretarse como estructurado de una forma análoga en una hipótesis de cinco *urbes* por cuatro hipotéticas *partes*. Menos clara es la distribución de los suesiones entre doce *oppida* (BG II, 4, 7).

Desde las páginas de C. Jullian sobre los *pagi* se especula sobre hasta qué punto la autonomía de que hacen gala permite reconstruir una evolución política e institucional de las *civitates* galas. En este sentido, los *pagi* serían unidades políticas elementales de la sociedad gala que se agrupaban para formar *civitates* o se escindían para emigrar, hacer la guerra o dotarse de instituciones propias. De hecho, en algunas fuentes griegas posteriores se habla del orden de los trescientos o cuatrocientos *ethne* que es más probable que se correspondan con nuestros *pagi* que con las sesenta y tantas *civitates* conocidas en tiempos de César⁷⁸. Es en la autonomía, en la vida política

interna de los *pagi*, que César encontraba en parte los apoyos indígenas con los que jugaba políticamente para lograr sus objetivos (Nash 1978: 463-4)

Debido a su perfecta definición política y territorial, y a su flexibilidad asociativa, muchos autores vieron en los *pagi* galos los equivalentes de las *túatha* irlandesas, y los mecanismos de integración que los introducían en las *civitates* como un reflejo de procesos comparables a los que en Irlanda terminaron por conformar los reinos provinciales (Roymans 1990: 19-22). En efecto, los medios empleados por algunos pueblos poderosos para incorporar nuevos territorios a su área de influencia eran, tras la conquista, los típicos de las relaciones de clientela entre las unidades políticas irlandesas, como se observa en el hecho de que la dependencia se manifestase mediante la entrega de rehenes, el pago de tributos y la prestación de servicios militares al pueblo dominante (Daubigney 1985: 420), esto es, sin instaurar formas políticas compartidas.

La civitas

Por encima del *pagus* está la entidad denominada sistemáticamente *civitas* en César y otros autores, como Tácito cuando se refiere a los germanos. La forma usual de aparecer estas entidades en los textos griegos es como *éthnos*. Eran unas sesenta en toda Galia, como se indica a través del número de estatuas que las representan en el altar de Lugdunum (Estrabón IV, 3, 2), sus territorios se pueden reconstruir de forma relativamente precisa (Estrabón es especialmente útil para ello, pues su descripción de la Galia se basa en estas entidades) y, como se ha indicado, se repartían en *pagi*, *oppida* y *vici*. De forma esquemática se pueden señalar dos formas de gobierno de estas entidades y dos procesos o tendencias generales de cuya combinatoria salen los casos concretos atestiguados en la dinámica política que conocemos.

Las dos formas de gobierno tienen siempre base aristocrática, la primera consiste en una organización política basada en magistraturas, comparables a las de las ciudades mediterráneas, y así vistas por los romanos que, en general, se apoyaron sobre los individuos y grupos partidarios de este sistema "más moderno". Junto a los magistrados pueden aparecer instituciones como asambleas populares o senados aristocráticos en los que se elabora el consenso político que rige los destinos de la *civitas* (Roymans 1990: 22-3; Lewuillon 1999: 134). La segunda forma es "mas tradicional", se basa en la primacía de un aristócrata que consigue articular en torno a su liderazgo a individuos de diversa condición social y sobre

⁷⁷ César (I, 29) menciona también el muy famoso censo de los helvecios. Consistía en una relación nominal por separado de guerreros, niños, ancianos y mujeres. Los helvecios eran en total 263000, los tulingos 36000, los lotobicos 14000, los rauracos 23000, los boyos 32000. De todos ellos 92000 tenían capacidad para llevar armas. Es decir, un guerrero por cada cuatro individuos, la cuenta parece incluso demasiado precisa. 65750 guerreros helvecios y otros tantos habitantes por *pagus*, que movilizarían para la guerra a unos 16000 hombres cada uno. Más datos sobre la población de la Galia en Jullian 1993: 213-4.

⁷⁸ Plutarco, César, 15; Pompeyo, 67; Apiano, II, 150; Josefo, Guerra de los judíos, II, 16 (28), 4, 372; Jullian 1901: 90-1.

esa base social amplia consigue dirigir la política de la *civitas*, esta lucha por el liderazgo y su reconocimiento están revestidos institucionalmente con la ideología y prácticas de la realeza (Le Roux 1952, 1953; Roymans 1990: 33-8, *infra*).

Los dos procesos aludidos son los movimientos centrípetos y centrífugos que se detectan a escala de *civitas*. Ya C. Jullian decía (1901: 86): "se aprecia en la Galia, en época de César, como un vaivén continuo de elementos que se acercan o que se alejan". Y recientemente N. Roymans insiste (1990: 22) "los numerosos ejemplos de fisión y fusión de tribus [*id est: civitates*] indican que estas formaciones eran lo bastante dinámicas como para poder adaptarse continuamente a nuevas circunstancias políticas".

Los elementos centrífugos ya se han apuntado. La autonomía política y militar de los *pagi* les permite emprender ocasionalmente caminos diferenciados a los de la *civitas* en la que se integran formalmente. Obviamente la acción de Roma también puede intentar debilitar a determinada *civitas*, como ocurre con la desmembración del más o menos mítico imperio arverno, mediante una iniciativa tan concreta como es la concesión del autogobierno a los velavios, sometidos a ellos hasta el año 52 a. de C. (cf. César, *BG*, VII, 72, 2 y Estrabón IV, 2, 2). A esto se añade, desde el punto de vista social, la generalización de los conflictos señalada por César en todas las instancias del cuerpo social galo. Las parejas enfrentadas en cada *civitas*, con un individuo pro-romano y otro anti-romano, son el reflejo de una situación estructural del régimen socio-político galo (Cingetórix e Induciomaro entre los tréveros, Diviciaco y Dumnorix entre los eduos, Gobanicio y Vercingetórix entre los arvernos; Lewuillon 1999: 119-36).

Pero los elementos centrípetos también se aprecian. Así, el rey eburón Ambiorix - con Catuvolco, que también puede ser rey, cf. *BG* V, 26, 1-2 - dirige una coalición de *civitates* en donde parecen predominar las tendencias centrípetas (*BG* V, 39, 3). Otro modelo puede ser el representado por la unión de los parisi y los senones en la generación anterior a César (*BG* VI, 3, 5). Y todavía otro caso sería el representado por el rey Comio de los atrebates, que recibe como recompensa de su fidelidad a César el gobierno de los morinos (*BG* VII, 76, 1). Es decir, estamos ante movimientos basados, hasta donde podemos precisar, en un liderazgo endógeno, en el común acuerdo (parisi, senones), o en un liderazgo exógeno (Comio).

La realeza gala

Es a escala de *civitas* que conocemos los pormenores de la vida política gala y sus implicaciones (puede verse el ensayo de interpretación holística de Roymans 1983). Nos interesa de forma especial la constitución de los liderazgos que definen en buena medida esa vida política pues también implican una comprensión de los procesos sociales que actúan junto con los factores políticos.

Lo primero que debe hacer un aspirante al ejercicio del poder es conseguir apoyos entre distintos grupos sociales. Cuando César describe a los *equites* dice que para ellos era muestra de su prestigio y poder el presentarse a la batalla rodeados por el mayor número de *ambactos* y clientes (VI, 15, 2). Situación, pues, perfectamente comparable a la descrita por Polibio con respecto a los galos cisalpinos, entre los cuales era el más poderoso y temible quien tenía mayor número de clientes y seguidores (II, 17, 12).

Se ha discutido mucho la definición del grupo de los *ambactos*, ¿hasta qué punto eran un grupo social dependiente definido funcionalmente por su nombre: *ambi-actos* "los que están alrededor"? (en Polibio *sympipheroménous*). En todo caso no hay dudas sobre su función, se trata de una especie de guardia de corps, formada por guerreros ligados al jefe por vínculos de *devotio* (como los clientes de Litavico). Lo que se discute es su estatus social. El vocabulario latino opone los *ambactos* a los clientes al tiempo que los relaciona con la dependencia servil mediante términos como *familia*, siendo así el grupo de sirvientes que viven en torno al jefe⁷⁹.

Es posible que esta fuese la relación que unía a los *ambactos* con sus jefes. También cabe relacionar con ellos a los *obaerati* "endeudados" que junto con los clientes, acompañaban al poderoso Orgetorix (*BG* I, 4, 2). Pero nada más lejos de los *ambactos* que la condición servil en sentido romano, pues pese a su pobreza y dependencia, conservaban su dignidad como compañeros y comensales de sus señores. Esto se desprende de la descripción posidoniana del banquete galo (en Ateneo, IV, 152 b), en donde, además de mencionar la disposición de los convidados según su rango, describe a los lanceros rodeando a los jefes, reproduciendo en el orden de la mesa la posición que les correspondía como escoltas.

En cuanto a los *clientes* plebeyos, la situación es más compleja. César presenta a poca distancia dos situaciones contradictorias acerca de las relaciones entre la plebe y la aristocracia. Por una parte, tenemos a los jefes

⁷⁹ Sobre este tema ver Daubigney 1979: 148 ss. También en Irlanda los encargados de la seguridad del señor, un campeón, la *cethern tige* o "banda guerrera de la casa", y los escoltas personales, se consideraban entre los sirvientes. No era otro el significado de la denominación de los escoltas, *amuís*. Éstos eran los que, en grupos de cuatro, protegían al rey por cada lado, y se solían escoger entre hombres liberados de una ejecución o de la esclavitud, caso que afirmaba su fidelidad (Kelly 1988: 65-7). También los textos mitológicos mencionan a los cuatro guardias del rey (CMT III § 105).

de facción que están obligados, en virtud de un *antiquitus institutum*, a defender a la plebe contra los abusos y la opresión de los más poderosos, so pena de perder su autoridad (VI, 11, 2-4). Pero poco después, César presenta a esa misma plebe sin protección, a merced de los nobles ricos, de los que se convierten en siervos (VI 13, 1-2). Nada de este último párrafo recuerda las relaciones de dependencia tradicionales, es un simple proceso de desposesión de los más débiles por parte de los poderosos que utilizan el control económico como instrumento de explotación.

¿Cuál es, en cualquier caso, la autoridad depositada en una antigua institución que vela por la protección de los menos afortunados, actuando contra los intereses de los poderosos? Si consideramos que los jefes de facción se eligen a partir de una estimación de su honor, que son jueces, jefes políticos, y que de su justicia depende la permanencia en el cargo, cabe sospechar que el *antiquitus institutum* mencionado por César no es otro que la realeza, cuyas formas conservaban todavía algunas ciudades en sus magistraturas supremas, como es el caso del *vergobreto* eduo⁸⁰, al tiempo que en otras se mantenía plenamente vigente en tiempos de César.

Rex, regnum e *imperium*, son los términos del vocabulario político latino que reflejan la existencia de reinos en la Galia protohistórica. César conoce a dos *reges* sucesivos entre los sueciones: Diviciaco - el más poderoso jefe de la Galia, que también imperaba sobre Britania - y Galba (BG II, 4,7; 13,1). Por entonces los eburones estaban *sub imperio* de Ambiorix y Catuvolco, citado como *rex* de la mitad de la civitas (BG, V, 24, 4; VI, 31, 5). Cavarino, sucedió a su hermano Moritasgo en el *regnum* de los senones, (V, 54, 2). Teutomato, hijo de Olovico - implícitamente citado como rey al presentársenos como *amicus* de los romanos por decisión del senado -, era *rex* de los nitiobrigos (BG, VII, 31, 5; 46, 5). Tasgetio recibió de César el *regnum* que sus antepasados habían detentado en el país de los carnutes, como premio a su fidelidad (V, 25, 1-3).

También aparecen en el relato de César cierto número de jefes que aspiraban a la realeza, pero a costa de vencer la encarnizada oposición de las oligarquías. Es claro el caso de Dumnorix, cuyo programa político de conquista de la realeza describe César con detalle (I, 17-18 y especialmente 18, 9) más adelante Dumnorix afirma ante la asamblea de los eduos que César le había prometido el reino y termina muriendo a manos de los romanos (cf. V,

6, 2; 7, 9). Comio, por su parte, fue rey de los atrebatos por decisión de César, y colaboró con el romano en la campaña de Bretaña, por ello su pueblo se vio recompensado con la exención de impuestos y él mismo recibió el gobierno sobre los morinos, sin embargo en el 52 a. de C. fue uno de los jefes del ejército de Vercingetorix (BG IV, 21, 7; VII, 76, 1 y 3) y terminó sus días en Bretaña (Frontino, *Estratagemas*, II, 13, 11).

Abundan las noticias sobre reyes en funciones o aspirantes a la realeza juzgados y condenados a muerte por iniciativa de las aristocracias de las distintas *civitates*. Esto explica la muerte de Celtillo, padre de Vercingetorix (VII, 4,1) o la noticia según la cual los nobles helvecios llegaron a juzgar a Orgetorix (I, 4,1). Por su parte, los senones en *publico consilio* condenaron a su rey Cavarino (BG V, 54, 2). Mientras que Tasgetio murió asesinado con la complicidad de muchos notables (V, 25, 3; Le Roux 1952: 228-30; Lewuillon 1999: 125 ss.)

Conocemos con detalle las iniciativas de alguno de estos aspirantes a la realeza. Fueron las ambiciones del helvecio Orgetorix las que desencadenarían la Guerra de las Galias (I 2, 1-2), al buscar alianzas fuera de su *civitas*. Comenzó persuadiendo al secuano Castico de que recuperase el *regnum* ocupado antaño por su padre, más tarde se dirigió con el mismo fin a Dumnorix (BG I, 3; 18). Un procedimiento habitual para alcanzar la realeza consistía en atraerse seguidores mostrando generosidad, mecanismo que, como hemos visto, era uno de los que servían para la creación de clientelas y, en su caso, era condición imprescindible para mantenerse en la realeza. Posidonio lo atestigua cuando describe la riqueza de Lovernio, dice que para ganarse a la multitud montó en un carro y recorrió los campos distribuyendo oro y plata entre la multitud que le seguía, organizó un gran banquete en un inmenso recinto y un poeta cantó en su honor (Ateneo, IV 152 d-f; cf. Estrabón IV 2, 3).

Esta descripción es interesante porque deja claro que el poder del rey descansa en su generosidad⁸¹. Ello se refleja a través del gesto redistributivo del rey y en el "elogio cualificante" que le dedica el bardo, a quien corresponde divulgar y confirmar la jerarquía de rangos.

La historia del ascenso al poder de Vercingetórix también es clarificadora⁸². Presento el pasaje de César (BG, VII, 4, 1-4) separando las acciones de Vercingetórix y su bando (A) de las de sus opositores (B) para subrayar la dialéctica de las acciones y la política concreta de Vercingetórix. En cursiva mi comentario:

⁸⁰ El *vergobreto* heredará directamente las funciones reales apoyándose en la autoridad de los druidas, pero su poder estaba limitado por la elección anual y la prohibición de que las familias de los gobernantes accediesen a cargos de responsabilidad. Véase Le Roux 1959: 66-76; cf. las visiones globales de Roymans 1990: 29-47; y Dunham 1995: 112 ss.

⁸¹ La crítica de Lewuillon (1992) a la teoría del don, mediante la reducción de los mecanismos de reciprocidad y redistribución en las sociedades primitivas y arcaicas a una simple estrategia de explotación económica encubierta, no tiene sentido antes de que las clases productoras pierdan el control de los medios de producción.

⁸² Puede consultarse para todos los aspectos de este personaje, Goudineau 2001.

(A) Vercingetórix, hijo de Celtillo y joven arverno muy poderoso (cuyo padre había llegado a ser el hombre más influyente de toda la Galia ("*principatum Galliae*"). *Pertenece a una familia de líderes que pueden dirigir un movimiento centrípeto como los indicados más arriba.*

(B) Siendo al fin muerto por sus conciudadanos por querer hacerse rey ("*quod regnum appetebat*"). *La institucionalización del paso anterior es el logro del "regnum", tropezando con la tendencia centrífuga y el poder de los magistrados. Con estos precedentes Vercingetórix lanza su propia política.*

(A) Convocando a sus clientes, los enardece con facilidad. *Primer paso elemental, obtener el consenso de quienes le son más próximos.*

(B) Pero conocido su intento, su tío Gobanicio y los demás jefes, que desaprobaban aquella empresa, se arman contra él y lo expulsan de la ciudad de Gergovia. *Aparentemente es la misma coalición que acabó con la vida de Celtillo, no hay que insistir en los enfrentamientos fratricidas, en sentido literal, entre galos con el siempre esclarecedor ejemplo de Dumnorix y Diviciaco.*

(A) No desiste [Vercingetórix], sin embargo, sino que hace en los campos una leva de hombres miserables y vagabundos. Reunida esta tropa, atrae a su partido a cuantos ciudadanos encuentra: los exhorta a empuñar las armas en defensa de la libertad común y, habiendo reunido mucha gente, expulsa de la civitas a sus adversarios, por quienes poco antes había sido él expulsado. Es proclamado rey por los suyos ("*Rex ab suis appellatur*"). *En primer lugar amplía su base social con los más humildes, "in agris", tal como indicábamos más arriba*

que también había hecho Dumnorix, seguidamente atrae individuos "ex civitate" en una táctica "pre-maoísta" de cerco de la ciudad por el campo. El fin institucional del proceso de acumulación de liderazgo en todos los sectores de la sociedad es el logro de la realeza, objetivo en que su padre había fracasado. Sigue el procedimiento de acumulación de poder fuera de su civitas que se basa en otros mecanismos por los que termina obteniendo el imperium.

Si a estos datos añadimos la declaración de Ambiorix sobre la naturaleza del poder real, según la cual el rey no estaba menos sometido a la voluntad del pueblo que el pueblo a la del rey (BG, V, 27, 3), por lo demás implícita en el pasaje que acabamos de comentar, obtenemos una imagen de la realeza gala en la que destaca sobremanera la debilidad de su autoridad y poder efectivo. El mecanismo compensatorio de la redistribución y el *antiquitus institutum* que protege la dignidad de los inferiores, confirman igualmente que las relaciones de dominación en los reinos galos se ajustan a un ideal de justicia muy concreto, que persigue el entendimiento entre los diferentes grupos sociales dándole a cada uno lo que le corresponde. Finalmente el bardo, al celebrar el nacimiento, valentía y riqueza de aquellos a los que dirige sus alabanzas (Apiano *Celt.* 12), ratifica por este medio la posición de cada uno en el seno de un orden jerárquico estricto⁸³.

Por lo demás, la organización política en torno a circunscripciones territoriales relativamente pequeñas (*pagus*), o la importancia de las relaciones familiares y de las alianzas matrimoniales en los manejos políticos de las aristocracias, y posiblemente también en la composición de los grupos locales, muestran el alto grado de dependencia de la organización política con respecto al parentesco en la sociedad gala protohistórica.

⁸³ Sobre la importancia de los druidas como depositarios de la tradición y la identidad cultural de los pueblos galos del siglo I a. de C. véase Clavel-Lévêque 1985: 560 ss.

BRITANOS

Dos libros recientes (Millet 1990 y Braund 1996) más arqueológico el primero, más literario el segundo, guiarán nuestra exposición.

El objetivo de M. Millet es reconstruir el modelo de una sociedad del hierro tardío, datable entre el siglo II a. de C. y la mitad del I d. de C. (fecha de la conquista) al que denomina *LATER PRE-ROMAN IRON AGE* (LPRIA). Desde el punto de vista arqueológico se ocupa del tiempo que transcurre entre la introducción de la moneda, la cerámica de torno, los asentamientos en tierras bajas (aspectos culturales que aparecen desde el final de siglo II a. de C.), hasta la conquista. Aunque es consciente de la existencia de invasiones e intercambios a través de la Mancha entre Gran Bretaña y el continente prefiere construir un modelo autocontenido en el que también evita denominaciones de tipo étnico como celtas o belgas.

Esa sociedad tenía una base económica en la agricultura que coexistía con una ganadería importante. Estas prácticas se intensifican a lo largo del período considerado y van parejas con un incremento de población. La existencia de excedentes amplios, atestiguados también por Estrabón IV, 5, 2 - no sin una contradicción, digamos acostumbrada, entre la descripción de una riqueza "natural" y la ignorancia "técnica" de los habitantes de la región para servirse de ella - pudo ser la base para la formación de sociedades sofisticadas.

Como es habitual en la moderna arqueología británica, M. Millet reconstruye agrupamientos regionales en función de criterios arqueológicos (1990: 11-17). Los elementos en que hace hincapié son las variaciones locales dentro de una cultura material muy heterogénea que presenta, por ejemplo, grandes *oppida* y pequeñas granjas, con o sin fortificaciones (Millet 1990: 12-3), y estilos cerámicos que se superponen *grosso modo* con áreas de distribución de diferentes tipos monetales (Millet 1990: 15). Se trata, pues, de un tipo de correlaciones que posibilitan la explicación de ambos fenómenos como producto de agrupamientos socio-políticos coherentes. Sin embargo, como ya habíamos indicado para la Galia, no aparecen centros identificados con polígonos de Thyessen como formas de asentamiento predominantes.

Insistiendo en esta línea, no parece posible establecer una equivalencia entre *oppida* y un tipo específico de organización social o grado de sofisticación económica. Así se conocen cuatro casos de *oppida* que son centros de acuñación de moneda y lugares centrales. Pero las elites no son exclusivas de estos emplazamientos, pues también aparecen en otros hábitats menos estructurados y complejos.

M. Millet (1990: 25-6), propone, en resumen, el siguiente esquema de evolución social:

"Podemos proponer la siguiente hipótesis de desarrollo de los *oppida*. La cada vez mayor permanencia e importancia de la organización tribal definía un papel cada vez más importante para sus dirigentes y una necesidad cada vez más perentoria de un foco tribal. Este foco se pudo desarrollar de dos formas. En yacimientos como Camulodunum parece que ya existía un establecimiento de élite que formaba el núcleo en torno al cual se conformó el centro. El testimonio de Bagendon y Silchester sugiere que éste pudo haber sido el modelo usual. En otros lugares pudieron comenzar como lugares de encuentro temporales o periódicos, quizás incluso en un emplazamiento normalmente desocupado y neutral. Su papel como lugar en donde los clanes se reúnen permite el desarrollo de funciones rituales, en las que los dioses supervisan las actividades. Estas reuniones en un lugar específico estimularon seguidamente el desarrollo de actividades de intercambio; entre tanto, dirigentes de clan y tribales, cuando aparecían, pudieron mantener sus residencias normales en sus bases rurales habituales. Este centro de la tribu, ocupado o no de forma permanente, se llegó a identificar con la ubicación central y funciones como la producción de moneda se asentaron allí. Este lugar, por tanto, simbolizaba la identidad tribal, actuando como centro comunal y como foco para cada uno de los individuos. Sólo con el estímulo hacia una formación tribal más permanente, o incluso hacia una organización protoestatal bajo una élite poderosa, o por necesidades particulares, el centro llegó a combinar la función simbólica con la de residencia para convertirse en ciudad tribal. Esta fase, identificada con la aparente presencia de recintos residenciales para la élite en Verulamium, Silchester y Camulodunum, no tuvo lugar necesariamente en todos los *oppida*. Con los cambios en las alianzas y poder evidentes en el LPRIA, los saltos en importancia de estos sitios que ahora comienzan a observarse se hacen más explicables".

La cuestión de los contactos exteriores de estas culturas también se considera como uno de los factores que promueven el cambio social y los consiguientes cambios que se aprecian en el registro arqueológico. El problema es que cuanto más alejados estamos de los grandes centros mediterráneos, más complejo es precisar el peso de estos contactos. En Britania no es difícil detectar la importancia de los contactos, aún indirectos, con Roma (Millet 1990: 29-30). La dificultad surge en los detalles, por ejemplo se desconoce el impacto que tuvo en Britania la conquista de la Galia. El fracaso de Augusto en sus intentos de expansión por *Germania* hace que el impulso imperialista de Roma vuelva su mirada hacia *Britania*. Así pues, a partir de la conquista de Galia, parece detectarse un incremento de contactos desde el año 10 a.

de C. Este sería un factor que facilitaría la emergencia de *oppida* del sudeste de la isla (Millet 1990: 31 ss.).

La situación socio-política que pinta César no difiere mucho de lo que conocemos en la Galia. Indudablemente la riqueza de la información que proporciona el romano es mucho menor y, también, se refiere necesariamente a un territorio considerablemente más pequeño que el evocado en la Galia.

El panorama de los años 55-54 a. de C. permite distinguir entre diferentes *civitates* (César, BG, IV, 38, 5; V, 11, 9, etc.) o *éthne*, a los que ya estamos acostumbrados en otros lugares. Conocemos bien a los trinovantes (César, BG, V, 20) y otros simplemente aparecen mencionados enviando embajadas de rendición a César (BG, V, 21, 1). Sus dirigentes, considerados globalmente por César, son *principes* (BG IV, 27, 7; 30, 1). Pero vistos de cerca, tienen personalidades específicas y se presentan como reyes.

Este es el caso de Comio de los atrébatas, al que ya conocemos, que tenía fuertes relaciones en Britania utilizadas por César en su expedición, posteriormente fue uno de los jefes del ejército de Vercingetórix y terminó sus días en Britania. Entra dentro de lo posible que allí rehiciese su posición, pues se conocen hijos suyos mencionados en cuños monetales como *reges*, pero no se deben descartar los problemas que derivan de la frecuencia de homónimos a ambos lados del canal de la Mancha, por lo que también es posible que se trate de otro Comio (Braund 1996: 72).

Añade algunos detalles el párrafo de César consagrado a los trinovantes (BG V, 20). Mandubracio había huido de entre ellos buscando la protección de César en el continente. Su padre había ocupado el *regnum* en la *civitas* pero Casivelauno lo mató. Tras los primeros reveses de los britanos los trinovantes enviaron embajadores para rendirse a César, suplicándole que protegiese a Mandubracio de Casivelauno y lo instalase en el poder entre los trinovantes. Sería pues un *rex* semejante al primer Comio, o a otros que optan por César en el marco de las querellas internas de sus *civitas*. Se trata, en resumen, de unas formas políticas complejas, análogas en todo punto a lo conocido para la Galia.

En la expedición del año 54 a. de C. el protagonismo entre los britanos correspondió a Casivelauno. César indica que éste, cuyo territorio estaba más allá del Támesis, había desarrollado una política expansionista en años anteriores, pero que ante la llegada de los romanos recibió el mando supremo, *imperio* (BG V, 11, 8-9). Por tanto, Casivelauno dirige una confederación de *civitates* en la que únicamente tenemos algún detalle sobre los trinovantes, que parecen sometidos a Casivelauno y como tributarios suyos debido a las citadas guerras (BG V, 20), mientras que los de la región de Kent parecen desempeñar el papel de aliados fieles, tal vez en el marco

del recién labrado *imperio* (BG V, 22, 1).

En el momento de la invasión de Claudio (51 d. de C.) Dion Casio describe una situación comparable a la que acabamos de ver, esta vez en beneficio de los catuvelaunos. Plaucio desembarca sin oposición y se dispone a buscar a los britones para enfrentarse con ellos. Pero Dion comienza especificando su forma de gobierno general antes de pasar a los acontecimientos de la invasión:

"(Los britones no eran *autónomoi* sino cada uno de sus grupos estaba bajo el mando de su rey), [Plaucio] derrotó primero a Carataco y seguidamente a Togodumno, los hijos de Cunobelino, que había muerto. Tras su huida consiguió la capitulación de una parte de los bodunos, que estaban gobernados por catuvelanos (μέρος τι τῶν Βοδούνων, ὧν ἐπῆρχον Κατουελλανοὶ ὄντες); y dejó una guarnición" (Dion, LX, 20, 1-2)

Más adelante aclara Dion que la capital de los catuvelaunos era Camulodunon (LX, 21, 4). Así pues la realeza era la forma de gobierno generalizada, lo que no impedía la formación de "imperios", más amplios. Parece claro, en este caso, que no es la totalidad del *éthnos* dobuno (forma correcta) el sometido a los catuvelanos, sino sólo una parte⁸⁴ ¿acaso bajo su propio rey, de acuerdo con la primera frase? Los catuvelaunos, a su vez, estaban gobernados por dos reyes hermanos. Por otro lado, la acción de Plaucio parece inversa a la que eventualmente habría seguido de formación del "imperio" catuvelauno.

Primero desgaja una parte de los sometidos, derrota a los catuvelaunos y finalmente conquista su capital (ya con Claudio en Britania).

Otros elementos también conocidos en la Galia tienen una presencia mucho más débil, cosa que, por lo demás, cabía esperar. Así, de los *pagi* galos queda la noticia, sin duda discutible, sobre la región de Kent gobernada por cuatro *reges* (César, BG V, 22, 1) o la idea de que los dobunos se repartían en *mere* susceptibles de vivir diferentes destinos políticos. Es difícil establecer si la confederación que forman los Brigantes (Frere 1980: 42 y 46; Hanson y Campbell 1986) resulta de una suma de entidades tipo *pagi* o tipo *civitas*, como reflejo de un movimiento centrípeto del tipo de los que hemos conocido en la Galia. De las elites o aristocracias sólo permanecen los integrantes de las distintas embajadas mencionadas o un personaje como Lugotorix, aparentemente uno de los cantios, mencionado como *nobili duce* (V, 22, 2). También nos resulta un detalle familiar la mención de una tropa de seguidores de Casivelauno, denominados *esedarii*, con los que emprende la resistencia final (V, 19) recuerdan a los ya conocidos *ambacti* o *soldurii* de la Galia y a los *devoti* celtíberos. Tampoco la forma y el lugar escogidos

⁸⁴ Braund explica que el verbo *epárcho* usado por Dion indica de forma precisa el gobierno de un territorio adicional al propio (cf. Braund 1996: 99-100).

por Casivelauno para su última batalla nos resultan extraños, pues concentra a hombres y ganado en un enclave considerado fácilmente defendible, lo que se reveló incierto (BG, V, 21, 2).

El mismo César justifica estas semejanzas en un pasaje (V, 14) en el que distingue entre los habitantes de la isla cercanos a la costa, descritos como, *humanissimi*, y parecidos a galos, mientras que la descripción de los habitantes del interior se limita a un listado de prejuicios etnocéntricos destinado, en buena medida, a señalar el "decorado" de donde procedía Casivelauno. En cualquier caso la arqueología confirma, en la medida de lo posible, el cuadro pintado por César al distinguirse toda una parafernalia de objetos y bienes que cobran sentido como pertenecientes a los integrantes de una elite que cultiva una poderosa ideología guerrera (Millet 1990: 35-9).

Se conoce muy mal el siglo que pasa entre la aventura de César y la conquista de Britania por Claudio. Sólo la numismática proporciona una documentación continua, pero de difícil manejo. Por ejemplo, la homonimia entre el personaje Cassivelauno y la *civitas* de los catuvelaunos invita a comprender al primero como rey de los segundos, pero eso no está atestiguado en ninguna parte ni existe testimonio sobre los catuvelaunos en época de César (Braund 1996: 68).

Siguiendo con la numismática, se detecta un claro influjo romano en los tipos monetales, pero coexisten con tradiciones indígenas. Así aparecen individuos con la mención *rex* en sus monedas, expresando su autoridad en términos romanos. Pero otros prefieren *rig* (Prasugato, Dubnovelano, Anted) o *ricon(i)* (Tasciuvano). Esta diferencia tal vez indica que *rex* supone un reconocimiento formal de los derechos del personaje por parte de Roma (Braund 1996: 69-71). Que la institución romana del *rex et socius atque amicus* operó en Britania en esta época ofrece poco lugar a dudas. Augusto menciona que acogió a Cumnovelauno y Ticomio de Britania en Roma (*Res Gestae* 32) y Estrabón IV, 5, 3 dice que algunos δυνάσται britanos tenían relaciones de φιλία con Augusto, personajes a los que Diodoro de Sicilia (V, 21, 6) no duda en llamar βασιλεις, aunque todo el contexto subraya la pobreza y simplicidad de los britanos. Por otra parte, Estrabón también indica que los dinastas o βασιλεις depositaban ofrendas en el Capitolio de Roma y aceptaban pagar impuestos sobre el tráfico comercial. Durante el reinado de los sucesivos emperadores romanos hasta Claudio siempre aparecen noticias, muy escasas, sobre diferentes *reges* britanos en relación con Roma (Braund 1996: 84-8).

Entre César y Claudio la invasión de la isla estuvo siempre en la agenda de los sucesivos emperadores. Augusto tuvo planes para invadir Britania en tres

ocasiones (34, 27 y 26 a. de C.) fundamentalmente con afán de emular a su padre adoptivo. Calígula llegó hasta las orillas del canal (Suetonio, *Calígula*, 46). Cuando Claudio se decidió finalmente, sus móviles se encuentran en la política interna de Roma. Para someter a los britanos Roma usa tres políticas.

1. La recompensa para quienes permanecieron fieles a Roma supuso una forma de independencia continuada aunque limitada. Así algunos de los pueblos británicos, entre los que estaban los icenos (Tácito, *Annales*, XII, 30), y el grupo que se convirtió en *Civitas Regnorum* (RIB 91, Bogaers 1979), fueron tratados como reinos clientes, manteniendo derechos y privilegios, incluso en un primer momento el de llevar las armas (Tácito, *Annales*, 12, 30).

2. Otros grupos inicialmente hostiles a los invasores, fueron comprados o amenazados por la fuerza superior del ejército invasor y pidieron la paz en una fase temprana antes de enfrentarse a la batalla (Dion, LX, 19; 22). Estos grupos fueron tratados con menos dureza que los que fueron a la guerra.

3. Por último, los grupos que fueron a la guerra y perdieron recibieron el trato más duro, aunque Roma fue pocas veces punitiva con los pueblos derrotados, pues su cooperación se necesitaba en la administración de las provincias.

Sólo de forma ocasional sirven los relatos de las campañas de Claudio para establecer una comparación con la situación existente un siglo antes. Esto es así en el caso de las formaciones imperiales nativas indicadas más arriba, tan semejantes pese al siglo transcurrido entre las dos situaciones descritas.

Se puede considerar, también, la constante mención a los jefes vencidos como *reges*, además de los casos ya vistos, son de la época de la conquista la inscripción del arco de Claudio en Roma dedicada el 52 d. de C. y la del arco de Cícico, (CIL III, 7061; VI, 920), que menciona cierto número de reyes sometidos a Claudio⁸⁵. Un testimonio de sentido parejo es la fiesta celebrada en el campo de Marte en época de Claudio de la que formaba parte una representación de la rendición de *reges Britannia* (Suetonio *Claudio*, 21, 6).

Otra situación comparable, si bien casi más con la Galia que con la Britania de César, es la diferenciación en el grado de estructuración o cohesión de algunas *civitates* entre las que conocemos mejor las que resultaron conflictivas, los catuvelaunos, trinovantes y durotriges. Las dos primeras contaban con centros de poder prerromano importantes que de forma natural fueron el objetivo inicial de la campaña militar romana. Los romanos se ocuparon de conquistar y ocupar de forma duradera Camulodunum

⁸⁴ Tradicionalmente se reconstruía el texto como una mención a 11 reyes pero la completa revisión del epigrafe efectuada por Barrett 1991: 10-5, invita a obviar la restitución o a considerar 21 un número igualmente posible.

que sirvió de base a la *Legio XX*. De esta forma Roma se apropiaba de las ventajas de un centro de poder preexistente - situación comparable a la de Avaricum, cuya conquista implicaba la de la totalidad del territorio biturigo. El contraste lo proporcionan los durotriges, confederación de pequeñas unidades, cada una con su centro propio, un *hillfort* que presumiblemente sería el núcleo de un linaje de la tribu, estuviese o no ocupado de forma permanente en el momento de la conquista. En esta zona la *Legio II Augusta* mandada por Vespasiano encontró grandes dificultades teniendo que tomar veinte *oppida*, según Suetonio (*Vespasiano* 4: Millet 1990: 48-49) - la comparación gala se puede producir con las fragmentarias o poco centralizadas *civitates* belgas.

En resumen puede apreciarse que el método de guerra y subsiguiente control territorial se apoyaba en una comprensión de la geografía política de la zona. Su éxito estaba estrechamente relacionado con el grado de desarrollo político centralizado. Los romanos conquistaron las sociedades más desarrolladas con más rapidez y necesitaron menos guarnición para su control tras la conquista mientras que tuvieron más problemas con las que las que presentaban un grado menor de estructuración socio-política (Millet 1990: 55).

A los tiempos que siguen inmediatamente a la conquista pertenece Cogidumno, bien conocido gracias a los testimonios cruzados de Tácito (*Agrícola*, 14) y el texto de una inscripción (*CIL VII*, 11 = *RIB* 91) en los que se nos presenta como un rey de los britones favorecido por Roma (*supra* pp.48-49) que le permite constituir un pequeño imperio personal, un poco al modo de Comio que recibe de César el poder sobre los morinos en agradecimiento por los servicios prestados o del imperio de Casivelauno en tiempo de César y el de los catuvelaunos en el de Claudio. No nos detenemos en su caso examinado de forma detallada en el capítulo anterior.

Quedan otros reyes y reinas que protagonizaron distintos episodios de la historia política de Britania con posterioridad al momento de conquista inicial. Pero las situaciones que describen ya están mucho más condicionadas por una cercana y progresivamente más profunda presencia de Roma, por lo que no nos servirán para hacernos una idea del funcionamiento de las instituciones socio-políticas de la Britania independiente. Así pues, dejaremos aquí nuestra exposición.

Para finalizar veamos en forma de tabla los rasgos de los "imperios" que hemos encontrado con el objetivo de mostrar hasta qué punto la política romana de dominio no innova, sino que aplica a su favor tendencias preexistentes:

Imperio de	Casivelauno	Cunobelino	Cogidumno
<i>Fecha</i>	Antes de César	Antes de Claudio	Después de Claudio
<i>Título</i>	<i>Imperio</i> , probable rey	<i>basileis</i>	<i>rex magnus</i>
<i>Civitas "imperial"</i>	catuvelanos?	catuvelanos	atrebates
<i>Civitates sometidas</i>	Trinovantes, cantios...	parte de dobunos	algunas <i>civitates</i>
<i>Gobierno de los sometidos</i>	reges cantios	<i>basileis</i> de cada parte?	desconocido

IRLANDESES

El recurso a los hechos irlandeses en nuestra investigación se justifica de varias formas.

1. Irlanda es la única zona de la antigua céltica que no pasa por una fase más o menos larga, o intensa, de romanización.

2. Desde que se puede afirmar que Irlanda estaba habitada por hablantes de lengua(s) célticas, en fechas discutidas entre el 600 y el 300 a. de C., fecha esta última en la que, en todo caso, el proceso estaba bien asentado, y la mitad del primer milenio d. de C., se produce una clara continuidad en la cultura material, pero también en lo que la cultura "espiritual" deja como huellas visibles (Waddell 1998: 286-372).

3. Cuando comenzamos a tener escritura de forma continuada, coincidiendo *grosso modo* con la cristianización en el siglo V d. de C., todos los rasgos políticos y sociales autóctonos que se identifican presentan un alto grado de arcaísmo y conservadurismo.

4. Este conservadurismo es especialmente relevante en la ideología y prácticas de la realeza, en efecto, los denominados "royal sites" irlandeses son enclaves arqueológicos incesantemente reutilizados, con o sin continuidad, a veces desde el cuarto o tercer milenio a. de C. hasta nuestra era. Pues bien, en la fase céltica se levantan complejas estructuras de hábitat aristocrático o finalidad ritual junto a, o sobre, tumbas megalíticas, y cuando aparece la escritura las historias de reyes, pero también la mitología e ideología de la soberanía y la realeza, son elementos esenciales en los textos conservados. De hecho, la expresión "royal sites" deriva de que muchos acontecimientos legendarios tienen como emplazamiento esos lugares concretos.

5. Existe una corriente de estudios célticos, que se remonta a H. d'Arbois de Jubainville y que cuenta con muchos otros representantes, que subraya la homogeneidad profunda entre las situaciones que se pueden identificar en la Galia céltica y la Irlanda medieval en aspectos religiosos sobre todo, pero también sociales y políticos.

Por otra parte se debe comprender el mundo irlandés Alto medieval en cierto modo según el modelo griego del período arcaico (comparación iniciada por d'Arbois, por ejemplo 1996, cf. Rankin 1987) o, si se prefiere, de acuerdo con un modelo de sociedad heroica.

En los dos mundos evocados una gran cohesión cultural y religiosa coexiste sin problemas con una no menos grande fragmentación política. Además, en ambos mundos existe una clase de intelectuales, druidas y poetas respectivamente, con cometidos que abarcan a toda la comunidad lingüística formando su argamasa cultural. De forma análoga, en ambos mundos existe una aristocracia

que comparte una gran cantidad de señas de identidad que no le impiden centrar sus ambiciones socio-políticas en el ámbito restringido de su comunidad de procedencia. Con esto no pretendemos afirmar nada sobre el sentido general de evolución de las sociedades sino, simplemente, señalar que el caso irlandés, aunque no se suele considerar en estudios como este, es homologable con otros casos con un lugar bien definido o aceptado. Por otra parte, es interesante señalar que el estudio de la Irlanda medieval es un terreno compartido por diversos especialistas que con sus puntos de vista diferenciados contribuyen a perfilar nuestro conocimiento de esa sociedad - además de los habituales arqueólogos, historiadores y lingüistas, los antropólogos tienen en la Irlanda de esta época un territorio privilegiado para estudiar la evolución endógena desde una sociedad simple hasta una sociedad articulada por el estado (Gibson 1988).

La *túath* y el parentesco

La noción clave para comprender la dinámica política de la Irlanda céltica es la de *túath* (término derivado del indoeuropeo **teut-* "pueblo", con numerosas aplicaciones en las distintas familias lingüísticas). Los textos jurídicos irlandeses señalan la *túath* como la unidad política, territorial y jurisdiccional básica sometida al gobierno de un rey, calificado a este nivel de integración como *rí túaithe* o "rey de un pequeño reino" - título que traduce con precisión el sentido del antropónimo galo *Toutiorix* < **touto-rix*.

E. MacNeill (1935: 17, 27-9) inició hace décadas la discusión acerca de la pertinencia de su consideración como una comunidad tribal, para responder con una negativa, según él en la *túath* irlandesa no se consideraba a todos sus miembros ligados por vínculos genealógicos con un antepasado común. Más recientemente F.J. Byrne (1971: 128-32) acepta la equivalencia entre el término antropológico y la institución irlandesa. Según este autor habría una confusión debida a que muchas veces las diferentes unidades territoriales se identificaban por medio de nombres familiares - como los *Uí Néill* "Descendientes de Níall" -, pero estas denominaciones únicamente sirven para las dinastías gobernantes, nunca para la comunidad genealógica de toda la población.

Ahora bien, debido a que, el sentido etimológico de *túath* remite a la noción de "pueblo" preferiremos este sentido, coincidente, sin que ello implique una idea de traducción o algo por el estilo, con la fórmula escogida por los latinos para referirse a las entidades indígenas del noroeste peninsular: *populi*. En cualquier caso, siguiendo el tipo de presentación utilizada en otros apartados, evitaremos el concepto antropológico, no por inadecuado

sino para evitar una generalización que, en todo caso, podrá ser una consecuencia de nuestro estudio, y también evitaremos la inevitable interpretatio que supondría utilizar *populus*, pese a que nos asista la etimología. Más que tomar parte en esta querella nos interesa conocer los distintos componentes del sistema socio-político irlandés arcaico.

La *derbfine*, "verdadera familia", el linaje agnático que se extiende a lo largo de cuatro generaciones, habría sido, al menos hasta el siglo VII, el grupo de parentesco elemental irlandés⁸⁶. Su corporativismo se muestra a través de hechos como su uso de un nombre colectivo, la existencia de un *cenn fine*, "jefe de familia", cuyas responsabilidades incluían responder en nombre del grupo de las obligaciones y delitos de cada uno de sus miembros, cuidar a los parientes carentes de protección, y representar al linaje en todo lo que lo relaciona con el exterior. Pero probablemente la mejor evidencia del carácter corporativo de este grupo es la posesión de una *fintiu* o tierra familiar común, trabajada de forma cooperativa por todos los integrantes del linaje y sobre la que todos los varones adultos tienen derechos de posesión y herencia (Kelly 1988: 12-4).

Esta tierra se marca por medio de túmulos y estelas funerarias levantadas sobre las sepulturas de los antepasados del grupo (piedras ogámicas), que indican sobre el terreno las fronteras de la propiedad familiar. Estos se denominan *fertae* en irlandés antiguo, y sirven para enraizar los linajes en la tierra heredada de los antepasados. Además los antepasados también protegían la tierra, por lo que se enterraban armados. Una noticia histórica, del siglo XIII, relativa al rey de Connacht, Eógan Bél, hace hincapié en esta creencia cuando dispuso que lo enterrasen con una espada en sus manos y la cara hacia los vecinos del norte, pues mientras mantuviese tal actitud sus enemigos serían impotentes contra su pueblo. Ya en tiempos de S. Patricio, el rey Lóegaire había enterrado a su padre Níall, siguiendo sus instrucciones, sobre los muros Tara - lugar eminentemente fronterizo -, "porque los paganos están armados en sus tumbas con sus armas preparadas, cara a cara, hasta el día que los druidas llaman *erdathe*, que es el día del juicio del Señor" ⁸⁷.

La relación de vecindad es básicamente una relación que depende del parentesco y muestra indirectamente que la pauta de asentamiento de los grupos de parentesco responde a una segmentación de la *fintiu* en unidades separadas pero colindantes. Según los textos jurídicos más antiguos relativos a la vecindad, *comaitches*, (siglos VII-VIII), todos los herederos tenían una granja (*treb*) rodeada del lote de tierra asignado a cada cual. Al mismo tiempo, el grupo de granjas de los miembros del linaje formaba un conjunto solidario unido por el trabajo cooperativo de las tierras de la *fintiu* (Charles-Edwards 1993: 47-8, 420-1; Patterson 1995: 130). Por tanto la unidad de producción autosuficiente era el conjunto de *treba* del linaje, no la granja individual. Cosa que unida a la carencia de entidad jurídica de la familia nuclear, está en armonía con la carencia de una palabra en irlandés para esta unidad de parentesco, pues todas las que se aproximan incluyen en la definición una referencia al conjunto de la casa y sus habitantes (además de *treb*, *tech* y *muinter* también aluden a la "casa-familia" ⁸⁸, sentido comparable con el griego *oikos*).

La propiedad de la tierra determina el rango de los linajes. La condición de "libre", representada en el nivel inferior por la clase de los campesinos independientes o *bóaire* (literalmente "propietarios de vacas", cf. en la Atenas de Solón la clase 'media' de los *zeugitai*), dependía de la capacidad de su linaje para repartir entre sus miembros legales un lote de tierra en el que fundar una granja. De no cumplir este requisito, todo el linaje perdía a su condición libre pasando a engrosar la clase de los *fuidir*, los campesinos económica y jurídicamente dependientes de un *flaith* "noble, o señor" ⁸⁹.

Por su parte, el rango de los nobles también dependía del número de *treba* dependientes y, en general, del número de sus clientes libres, *sóerchéle*, o semi-libres, *dóerchéle*. La posición del cliente semi-libre comenzaba con la entrega de los "bienes de sumisión" al cliente, tasados de acuerdo con su precio de honor, es decir, una evaluación económica da su dignidad (cf. el griego *timé*). A continuación recibía distintas clases de bienes -ganado, herramientas agrícolas y, con menos frecuencia, tierras-, concebidos como la compra anticipada del pago anual de

⁸⁶ Kelly 1988: 12-4. Según Charles-Edwards 1972: 17, este linaje sería llevado desde el continente a las islas por invasores del primer milenio a. de C., siendo el modelo común de todos los pueblos celtas asentados en territorio británico hasta fines del período romano.

⁸⁷ Cf. Charles-Edwards 1993: Cap. III. 5, cita p. 262-3 cf. Swift 1996 y, desde otro punto de vista, Ó Riain 1974. Resulta significativo que el ritual *telloch* "intrusión", mediante el cual un pariente indirecto puede reclamar derechos hereditarios sobre una *fintiu*, consista en liberar caballos para que atraviesen los *fertae*. Elemento ritual que se relaciona con **equoranda*, topónimo compuesto a partir del nombre del caballo (*equo*-) y que marca lugares fronterizos en la geografía política de la Galla.

⁸⁸ Charles-Edwards 1993: 135. La "casa-familia" corresponde a la "familia doméstica", en la que "la propiedad de la tierra y vivienda, así como la autoridad paterna y el liderazgo económico, correspondían al ascendiente vivo más viejo o a la comunidad de hermanos originada en el mismo antepasado" (Lévi-Strauss 1987: 26). Dado que los hijos de un padre vivo no son independientes ni tienen capacidad legal reconocida sin el consentimiento paterno (Kelly 1988: 80-1), esta familia no difiere de la romana de época clásica, donde la unidad familiar se fundamenta no tanto en la convivencia en una casa común, como en la *potestas* del *paterfamilias* sobre todos los agnados de menor edad y otros dependientes.

⁸⁹ La clase de los *fuidir* es sin embargo muy heterogénea, porque los causas que conducen a un grupo o individuo a la dependencia son diversas: comisión de un crimen, origen foráneo, incapacidad del linaje para reunir las *cóic trebha* o "cinco granjas" estipuladas por la ley para mantener el estatus libre, etc. (Charles-Edwards 1993: 308 ss.)

las contribuciones en especie de los clientes, a esto se añadía la prestación de diversos servicios -disponibilidad militar, disponibilidad para trabajos como la construcción de la fortaleza y el túmulo funerario del señor⁹⁰.

La relación con el cliente libre, *sóerchéle*, era radicalmente distinta. En primer lugar, porque podía establecerse entre individuos del mismo rango, que muchas veces eran parientes colaterales del mismo linaje. Por otra parte, no se iniciaba mediante un contrato formal y se podía anular a voluntad, las concesiones otorgadas al cliente no se fijaban en relación con su posición ni se concebían como una compra anticipada de sus contribuciones. En este caso el don del señor se entendía como un regalo, de manera que su aceptación por parte del cliente era indicativa del inicio de su sumisión, consistente en la obligación de pagar rentas anuales y prestar servicios al señor, principalmente asistencia militar y hospitalidad). Las concesiones a los *bóaire* eran normalmente cabezas de ganado (Charles-Edwards 1993: 357).

Dado que la subordinación de unos nobles a otros difícilmente se comprende como una relación de dependencia material, la ausencia de intereses económicos por parte del cliente no impide que las relaciones de clientela puedan sostener el sistema de rangos de la nobleza. Por el contrario, la naturaleza de esa dependencia se revela en el ámbito del poder político, puesto que las redes clientelares, tendidas desde la cima de la jerarquía social hasta su base, funcionan precisamente como las vías de transmisión de la influencia política. Ahora bien, si los hombres libres, y todavía más los nobles, son económicamente independientes y no están coaccionados por las relaciones clientelares, ¿sobre qué principios reposa el poder que se ejerce sobre ellos?

Todo parece indicar que la estructura política de las *túatha* se asienta sobre una combinación de principios complementarios, pero conflictivos en algunos aspectos. Por un lado hay una organización jerárquica de los grupos de parentesco, establecida con razones de tipo genealógico, en las que se amparan las familias gobernantes para conservar la jefatura en su seno. Por otro, los méritos personales prevalecían frente a las razones genealógicas en los procesos de elección de los representantes políticos.

Un problema importante para estudiar el parentesco irlandés es que, a pesar de que se conserva la terminología vernácula, muchas veces no se conocen sus significados con precisión. Por otra parte, el empleo del vocabulario del parentesco latino resulta vago e impreciso en la literatura irlandesa en latín de los siglos V a VIII d. de C. El problema consiste en la dificultad de traducir

conceptos nativos a una lengua ajena que, además, carece de referentes institucionales comparables.

Una de las principales fuentes latinas para conocer el parentesco es la hagiografía de Adomnán *De Vita S. Columbae* (VII d. de C.; Charles-Edwards 1993: 134 ss.) La genealogía de este santo remonta a su tatarabuelo Níall, fundador del linaje de los Uí Néill, lat. *Nellis nepotes*. Pero aunque esta denominación alude a la co-descendencia de un antepasado común, las distintas expresiones utilizadas para referirse a los parientes de este grupo, *parentella*, *cognitio* / *cognitionales*, *amici*, no expresan significados equivalentes, ni siquiera compatibles con grupos de descendencia patrilineal. Así, mientras que en algunas ocasiones *parentella* y *cognitio* parecen sinónimos, se distinguen en otras como expresiones de diferentes grados de profundidad de los linajes agnáticos (*parentella* "linaje mínimo" igual al irlandés *aicme*; *cognitio* "linaje máximo"), y todavía otras veces sus sentidos se contraponen abiertamente: *parentella* "linaje agnático"; *cognitio* "parientes cognáticos" (Charles-Edwards 1993: 140). Otro término latino frecuente en la designación de grupos de parentesco estrechos es *genus*, traducción regular del irlandés *cénel* "parientes". Aunque en los *populi* (*túatha*) debían existir numerosos *genera*, en Adomnán *genus* se refiere exclusivamente a los linajes dominantes de esos pueblos, a los que frecuentemente daban su nombre. Pero prescindiendo de este matiz, no se detecta ninguna otra distinción clara en la obra de Adomnán entre *genus* / *cénel* y *parentella* o *cognitio* (Charles-Edwards 1993: 139-40).

Charles-Edwards asegura que, dada la flexibilidad en el uso de estos términos, sólo el contexto puede ayudar a comprender a qué clase de grupo se refiere el autor en cada ocasión. Pero no explica cómo *cognitio*, un término inequívoco del parentesco cognático, puede designar a un grupo de descendencia agnático como, supuestamente, serían los Uí Néill (de hecho, para referirse a una pariente agnática de la madre de Columba, se emplea de forma coherente el término *cognitionalis*, su "*cognada*"; Charles-Edwards 1993: 136). Dado que *amici* solo puede aludir a un vínculo de afinidad, la calificación de los Uí Néill como *cognitionales amici* debe referirse a un grupo que, por cualquier razón, reconoce también a los parientes por vía femenina, es decir, los cognados. Tal grupo se organizaría como grupo de descendencia fundado por un antepasado epónimo coincidiendo la denominación de los grupos con la de los territorios en los que se asientan. Por otra parte, el hecho de que en la teoría antropológica del parentesco el clan incluya elementos de población residentes en su territorio pero exteriores a los linajes patrilineales, incluyendo a cognados y a otros grupos sociales

⁹⁰ Charles-Edwards 1993: 346. Para este autor, la diferencia con el feudalismo medieval está en la debilidad de las bases territoriales del señorío irlandés anterior al siglo XI, cosa que se suma al predominio de los movimientos de riqueza mueble entre las dos partes sobre la prestación de trabajo dependiente a cambio de feudos (Charles-Edwards 1993: 337-8).

dependientes, que no se reconocen como parientes, posiblemente nos ofrezca una solución al problema de las menciones de tipo cognático relacionadas con los Uí Néill.

La referencia a los Uí Néill, miembros del linaje agnático de Columba, como sus *cognitionales amici*, ofrece la comprobación de que el grupo identificado por el nombre clánico no se confundía con los linajes patrilineales dominantes. Se trataba de un agregado más vasto de parientes, entre los cuales se producirían también inter-matrimonios (*amici*). En este sentido, el empleo en el mismo párrafo de la expresión *secundum carnem cognati*, "parientes por la carne"⁹¹ para señalar al relación de un individuo con un conjunto de pueblos vecinos unidos por la misma denominación, *Cruthini populi* (Charles-Edwards 1993: 136, 145), no se podría referir más que al parentesco surgido de alianzas matrimoniales entre los grupos locales pertenecientes a ese conjunto. La diferencia con respecto a *cognitionales amici* sólo se explica, según el contexto, por la referencia en el caso de aquel individuo a un parentesco exterior respecto a su propio grupo, la *gens cruithne* de Dál nAraidi, de la que tampoco se excluirían, probablemente, las relaciones cognáticas.

Entre los términos latinos que designan a los grupos de parentesco, uno de los más complejos es el de *gens*. Parece aplicarse a niveles de integración superiores a los *genera*, como contrapartida latina de los gentilicios expresados en irlandés indistintamente mediante fórmulas como "Corcu + X", "Dál + X", "X-acht", "X-r(a)ige" y "X-ne", o a las unidades sociales a las que se adscribían los individuos empleando la fórmula onomástica "Nombre de Persona + *nepos* X", en irlandés "Nombre de Persona + *mocu* X" "descendientes de" (por ejemplo *mocu Altai*, perteneciente a los *Altraige*; *Mucoi Luguni*, perteneciente a los *Dál Luigni*, etc.; Charles-Edwards 1993: 146, 157; McManus 1991: 110-13). Pero carecemos de datos para determinar la naturaleza de estos grupos. Charles-Edwards opina que serían agrupaciones intermedias entre los grupos de parentesco estrecho (*genera*) y el *populus* (1993: 147), y que mediante su progresiva segmentación se produciría la jerarquización de los linajes. Este proceso, derivado de la incapacidad de los grupos de parientes para conceder tierras a todos sus miembros, podría desencadenar diferentes situaciones. O bien las líneas desposeídas permanecían en sus territorios, reducidos a la condición de "parientes súbditos" de las líneas dominantes, o bien emigraban y, entonces, sus destinos dependían de dos condiciones. Si colonizaban tierras y se imponían sobre otras poblaciones, conservarían su estatus noble. Caso contrario, al tener que asentarse en propiedades ajenas, serían degradados a la condición servil. En ambas situaciones, la conservación de vínculos

genealógicos próximos con las familias gobernantes era decisiva, puesto que las relaciones de parentesco con ellas permitía evitar la pérdida del estatus libre y el descenso a la clase dependiente de los *fuidir*. Por tanto, cuanto más remoto fuese el vínculo genealógico, más bajo sería el estatus de los linajes (Charles-Edwards 1993: 121 ss.)

La antigüedad de las *gentes* como agrupaciones sociales parece remontarse a la Prehistoria, dado que no se documentan formaciones de *gentes* después del 600 d. de C. y su uso comienza a decaer un siglo después, reemplazadas por las *parentellae* y los nombres clánicos compuestos con *Uí*. Sus gentilicios, por otra parte, también sugieren una desvinculación con respecto a los linajes que reciben sus denominaciones de verdaderos antepasados, puesto que frecuentemente remiten a nombres de dioses, de antepasados heroicos, o poseen simplemente un valor calificativo. En este sentido, los gentilicios se parecen a los antiguos étnicos, algunos atestiguados ya en Ptolomeo, que se nos presentan como absolutamente comparables con los étnicos más comunes entre los *populi* protohistóricos de todo el mundo céltico.

Los *Uoluntioi* de Ptolomeo, que no serían otros que los Ulates (medio irlandés *Ulaid*), reciben un apelativo honorífico, con resonancias aristocráticas: *ulat* > *flaith* "nobleza, soberanía". Lo mismo ocurre con el étnico *Brigantes*, conocido en la Galia y Bretaña, que califica a sus portadores como "nobles", o simplemente deriva del teónimo *Brigantia* (irlandés *Brigit*). Opción preferida por O'Rahilly, que identifica el étnico ptolemaico con el gentilicio histórico *Uí Bairrche* -se conoce también *Uí Brigitte*, que conviene mejor a la comparación (Byrne 1971: 151): derivado de un **barreka*, que cuenta con un paralelo entre los brigantes de Bretaña en el epíteto de Marte *Barreki* (dativo *Marti Barregi*, *RIB* 947) "el elevado" (> irlandés *barr* "cima"), de manera que, para este autor, tanto *Brigantes* como *Uí Bairrche* remiten sus orígenes a *Brigantia* "Diosa elevada" (O'Rahilly 1976: 7, 37-8). También se relacionan con antepasados divinos los gentilicios *Corcu Lóegde* "pueblo de la diosa-ternera" (> **Loigodewa*) y *os-raige* "el reino del ciervo" (> **uksos* > *os*; O'Rahilly 1976: 3, 10). Entre los que se parecen a étnicos célticos continentales destacan los *Cath-raige*, galo *Caturiges* "reyes del combate"; Eogan-achta > *Ivo-geni* "nacido del tejo" + *-acht*, que a través de su primer elemento relaciona el gentilicio con los étnicos galos *Eburones* "pueblo del tejo" y *Eburovices* "luchadores del tejo".

Por consiguiente los nombres de las *gentes* se parecen tanto a los más antiguos étnicos irlandeses, tipo *Ulates*, como a étnicos atestiguados en el mundo céltico en general, diferenciándose de las denominaciones de

⁹¹ "Parientes por la carne" es una expresión muy extendida por toda Eurasia para distinguir a los parientes maternos de los paternos, "los parientes por el hueso". Una de las principales consecuencias de esta distinción es la incompatibilidad de los matrimonios con un sistema de intercambio restringido (Lévi-Strauss 1988: 467). La misma diferencia se expresa en las antiguas leyes galesas que contraponen el "lado del huso y la rueca" con el "lado de la lanza" (Charles-Edwards 1972: 26).

tipo clánico que predominarán en Irlanda a partir del siglo VIII ("Uí + genitivo de Nombre de Persona"). Así pues, en las *gentes* sólo sugeriría un parentesco entre sus miembros la fórmula onomástica de adscripción, "mocu X", de etimología desconocida pero traducida por nepos "descendiente". En todo caso, sean gentes independientes o gentes sometidas a otras más poderosas, todas se definían por considerar parientes a sus miembros y por disponer de su propio dominio político-territorial, como prueba el hecho de que uno de los elementos léxicos que las designa, *-rige/ -rige* > **rigion* aluda al "reino" (Byrne 1971: 136).

En resumen, puesto que se identificaban con los territorios que ocupaban, y los gentilicios se confundían con las denominaciones de los *populi* / *túatha*, lo que parece reflejar toda esta variedad de términos es una especialización terminológica para los ámbitos social (*gens*, *populus*), político (*regnum*) y territorial (*patria*, *regio* y *provincia*) de los reinos irlandeses. Pero no podemos olvidar que los vínculos familiares son el factor que entreteje todos estos planos en la configuración de los reinos, determinando las posiciones de los linajes en la jerarquía y definiendo la naturaleza de las relaciones de clientela. Esto supone que, más allá de toda contingencia demográfica o política (movimientos de poblaciones, conquistas, procesos de integración o escisión de las unidades políticas, etc.), son las relaciones de parentesco las que en definitiva funcionan como principio estructural básico en todas las transformaciones.

Los reyes

La importancia de este principio explica el interés por conocer, o inventar, lazos genealógicos entre los diferentes grupos, especialmente cuando de este modo se posibilita la conexión con las aristocracias locales y las líneas gobernantes. Pero esto no quiere decir que las estrategias políticas para acceder a la jefatura de la *túath* se atengan estrictamente a reglas de parentesco o descendencia, pues aunque los linajes gobernantes tendían a actuar como si la sucesión al trono estuviese fijada por derechos hereditarios, éstos no estaban reconocidos legalmente.

Los criterios que determinan la elección del jefe de la unidad política coinciden con los que operan en el linaje corporativo. La *derbfine* se compone de un mínimo de tres líneas de descendencia agnática, cada una con su cabeza de familia que se corresponde con el descendiente directo más viejo de su línea, comúnmente un padre o abuelo. Por tanto, en este plano, las diferencias de rango derivan de

consideraciones de tipo genealógico. Pero el título de *cenn fine* "jefe de linaje", no está predeterminado por ninguna regla sucesoria, de tal manera que los candidatos, además de ser cabezas de familia, deberán reunir otras cualificaciones. La más valorada es la que se expresa mediante el término *trebairiu* "el mejor de los granjeros", lo que implica una evaluación de su dignidad, *febas*, y de los méritos personales pertinentes en este caso para el cumplimiento de los deberes del cargo. El principio de ancianidad solo prevalecerá en situaciones en las que los candidatos no se distinguen por méritos especiales, puesto que las líneas de descendencia no están jerarquizadas mediante la primogenitura (Charles-Edwards 1993: 39, 96-7).

Aunque la función de *cenn fine* es más representativa que depositaria de cualquier autoridad con respecto a los miembros del linaje, las reglas que guían su elección coinciden en lo fundamental con las estrategias que determinan la elección de los reyes de la *túath*, ámbito en el que se refleja mejor el conflicto entre los diferentes criterios de elegibilidad, las capacidades personales y las relaciones de parentesco.

El *finjal* o asesinato de un pariente era uno de los crímenes más condenables y severamente castigados (Kelly 1988: 127-8), pero también era uno de los más frecuentes entre los aristócratas emparentados que rivalizaban por la realeza⁹². Que este delito cometido en el marco de las luchas por el poder no se castigase, obedecía al reconocimiento de que el poder político ocupa un lugar aparte en una sociedad que, sin embargo, es esencialmente familiar. La necesidad de rivalizar por la realeza con los parientes es una consecuencia, en primer lugar, de la inexistencia de una ley que regulase la transmisión del cargo conforme a determinada regla sucesoria y, en segundo lugar, con su apropiación implícita por parte de linajes en cuyo seno se desarrollaba el conflicto. Estos linajes serían, sin embargo, más profundos que la *derbfine*, y agruparían a todas las líneas de descendencia que mantuviesen un rango noble. En la medida en que todas esas ramas eran equivalentes, cualquiera de sus miembros de alto rango estaría en condiciones de aspirar a la realeza⁹³.

En todo caso, a efectos prácticos la descendencia directa de un rey anterior suponía una ventaja debido a la herencia de los beneficios, políticos, clientelares, económicos, etc., acumulados por el antecesor. Por otra parte, es evidente que los más poderosos eran los más favorecidos por las propias exigencias del cargo, para el que en última instancia se estimaba, al igual que para la

⁹² Charles-Edwards 1993: 89. Sólo conocemos una referencia a la eliminación ritual mediante la muerte simbólica de un rival político, véase Dillon, 1973: 4, cf. Ramnoux 1954.

⁹³ Por lo que el círculo de los *damnae rig* ("material de rey") no podría restringirse, como pensaba Binchy (1956: 221-228), a los miembros de la *derbfine* del rey precedente, como tampoco el título de *tánaise rig*, "segundo del rey", se referiría a un heredero propiamente dicho, sino al príncipe ya elegido (Charles-Edwards 1993: Cap. I.2.A). Kelly, por su parte, lleva la categoría de los *damnae rig* al nivel de la *indfhine*, es decir, al conjunto de los descendientes de un mismo tatarabuelo, lo que amplía considerablemente el círculo de los elegibles (cf. Byrne 1973: 119 cf. en último lugar Jaski 2000: 130-40, 171-99).

elección del *cenn fine*, su dignidad y virtudes personales (*febas*). Algunos pasajes del *Corpus Iuris Hibernici* explican esta valoración (CIH 1290. 2-7 citado por Charles-Edwards 1993: 98):

"(4) Deberías conocer las cualidades que corresponden al rey: que sea rico, que sea muy rico, que sea muy generoso, que sea ejemplar entre los hijos de Dios.

(5) '¡Oh nieto de Conn! ¡Oh Cormac!' Dijo Cairpre, '¿En virtud de qué se obtendrá el gobierno sobre los pueblos?' 'No es difícil: se obtiene en virtud de la forma física y el parentesco y prudencia y conocimiento y honor y elocuencia; [se obtiene] de acuerdo con la amplitud (¿) de su sabiduría y su fuerza y el número de sus aliados y sus combates'".

La referencia en texto legal a un personaje legendario como Cormac mac Airt para exponer las condiciones exigidas a los gobernantes, muestra bien las conexiones existentes entre las tradiciones míticas y jurídicas. La saga de los descendientes de Conn *Cétchathach*, donde se inserta la historia de aquel célebre rey de Tara, abunda en detalles acerca de las disputas por el trono entre parientes, tanto directos como colaterales, destacando también en la figura de Cormac todas las condiciones que debía cumplir un buen soberano. Además de sostenerse que "todos lo admiraban por su belleza y elocuencia, su gracia y dignidad, su fuerza y buen juicio", su destino regio es anunciado con anterioridad por una profecía, al gemir los truenos en el momento de su nacimiento, y por su maravillosa crianza, en el seno de una camada de lobos. Posteriormente, el camino de ascenso al trono pasaría por la revocación de una sentencia injusta del rey en funciones, Lugaid mac Conn, tío paterno y padre adoptivo de Cormac, y responsable de la muerte de su verdadero padre, Art. El pronunciamiento de esa sentencia provocaría inmediatamente el derribo de la casa donde se emitió, y durante el año en que Lugaid siguió gobernando, "no crecía la hierba en el suelo, ni hojas en los árboles ni grano en el cereal". Cuando se expulsó de la realeza a este falso príncipe, el reinado de Cormac, el "hijo del verdadero príncipe", devolvería a Tara su esplendor, haciéndola incluso "más grandiosa que antes". En aquel tiempo:

"los ríos abundaban en peces, los bosques en madera, las llanuras en miel, a consecuencia de la justicia de su gobierno [...] nunca se vio privado de la realeza hasta su muerte, tras la cual se enterraría en el Brug na Bóinne [el túmulo megalítico de New Grange], porque

el no adoraba al mismo dios que los que allí estaban enterrados. Ordenó su enterramiento en Ros na Ríg con el rostro mirando al este" ⁹⁴.

Podemos observar, pues, una curiosa mezcla de detalles más o menos fantásticos con un panorama aproximado a la realidad de las circunstancias en que se desenvolvían las querellas dinásticas por el poder, y el tipo de méritos que se valoraban en la elección de los verdaderos príncipes: descendencia de un rey anterior y virtudes regias, especialmente la justicia. Puesto que Lugaid mac Con, al igual que su hermano y su sobrino, es hijo de rey, su derrocamiento no tiene que ver con los derechos sucesorios. Si el país va a la ruina es porque no está cualificado desde el punto de vista de las virtudes regias y porque no gobierna con justicia.

Como señala Byrne, el hecho de que las *túatha* fuesen muchas y muy pequeñas⁹⁵ hace que algunos sean renuentes en admitir que cada una estaba gobernada por un rey. Sin embargo, es una evidencia que el título de *rí* no permite una traducción diferente. El rey es la pieza clave que define a estas comunidades, en cuyo seno se ubica como centro de la vida colectiva. Él recauda los tributos de todos los habitantes del dominio; concentra todas las lealtades, especialmente visibles con motivo de un *slógad* o movilización para la defensa o ataque contra pueblos vecinos; y preside el *oenach*, la asamblea de hombres libres en las que el rey sometía a aprobación sus decisiones, se promulgaban leyes, se fijaban impuestos, y se dirimían los pleitos en los que el rey, en su calidad de juez supremo, aprobaba o enmendaba las sentencias de los jueces ordinarios. Entre sus derechos se incluía la retención de rehenes, la percepción de tributos y el cobro de las multas por la comisión de delitos. Parte de sus obligaciones consistían en asegurar el cumplimiento por parte de los súbditos de sus deberes públicos, como la construcción de caminos, la preparación de las asambleas, y la prestación de los servicios militares requeridos, (Byrne 1971: 150; Kelly 1988: 3-4, 19). El incumplimiento de estos deberes podía provocar que el rey embargase al infractor (Binchy 1973: 39-40). Debido al rigor con que la ley fijaba los límites de los derechos y privilegios de los monarcas, coartando profundamente su libertad de acción, muchos historiadores concuerdan en señalar que sus poderes eran considerablemente débiles (así Byrne 1973: 23 y Le Roux y Guyonvarc'h 1990: 71, desde perspectivas diferentes).

⁹⁴ Dillon 1994: 23 ss., es notorio el aire de familia de esta historia con otros relatos de acceso a la realeza o acerca del tema del buen rey en diferentes pueblos indoeuropeos, véase Widengren 1960 y Campanile 1981: 27-52; un estudio completo de Cormac en Ó'Cathasaigh 1977 y parcial en García Quintela, e.p., "Programme".

⁹⁵ En torno a 16 Km. de diámetro, según Patterson (1995: 130), con una media de unos 3000 habitantes según (Kelly 1988: 4). Byrne (1971: 156-60), indica que las 40 diócesis del siglo XII se corresponden con los reinos mayores, cada uno de ellos formados por unos tres o cuatro reinos menores, lo que supone entre 120 y 160 *tuatha* para una población total de unos 500.000 habitantes esto es entre 4200 y 3100 habitantes por *tuath*.

Más allá de la *túath*

El examen de la estructura política de la Irlanda prefeudal no puede detenerse en las *túath*. Al menos desde el siglo VII, ninguna *túath* parece vivir aislada. Por el contrario, lo normal es encontrarlas formando parte de redes clientelares sometidas a la autoridad de soberanos hegemónicos sobre varios reinos. Aunque esta tendencia comienza a sentirse en época tardía, nada impide suponer que los mecanismos empleados en los procesos de expansión política en estas fechas no funcionasen igualmente en tiempos prehistóricos, tanto más cuando hemos comprobado empíricamente en apartados anteriores de este capítulo la existencia de procesos de expansión análogos en la Galla o Britania protohistóricas e incluso entre los gálatas. En el caso irlandés algunos grandes *hill forts* de la Edad del Hierro (por ejemplo Tara) continúan desempeñando durante la Edad Media el papel de centros emblemáticos con respecto a extensos territorios que posiblemente estuviesen unificados políticamente en tiempos prehistóricos (Byrne 1971: 135).

Sin embargo, los estudiosos están de acuerdo en considerar como una construcción meramente teórica la tradición según la cual la isla estaría dividida en cuatro provincias o "quintos" (*cóiced*), gobernados cada uno por su correspondiente rey provincial y sometidos conjuntamente a la soberanía del rey supremo de Tara, la capital político-religiosa situada en la provincia central de *Mide* "medio", siendo esta última la subdivisión que resuelve la contradicción que supone una organización cuatripartita dividida en "quintos". Esta división "política" se origina en un designio divino relatado en la "Fundación del dominio de Tara" (*Suidigud Tellaig Temra*). Allí el dios Lug se presenta ante el pueblo de Irlanda para revelar la naturaleza y función diferenciadas de cada uno de los quintos: "al oeste la ciencia, al norte la batalla, al este la prosperidad, al sur la música, en el centro la soberanía" (Guyonvarc'h 1978: 162-3, 184-5). Que esta organización refleja una construcción ideal de la geografía política se confirma a través del examen de toda una serie de paralelos en otros pueblos mediante los cuales se observa cómo bebe de un fondo mítico común a los pueblos célticos e indoeuropeos⁹⁶.

La unificación política de la isla no se produciría en ningún momento anterior a la conquista inglesa, por lo que el *ardrí* o rey supremo de Irlanda (*Rí Érenn*) parece no haber representado más que un símbolo de la unidad religiosa y cultural del país, un papel equivalente al de su residencia en Tara en su calidad de centro de reunión y

ceremonia⁹⁷. Por debajo del rey de Tara estaría el *rí cóicid* o "rey de un quinto", que disfrutaría de poder efectivo en determinados momentos y en algunas circunscripciones de ámbito provincial. Pero nunca parece haberse dado la circunstancia de que una autoridad provincial coincidiese al mismo tiempo en todos los quintos, puesto que no se trataba de un cargo permanente, su existencia dependía de la capacidad política de reyes concretos para imponerse sobre varios *túatha*.

Los mecanismos empleados por ciertos reyes para imponerse sobre varios sub-reyes revelan la naturaleza de esta estructura política. La realeza de una pequeña *túath* es siempre la base sobre la que actúan para alcanzar la realeza suprema sobre varios reinos (*rí túath* "rey de las *túatha*"; *ruiri* "gran rey", *rí mórhuaith* "rey de una gran *túath*") o sobre una provincia entera (*rí cóicid* "rey de un quinto", *rí ruirech* "rey de grandes reyes", etc.; Kelly 1988: 17-9), pero estos títulos no conllevan derechos inherentes, pues no son, como decíamos, más que la extensión de la autoridad de un *rí túaithe* a otros reinos (Byrne 1971: 132-3).

Esta expansión podía efectuarse pacíficamente, mediante un pacto que se iniciaba con los presentes del señor, que obtenía en contrapartida la asistencia militar en caso de guerra, o mediante conquista, y entonces se exigía el pago inmediato de tributos y la entrega de rehenes. En ambos casos la autoridad del rey más fuerte nunca se ejercía directamente sobre los habitantes de los reinos adheridos, sino a través de los respectivos reyes locales, fuesen o no impuestos por el conquistador. La función tradicional del *rí túaithe* como mediador en las relaciones exteriores es fundamental en la nueva situación, en la cual, si bien el rey no pierde ninguna de sus prerrogativas y responsabilidades dentro de su propia comunidad, su rango se ve afectado por la subordinación política al rey superior. Esta subordinación se formaliza mediante un contrato de clientela de forma que, en lo sucesivo, el rey local se define como cliente del gran rey (Byrne 1971: 133). Dado que las relaciones entre las distintas categorías de reyes se establecen conforme a las pautas que regulan las relaciones de dependencia en el seno de cada comunidad (centralización de los tributos, adhesión militar y participación en el *oenach* supra-local o provincial, etc.⁹⁸), se puede decir que los reinos compuestos, como las provincias en general, funcionan políticamente como vastas *túatha*.

La transición hacia un modelo político que trasciende las bases de la jefatura e introduce elementos de una organización de tipo estatal se producirá a lo largo de una

⁹⁶ Rees 1961: Cap. V; véase a título comparativo la fundación mítica de Esteniclaro en Mesenia por obra de Cresfonte (*supra* p. 27).

⁹⁷ MacNeill (1935: 109) fecha esta institución, más religiosa que política, entre los siglos III y XII. Sobre la debilidad política de la soberanía de Tara, Binchy 1970: II; Byrne 1973: 45, 57 s.; Kelly 1988: 18. Newman 1997 presenta el yacimiento de forma ejemplar, resumen en Waddell 1998: 325-33.

⁹⁸ A lo que hay que añadir la entrega de rehenes como garantía por parte de las *túatha* tributarias (*dóer-túatha*). El hecho de que en un reino compuesto por varias *túatha* alguna pudiese estar exenta de pagar impuestos (*sóer-túatha*), debido quizás al parentesco de los reyes aliados, permite relacionar ambas categorías de reinos con sendas clases de clientes en las relaciones de dependencia personal: los clientes "libres" *sóerchéle* y los clientes "base" *dóerchéle* (Byrne 1971: 133-4).

serie de transformaciones, parcialmente estudiadas (en la parte norte de la provincia de Munster, actual condado de Clare) por D.B. Gibson a través de la evolución de la pauta de localización de las capitales de los reinos en relación con los cambios acontecidos en la estructura política.

A lo largo de la alta Edad Media el patrón de asentamiento consistió en granjas aisladas esparcidas por todo el territorio, que gravitaban en torno al complejo multifocal que conformaba la "capitalidad" de los reinos. En este complejo, consonante con la dispersión general de los asentamientos, los centros político, religioso y ceremonial se localizaban en tres lugares diferentes pero relativamente próximos, dada la reducida dimensión de las *túatha*. El centro político estaba en la granja principal del linaje gobernante (normalmente adopta en el registro arqueológico la forma de *ring fort*, e incluso antiguos *hill forts* en fechas tempranas, que en la toponimia aparecen identificados como *dún*, cf. galo *dunum*). El centro religioso de la capital era el establecimiento eclesiástico, iglesia o monasterio, normalmente cerca del centro político. Por último destacaba el lugar donde estaba el túmulo (en general de la Edad del Bronce) sobre la que se realizaba la investidura del rey, pensándose que pertenecía al antepasado fundador del linaje gobernante (Gibson 1995: 116-7; una generalización en Stout, Stout 1997: 44-53).

Según Gibson las "jefaturas simples", o reinos propiamente dichos, se organizaban alrededor de sus núcleos políticos y sus límites coincidían frecuentemente con los de la reunión de dos o más parroquias. Éstas, creadas en el siglo XII, suelen superponerse sobre circunscripciones territoriales resultado de la anterior fragmentación de jefaturas simples en territorios controlados por linajes gobernantes rivales, lo que expresa bien la gran flexibilidad de la estructura socio-política de los reinos (Gibson 1995: 117-8).

Como veíamos más arriba, la ampliación del dominio territorial de un rey sobre reinos vecinos, dando lugar a lo que se conoce como *mór túath* "gran *túath*" ("jefatura compuesta"), no transforma substancialmente ni la organización interna de los reinos integrados ni el modelo de capitalidad múltiple expuesto, dado que el proceso de agregación política basado en el sistema clientelar no precisa la centralización de todos los órganos de administración y gobierno (en realidad mínimos) por parte del rey hegemónico, sino solamente una ampliación de las redes de influencia trazadas desde la cúspide del gran reino. El paso hacia la formación de las denominadas por Gibson "confederaciones de jefaturas", suponía la unificación por coacción o acuerdo de varias jefaturas bajo el dominio de un jefe supremo, a veces de ámbito provincial, pero al que apenas se consideraba un *primus inter pares* (Gibson 1995: 123). A este nivel de integración, diferenciado del anterior por el menor peso del *rí ruirech*, tampoco se produce un cambio radical que rompa el modelo tradicional de organización de la *túath*.

Lo que permite que los continuos movimientos de expansión y retracción de los reinos no afecten a sus estructuras internas, es el permanente anclaje de todo el sistema socio-político en la *túath*. La conciencia de que en la conservación de esta unidad política básica reposaba el funcionamiento de todo el entramado institucional, y que una de las características de su identidad radicaba en la fijación residencial de los jefes en los territorios de su propio reino, así como en la existencia de vínculos de parentesco entre las familias dirigentes y sus súbditos, explica que, en el marco de las jefaturas compuestas, los nuevos jefes impuestos por los conquistadores se esforzasen por entroncar genealógicamente con las poblaciones locales. Por último, cuando los reyes dejan de necesitar estas estrategias, se desvinculan del parentesco con el pueblo y trasladan las capitales de sus *túatha* de origen a un centro político fundado *ex novo* para administrar los grandes reinos que pasan a gobernar, es entonces cuando se transforma definitivamente la naturaleza del poder que ejercían los jefes tradicionales y se disuelve el sistema socio-político de los reinos irlandeses. A partir de estos cambios, producidos a fines de la alta Edad Media, puede hablarse con cierto sentido de la formación de "estados primitivos" en Irlanda (Gibson 1995: 124-6).

Decíamos más arriba que la fuerza del rey arcaico radica en la convergencia en su persona de todas las redes de dependencia política y económica, factor que convenientemente manejado por el monarca asegurará por sí solo la atracción de todas las lealtades y el mantenimiento del equilibrio económico comunitario. Sin embargo, debido tanto a las liberalidades alimenticias para con la totalidad del pueblo como al ingente gasto suntuario que supone la constante donación de regalos y recompensas, especialmente exigidas por los clientes nobles, sub-reyes y séquitos aristocráticos, el soberano puede ver considerablemente mermado su caudal y, con él, su poder e influencia.

Por eso, el agotamiento de los recursos de los jefes gobernantes puede funcionar como una causa para el planteamiento de acciones bélicas contra pueblos vecinos. Mientras que los tributos se recaudaron en cabezas de ganado esas acciones consistían básicamente en el robo de ganado, y aunque en ocasiones tenían como excusa el derecho de requisa por deudas y la recaudación de tributos no pagados, las razzias se consideraban, por sí mismas y sin justificación, una de las actividades más prestigiosas de los reyes irlandeses (Kelly 1988: 26; Byrne 1973: 46). Aunque por medio de las rapiñas todos los participantes sacaban provecho mediante el reparto del botín, las expediciones bélicas de los reyes estaban constreñidas por la disponibilidad y las exigencias de las bandas de hombres libres armados, que podían fijar por su cuenta el tiempo dedicado a este servicio, o reclamar enormes compensaciones por su realización (Byrne 1971: 150).

Ante estas limitaciones de la autoridad militar de los reyes, y dado que no disponían de mecanismos coercitivos que obligasen al cumplimiento incondicional de sus órdenes, se observa cómo su verdadero poder no descansaba más que en la habilidad de cada uno de ellos para atraerse la voluntad de sus súbditos. Si su elocuencia podía ser especialmente útil para movilizar militarmente a sus seguidores, no hay duda de que el principal estímulo para la adhesión a sus empresas debía ser la seguridad de participar en los beneficios, de los que el rey se apropiaba en primer lugar, para repartirlos a continuación. Después de todo, este proceder en la guerra no es más que un reflejo del movimiento de bienes característico de las relaciones clientelares, en las que los regalos del señor son el punto de arranque de la dependencia personal de los súbditos, que a su vez pagan las obligaciones surgidas de su aceptación aportando servicios y tributos.

Estructuras de hábitat y royal sites

Para terminar de comprender los rasgos de la realeza irlandesa es preciso aclarar, siquiera someramente, la relación entre instituciones políticas y estructuras de hábitat. Pues ésta es una cuestión en la que los hechos irlandeses difieren de otras situaciones examinadas, al menos aparentemente.

En primer lugar, el hábitat característico de tantos pueblos protohistóricos, *oppidum*, castro o *hillfort*, cuyo estudio arqueológico tanto ha permitido avanzar en el conocimiento de esas sociedades, aparece en Irlanda pero planteado como "the hillfort problem" (Waddell 1998: 354), en la medida de las todavía importantes lagunas en su conocimiento. Se han catalogado entre sesenta y ochenta asentamientos así calificados divididos en tres clases (con un recinto, con varios, recintos fortificados en promontorios de tierra adentro). Pero no es seguro que todos hayan desempeñado la misma función. Muchos tendrían una función defensiva, pero el tamaño de algunos y la distancia entre sus defensas hace suponer que necesitarían un número de defensores imposible de reunir. Es posible, entonces, que se usasen como centros de almacenamiento y/o refugio de grupos mayores que sus posibles habitantes (un ejemplo en este sentido en Stout, Stout 1997: 42). Por otro lado, es tan frecuente la asociación de estos enclaves con "cairns" (montones de piedra que señalan un enterramiento prehistórico) que difícilmente puede ser casual. En la mayor parte de los

casos no se intervino sobre estos monumentos que pudieron conferir un rango especial al recinto, señala J. Waddell (1998: 357) que "es posible que los cairns o las actividades sociales asociadas con ellos legitimasen la cima de la colina de algún modo". Finalmente, otro problema de envergadura es la datación, desconocida en la mayor parte de los casos, mientras que las derivadas de los materiales metálicos (que se fechan entre el 300 a. de C. y el 300 d. de C.) presentan la dificultad que pocas veces se encontraron en estos enclaves.

A partir de la época histórica los irlandeses no conocieron más hábitats concentrados que los surgidos en torno a determinados monasterios, y aglomeraciones de cierta importancia no aparecieron hasta la invasión normanda (siglo IX), pero sólo en territorios controlados por los invasores y con escasa influencia sobre el resto de la población independiente. Hasta el siglo XIII los irlandeses no comenzarían a vivir en ciudades (Gibson 1995: 116).

Es, por tanto, legítima y necesaria la consideración que hace B. Gibson de una capitalidad "triple" pues la realidad es que esos tres tipos de lugares son por igual necesarios a las distintas actividades del rey. En primer lugar, obviamente, su residencia, que muchas veces es el lugar donde acumula sus bienes. En segundo lugar el centro donde tiene su sede el respaldo religioso que necesita. Por último el lugar de investidura, que a su vez puede o no coincidir con el de celebración de la asamblea u *oenach*.

Es aquí donde debemos considerar el papel de los *royal sites* (Wailes 1982, Newman 1998, Waddell 1998: 325-54). La denominación es ambigua y deriva de una constatación empírica. Los lugares en donde las tradiciones literarias ubican las residencias de reyes de Irlanda y numerosos acontecimientos y lances legendarios coinciden con lugares en donde se produce una singular acumulación de restos arqueológicos de muy diferentes épocas. Se conocen mejor cuatro de estos lugares:

1. Tara correspondiente a la residencia del improbable o mítico rey supremo de Irlanda.
2. Navan, la antigua *Emain Macha* y capital de Ulaid.
3. Knockaulin identificado con *Dún Ailinne*, sede de los reyes de Leinster.
4. Rathcroghan conocida en los textos como *Cruachain*, capital de Connacht donde vivían Ailill y Mebd, protagonistas del *Tain bo Cualnge*.

⁹⁹ Las referencias bibliográficas sobre el tema adolecen de una síntesis global, sobre todo por la multiplicidad de cuestiones entremezcladas que aparecen. Una referencia clásica es MacNeill 1962, que estudia los lugares de celebración de Lughnasad, básicamente también *oenaga* antiguos, a partir de información básicamente folclórica. El contenido de los ritos se conoce gracias a descripciones procedentes de fuentes diversas, en general tardías, donde no es difícil detectar un patrón común de indudable antigüedad: un punto de partida puede ser Dillon 1973, que no excluye ver, Le Roux 1963, Dillon 1961, Mac Cana 1968, 1973, Hayes-McCoy 1970, Watson 1981, Pontfarcy 1987, Bannerman 1989, Mac Mathuna 1997, Jaski 2000: 63-6 y *passim*. Sobre Cashel existe una bibliografía específica: Hull 1941, Dillon 1952, Ni Chatháin 1979-1980. Arqueología, historia de royal sites en: Binchy 1958, Olmsted 1979, FitzPatrick 1997, 1998, Waddell 1998: 353-4, o los estudiados por Gibson en la provincia de Munster). Otra bibliografía comparativa y exposición sobre estos temas en García, Santos 2000; García Quintela, e.p. "Programme".

Es indudable la asociación de estos lugares con capitales provinciales, pero sin duda existían enclaves análogos de menor entidad y peor conocidos o estudiados. Al mismo tiempo, ritos de investidura real registrados en épocas muy diversas remiten a lugares en donde no se ha efectuado o no es posible el trabajo arqueológico⁹⁹.

El problema es que aunque los textos sostienen que se trataba de residencias reales, nada o casi nada (una excepción podría ser la fase Navan 3ii fechada entre la mitad del siglo IV y el final del siglo II a. de C.; Waddell 1998: 337-9), de los variados restos arqueológicos agrupados en los diferentes *royal sites* permite su identificación segura como lugares de habitación permanente, cosa que contrasta con lo duradero de su utilización. Si, como alternativa indudable, diríamos que casi impuesta por la documentación literaria, pensamos en un uso ritual o sagrado, surgen otros problemas.

Quizás el más sencillo, relativamente, sea el de la extremadamente larga utilización de los enclaves, pues la fuerza de la tradición, el conservadurismo, la idea de que eran lugares de enterramiento de los antepasados -todos están asociados con tumbas megalíticas- proporcionan razones suficientes.

Pero el por qué y cómo se utilizaban las distintas estructuras es mucho más complicado. Navan 4 pudo haber sido un gran centro de reunión cubierto, la fase "malva" de Knockaulin pudo servir como lugar de reunión y sacrificio pero coexisten estructuras cuya utilización contemporánea no se puede explicar más allá de un entramado de hipótesis en donde es fácil perder de vista lo realmente atestado.

Podemos, pues, atenernos a unas pocas ideas seguras pero suficientemente indicativas de la peculiaridad de las "capitales" irlandesas. El lugar de investidura del rey, de celebración de su *oenach*, y su residencia no se identifican necesariamente. Así en la provincia de Midhe se citan las tres "nobles asambleas" celebradas por los hombres de Irlanda: el *Óenach Tailten* es el lugar de asamblea ordinaria con motivo del Lughnasad, la sede ceremonial era Tara, ambas con testimonios históricos fidedignos, y junto a ellas la asamblea de Uisnech, cuya importancia se expresa en términos legendarios (Binchy 1958). El rey, como hemos visto someramente, tenía una importante serie de cometidos religiosos o sacros que efectuaba personalmente o con el imprescindible auxilio o colaboración de un personal religioso especializado. No debe perderse de vista que muchas de las estructuras arqueológicas podrían ser usadas de forma específica por estos sacerdotes que en la tradición céltica son druidas.

Esto remite al tercer elemento de "capitalidad" identificado por B. Gibson, el monasterio o centro religioso. Es importante recordar que la cristianización de

Irlanda se produjo, en buena parte, mediante la conversión de la clase sacerdotal autóctona a la nueva fe, por ello, en el contexto medieval la asociación del rey con centros cristianos hereda la estrecha asociación entre el rey y el druida, con funciones diferenciadas y complementarias, en el campo de la soberanía.

Los *royal sites* por lo tanto, pudieron muy bien servir como lugar privilegiado de desarrollo de múltiples actividades, económicas, militares, simbólicas, relacionadas con la realeza y la soberanía sin que sepamos en la mayor parte de los casos cómo se utilizaba cada monumento de los que integran los distintos enclaves. Al mismo tiempo, no puede considerárseles en absoluto como lugares de habitación, al menos permanente o masiva, comparables con los *oppida* continentales o británicos. Esta es la peculiar situación que presenta Irlanda.

Tras esta descripción del funcionamiento de los reinos irlandeses cabe distinguir algunos rasgos relevantes en relación con el modelo socio-político que representan y, por consiguiente, interesan desde el punto de vista comparativo.

1. La *túath* era la unidad político-territorial elemental, estaba conformada como un "reino" al ser inseparable de la realeza sacral que la gobernaba.
2. Dejando al margen los niveles más bajos de integración social representados por los linajes, la ideología del parentesco condicionaba las relaciones entre los grupos en el seno de los reinos, incluso cuando no se podía establecer entre ellos vínculos de parentesco reales. Muestra de ello no es tanto la confusión de sus gentilicios con los de los linajes gobernantes, como la identificación de todos sus miembros mediante la terminología del parentesco: *mocu / nepos* "descendiente de" + gentilicio. En sentido análogo es significativa la traducción de la realidad aludida por el gaélico *túath* con el término latino *gens*. Esta terminología refleja la identificación entre la unidad político-territorial y el pueblo que la habita, dando a entender, además, que ese pueblo se piensa a sí mismo como una gran comunidad de parientes.
3. La ideología del parentesco operaba también en el sistema jerárquico al determinar el rango de los linajes midiendo su distancia genealógica con respecto a las familias dirigentes. Hemos visto cómo de este factor dependía la estructuración política del reino, puesto que, en función de la proximidad genealógica a las ramas dominantes se decidía el rango de los linajes y, en relación con éste, también se establecía el grado de sumisión que los sometía a los más poderosos. Si el rango servil implicaba una dependencia económica clara, el rango libre y, con mayor razón noble, no solo no suponía una dependencia económica con respecto

al rey, sino que exigían de él una serie de gravosas contrapartidas que, de no ser cumplimentadas podían poner en peligro su propia continuidad. Esta mecánica, fundada en el modo de funcionamiento de las relaciones clientelares, constituye en definitiva el soporte fundamental de la estructura socio-política de estos reinos arcaicos.

En resumen, estos rasgos generales definen a los reinos irlandeses como sistemas de jefatura, análogos a otros que hemos encontrado en la protohistoria de Europa.